

**EL ANIMOSO
IDEALISTA AMERICANO
CUYOS SUENOS
Y CONQUISTAS
CONFORMARON
LA HISTORIA
DE NUESTRO HEMISFERIO**

EL MUNDO Y WILLIAM WALKER

**TRADUCCION
DE
ORLANDO CUADRA DOWNING**

Una Biografía por Albert Z. Carr

NOTA DEL AUTOR

En los años anteriores a la Guerra Civil, el nombre de William Walker era leído en innumerables titulares y era escuchado por doquiera. Millones de norteamericanos lo consideraban como el Hombre del Destino y un prominente periódico europeo lo ensalzaba como "el rival de Washington", mientras que el Presidente James Buchanan daba órdenes contra él a la Marina de los Estados Unidos, y Horace Greely le atacaba con amargas invectivas. Su prodigiosa carrera deslumbraba al país. Antes de los veinticinco años había sido ya, médico, abogado y un cruzado de las lides periodísticas. A los treinta y un años había invadido Nicaragua con sólo cincuenta y ocho hombres, derrotado ejércitos de miles de soldados, se hizo general y dictador, y fue elegido Presidente. Las gentes se quedaban estupefactas por su temeridad al retar simultáneamente el poderío de Inglaterra, la fuerza del Presidente de los Estados Unidos y los millones de Cornelio Vanderbilt.

Este individuo, con el nombre pedestre, pintaba sus exóticas aventuras en un mural tan grande, con tan brillantes colores, y en un estilo tan surrealista que es fácil que se escape su significado íntimo. A través de su historia la política de una era puede discernirse. Sus realizaciones estuvieron íntimamente unidas a grandes temas —que si la Guerra Civil habría de estallar—, que si Cuba y la América Central llegarían a formar parte de los Estados Unidos. El patrón de las relaciones actuales de los Estados Unidos con los países de la América Latina fue, en gran parte, fijado en los tiempos de Walker, y a pesar de él. Existe aun, quizás, en el transcurso de la extraña saga de Walker una especie de primitiva anticipación al dilema ante el cual el mundo se encuentra a mediados del siglo XX.

En la intensa agitación que ha creado, Walker mismo, su esencia humana, su personalidad, todo, ha desaparecido de vista. El se ha vuelto un enigma histórico. En lo escrito acerca de él, cuando se trata de pasajes cruciales de su vida, tales palabras como "sorprendente", "inexplicable", ocurren con frecuencia. El gran volumen de propaganda extremista en su favor y en su contra, los mitos y las leyendas inventadas, crearon una neblina engañosa alrededor de su carácter, motivos e intenciones. Viéndolo como un fenómeno político, o como un héroe de caballería, o como un cruel asaltante del poder, los hombres han perdido de vista las pasiones humanas que lo lanzaron a atacar las citadelas del poder y a desafiar las grandes fuerzas que dominaban el mundo de la década de 1850.

En un esfuerzo para disipar algunas de las incertidumbres acerca de Walker es que comencé hace años a investigar los documentos que quedaban de su vida en las ciudades que lo habían conocido y reaccionado ante él —New Orleans, Nashville, San Francisco, León de Nicaragua, Washington, New York, Londres. Poco a poco una personalidad coherente y asombrosa surgía de los documentos. En estas páginas he tratado, en lo posible de dejar que los documentos hablen por sí mismos. Los pasajes dialogados van tal como aparecen en diarios y revistas de la época, o, en una o dos ocasiones, formulados con las claras indicaciones de las narraciones históricas.

Truro, Massachusetts.

A. Z. C.

PARTE PRIMERA

Obertura para clarines

"Una gran idea surge en la mente de un hombre; agita todo su ser, lo transporta de la ignorancia del presente y lo hace sentir el futuro en un momento. . . ¿Por qué se le hace esa revelación. si no es para que la lleve a la práctica?"

William Walker

Capítulo Uno

EL COMPLEJO DE GALAHAD

I

En Nashville, Estado de Tennessee, donde Walker nació y creció, todo hogar próspero y letrado tenía en su anaquel, al lado de la Biblia, del Diccionario de Webster, y la Vida de George Washington, por Marshall, media docena de libros de Sir Walter Scott "El mal de Sir Walter", como lo llamó Mark Twain, era entonces rampante por todo el Sur. En las décadas de 1830 y 1840 todos leían las ediciones piratas de "La dama del lago", "Ivanhoe", "Marmion", "El talismán", "Quintin Durward", y otras "Ivanhoe", especialmente, de acuerdo con Mark Twain, hizo que el Sur "se enamorara de los sueños y fantasmas". Mas la popularización de las Leyendas del Rey Arturo, de Malory, estaba también en boga, y la castidad y el empeño de Galahad eran tan admirados como la fuerza y la nobleza de Ivanhoe. Fue un período que le dio a sus libros favoritos una devoción rayana en reverencia con el resultado de que los sueños de una generación de Sureños estaban influenciados de romance medioeval.

La añoranza por las pasadas glorias de la caballería era más que una pasión literaria. Con toda seguridad los jóvenes del tiempo de Walker leían a Scott y la "Morta d'Arthur" por necesidad psicológica, como respuesta a las condiciones sociales prevaletentes entonces. En contra de la impresión popular, la puritánica austeridad de la vida en la mayor parte del Sur era mucho más extrema que en el Norte, y esto era particularmente cierto de los poblados de tierra adentro, como Nashville, donde las sectas protestantes se disputaban entre sí la represión de los impulsos de la juventud. A millones de jóvenes como Walker, de la adolescencia para arriba, se les martillaban las virtudes de "pureza" masculina por medio de incontables prédicas, y se les criaba bajo la creencia de que el impulso sexual era una insinuación del demonio. En este estricto ámbito moral, todo aquello que evocara el genio romántico habría de impresionar profundamente las vidas de los jóvenes. Ellos necesitaban idealizar las relaciones entre los sexos para poder resistir mejor las tentaciones naturales del placer de los sentidos y conformarse a las costumbres de la comunidad. Imitando a Ivanhoe o a Galahad, los jóvenes solteros encontraban un apoyo psicológico con el que soportar la dislocación del instinto reproductivo. Mu-

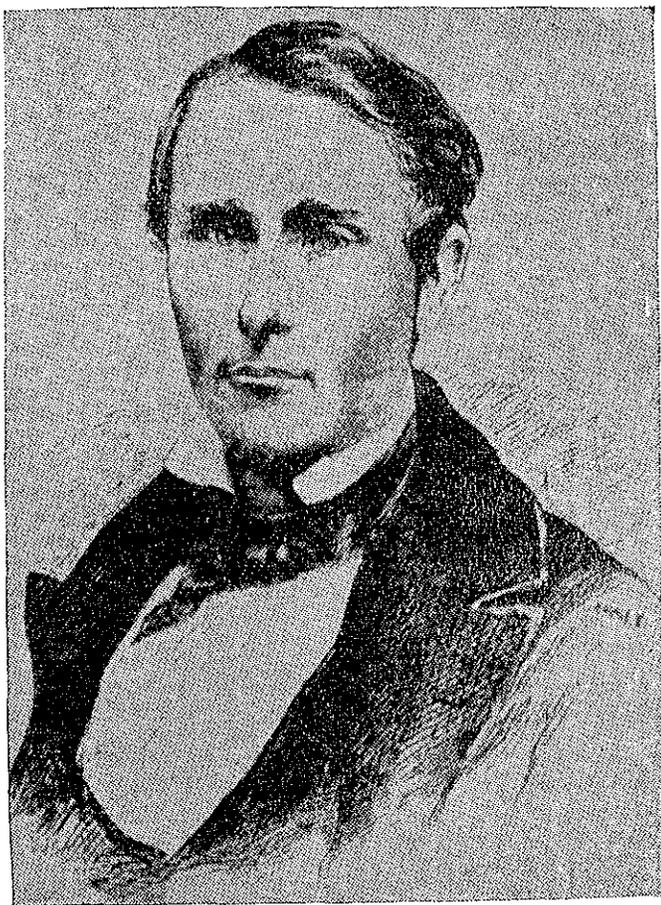
II

chos jóvenes sureños, compelidos a permanecer vírgenes por mucho tiempo, llenaban sus mentes con las altas e imposibles tradiciones de la caballería y aprendieron a hacer una virtud de la abstención. Era más fácil soportar la frustración sexual si se estaba dominado por un gran concepto del honor caballeresco, por ilusorio que fuera.

Durante la niñez de Walker, una madre enferma era su especial cuidado. En un diario de la época un amigo de los Walker escribió: "Yo acostumbraba visitar a su madre y siempre lo encontraba distraído en alguna forma". La principal distracción en el cuarto de la enferma era la lectura de un libro favorito. Muchas tardes, mientras su madre yacía recostada sobre almohadas, Walker, leyendo con su suave voz sureña, evocaba y era arrastrado por el genio de la caballería, en la que una dama en peligro requería al verdadero hidalgo, en la que ningún caballero honrado permitía un daño a una mujer si él podía evitarlo, en la que se daba gustoso la vida por un amigo, en la que las mayores hazañas cobraban mayor fama si las desventajas en contra eran insuperables. Estas fueron actitudes que permanecieron con él toda su vida.

Walker no estuvo influenciado por lo absurdo del estilo caballeresco —se impacientaba ante las ampulosas expresiones sentimentales, los elaborados ritos de la cortesía y la ingenua ferocidad desplegada por muchos sureños en defensa de puntillos de honor. Mas cuando se trataba de asuntos de comportamiento militar y las exigencias de la feminidad era un romántico completo.

Durante su apogeo como conquistador, cuando encabezaba ejércitos de recios soldados de fortuna, a quienes el saqueo de ciudades conquistadas y la violación de las mujeres era de lo más razonable, Walker muchas veces arriesgó su popularidad entre sus hombres imponiendo normas de refrenamiento personal jamás oídas. "Al entrar a una ciudad", escribió el poeta Joaquín Miller, quien sirvió bajo su mando en Nicaragua, "por regla general emitía una proclamación castigando con la pena de muerte al que insultara a una mujer, al que robaba o al que entraba a una Iglesia, al menos que lo hiciera como un cristiano debe



William Walker
en 1857 (de un antiguo grabado).

hacerlo" La borrachera de soldados en servicio era castigada más duramente que en el Ejército de los Estados Unidos. Cuando su propio hermano, el Capitán Norvell Walker, se emborrachó en vísperas de una batalla, Walker públicamente lo degradó, y en el punto más desesperado de sus infortunios militares era capaz de advertir a sus hombres que tenía la intención "de ver debidamente castigada, social y legalmente, la intemperancia que hacía que el ejército cayera en desprecio y en descrédito". El mismo no necesitaba de la bebida. Para él el peligro era su mejor vino, lo hacía abrasarse en entusiasmo.

Su juventud en Nashville fue penosamente buena. En New Orleans sofisticado, donde la viva tradición criolla era fuerte, los chicos bien mantenían queridas, yacían con esclavas, seducían coquetas y dormían con viudas alegres, pero en el círculo de los Walker en Nashville aun hablar de tal libertinaje era imperdonable. Habían, por supuesto hombres en Nashville que hacían concubinas de sus esclavas, pero no era muy probable que se encontraran entre los Discípulos de Cristo, la rígida secta a que pertenecía la familia de Walker. En tal ambiente, la única oportunidad de experiencia sexual para un muchacho adolescente era el ser seducido por alguna atrevida joven enamorada. Mas, ¿qué joven se había de entusiasmar con un muchacho que era bajo, delgado, cabeza larga, pecoso, huraño, inclinado a los libros y extremadamente sensible?

Sin duda alguna, antes de llegar a la varonía él tuvo alguna experiencia sexual, pues vivió por un año como estudiante de medicina en París. Mas, si como no parece improbable, sus amigos lo llevaron una vez a un burdel, se habría asqueado de la experiencia. Jamás había tenido en el pasado ocasión de experimentar la desvergonzada desnudez, la conversación obscena y la aventura sexual fortuita. Uno se le puede imaginar, después de su inesperado encuentro con una soniente prostituta parisiense envolverse en su capa, perderse en la oscuridad de la noche, caminar sobre las calles empedradas del Barrio Latino, disgustado, perturbado, sin querer admitir su propia frustración, pero determinado más que nunca a mantener sus ideales caballerescos.

Al llegar a los veinte años, aunque se había emancipado del fundamentalismo religioso, el patrón ascético quedó firmemente grabado en él. Había diseado más de un cadáver, conocía la fisiología del sexo, le atraían las mujeres, mas el sexo, el amor y el matrimonio se unían en su mente en un eslabón romántico con una concepción de la belleza virginal y acongojada que necesitaba de él para rescatarla y defenderla. Fue entonces, en New Orleans, que conoció a Ellen Galt Martín —cuyo nombre equivocadamente aparece como Melen Martin en la mayoría de los escritos sobre Walker— y encontró la belleza, la virginidad, y la congoja. Ella era un año más joven que él, de 23 años, agradable, inteligente, pero sordo-muda. La vista de la belleza separada de todos los sonidos de la vida, debe haberle despertado los impulsos protectores, y hacerlo sostener su escudo ante Ellen y por su esfuerzo personal mantenerla libre de las añagazas del mundo cruel. Se enamoró perdidamente de ella.

El único retrato existente de Ellen, un cuadro estilizado, sugiere un encanto considerable: una frente alta, negros ojos indagadores, una cara viva en forma de corazón, rasgos firmemente moldeados y una delicada sensualidad en su figura, cuanto permitían juzgar los enaguas y calzones de la época. Hay una actitud alerta en ella que, de acuerdo con otros testimonios, demuestra que era excepcionalmente bien informada y sumamente interesada en los asuntos del momento. Después que un ataque de fiebre escarlatina a la edad de cinco años la privó de la voz y el oído, sus padres la enviaron a una escuela, cerca de Filadelfia, que se especializaba en la enseñanza de niños lisios. A su regreso a New Orleans reveló una mente despierta que le permitió compartir en la vida social de los Martín, que era una familia acomodada y prominente. Ellen según un recuerdo de familia, "acostumbraba ir a los bailes y fiestas, llevando una libreta y un lápiz, los que usaba para intercambiar agudos donaires con sus muchos enamorados".

En 1848, cuando Walker la conoció, sus hermanos se habían casado y ella se quedó viviendo con su madre viuda, Clarinda Glasgow Martin, en una casa grande, elegantemente situada. Entre sus amistades estaba un joven abogado y rico, Edmund Randolph, que como venía de una conocida familia de Virginia (su abuelo había sido Procurador General de Washington) tenía entrada dondequiera, y Randolph, que

era amigo íntimo de Walker, lo llevó a la casa de las Martin. El resultado podría haber sido previsto. Ellen correspondió a su amor. Sin duda alguna podrían leer sus sentimientos mutuos en miradas y expresiones, en tímidos abrazos, más la frustración ante la imposibilidad de comunicarse por palabras debe haber sido agobiadora. Un libro sobre el lenguaje de los signos para los sordo-mudos había sido publicado hacía poco, y Walker pasaba largas horas practicando sus rutinas espectrales, hasta que pudo leer los pacientes dedos de Ellen y gesticular su respuesta letra por letra. Era un cortejo lleno de ternura urgencia y concentración intensa.

Randolph pudo dar a la señora Martin las seguridades necesarias en cuanto al pasado y respetabilidad de Walker, mas de allí en adelante, Ellen pudo haber sabido por su madre los descollantes hechos acerca de él que todo New Orleans sabía que antes de llegar a los veinte años se había graduado de médico en el Colegio de Medicina de la Universidad de Pennsylvania, que por dos años había viajado por Europa, continuando sus estudios en París, Edimburgo y Heidelberg, que había hecho a un lado la medicina con el objeto de estudiar Leyes en New Orleans, y había ejercido brevemente, sin causas y sin clientes, como socio de Edmund Randolph, y que acababa de abandonar esa carrera para convertirse en el editor del periódico más joven de la ciudad, el *Crescent*. Mas ella necesitaba respuestas a miles de preguntas, muchas para hacerse en el lenguaje de las señas. Muchas noches él debe haberse sentado ante su escritorio, y escrito a tinta con pluma de ave, las largas cartas que ella devoraba. La palabra escrita le era natural, Walker fue siempre fluido en la escritura, lacónico en palabras.

III

Su padre, James Walker, era un nativo escocés, que había emigrado a Nashville, Tennessee por la justificada razón de que había heredado propiedades de un tío suyo, principalmente una tienda de especiería. Muy pronto contrajo un constructivo matrimonio con la hija de una distinguida familia de Tennessee, Mary Norvell, cuyo padre había sido oficial del ejército de Washington. Más tarde James Walker fundó una compañía de seguros comerciales y fue su presidente, y como uno de los prósperos ciudadanos de Nashville, no tuvo tiempo que perder para construirse una elegante casa de ladrillos en el mejor barrio de Nashville. William nació allí, el mayor de cuatro niños Walker.

El estricto espíritu de Calvino y de Knox era dominante en el hogar de Walker. Los Discípulos de Cristo sostenían que una escueta y primitiva simpleza de adoración y una adherencia literal a la Biblia eran el único camino a la santidad. Esta convicción religiosa explica el hecho de que Walker no tuviese esclavos. Demasiado astuto como comerciante para permitirse ser tenido por abolicionista en una comunidad sureña, sin embargo, hizo hincapié en emplear como sirvientes a Negros libres a los que pagaba sus salarios —práctica corriente en los Estados fronterizos en los que el ejemplo de Washington y Jefferson de li-



Ellen Galt Martin
El gran amor de Walker, en traje de baile
(retrato al óleo).

bertad a sus esclavos no podía ser ignorado. Seguramente, la condición económica del Negro libre era generalmente un poco mejor y algunas veces peor que la del esclavo, pero para los Negros la libertad era con todo la única palabra de esperanza. Sea como fuese, William fue criado en un hogar en el que prevalecía una actitud inconforme hacia la esclavitud, y sin experiencia directa en la posesión de esclavos.

James Walker no era un hombre adusto, sino un padre pietista y austero. Las relaciones entre él y su hijo mayor evidentemente siguieron un patrón clásico de autoridad y rebelión. En sus primeros años, William fue un niño difícil, un escolante remiso —ávido de aprender, pero impaciente a la disciplina. Uno supone que el orgullo, el mutismo y la tenacidad que lo caracterizó en años posteriores fueron condicionados en él por las riñas con los muchachos valentones —y la mayoría de los muchachos de su tiempo eran más grandes que él. Desde el principio el arma principal de su vida debe haber sido su espíritu de lucha. Existe un tipo de muchachos pequeños que son un problema insoluble para los de músculos más recios que los echan al suelo de un bofetón y no saben si los han vencido, no pueden hacerlos desistir del ataque, no tienen un momento de sosiego hasta no hacer la paz con ellos. Walker ya hombre, daba la impresión de haber sido un muchacho de ese tipo.

De igual manera su padre cedió ante él. Cuando tenía doce años y James Walker lo presionó para que estudiara para el ministerio eclesiástico, William resistió con éxito. En un tiempo en que los padres acostumbraban escoger la carrera de los hijos, y en un hogar profundamente dedicado a la religión, su testarudez debe haber impresionado al viejo Walker, mientras que para William, el primer triunfo de su rebelión, le abría vastos panoramas de posibilidades en la vida. Más tarde, cuando se decidió abandonar Nashville, de nuevo se salió con la suya. Quizás su padre se alegró de que el rebelde saliera de la casa. Sus otros hijos se sometían fácilmente a su autoridad.

La primera escogencia de carrera fue hecha por William fuertemente influenciado por su profundo sentimiento por su madre. El era uno de esos muchachos que deseaban haber sido inmaculadamente concebidos. Mary Walker era una mujer sencilla, y durante sus años escolares William la vio soportar estoicamente los dolores que su médico era incapaz de diagnosticar o aun de mitigar. El, de muchacho, se soñaba con volver a casa hecho todo un señor médico, y curarla, y ese mismo sueño fue después el acicate que le hizo apresurarse en sus estudios. Antes de los diez años llegó a una encrucijada psicológica y se volvió un estudiante excepcional, entró en la Universidad de Nashville a los doce, y se graduó a los catorce *summa cum laude*. Esto era, por supuesto, una hazaña menos prodigiosa de lo que hubiera sido en Harvard o Yale. Pero con todo, para ser admitido en la Universidad de Nashville, Walker debía saber Latín por medio de los *Comentarios* de César y las *Oraciones* de Cicerón, y conocer el Griego por medio del Nuevo Testamento, además de que los cursos obligatorios en la Universidad incluían álgebra, geometría, trigonometría y cálculo, agrimensura, navegación y astronomía, química, mineralogía y geología; lógica, filosofía experimental e historia natural, los clásicos Griegos y Latinos, retórica y bellas letras, historia, economía política, derecho internacional y constitucional, composición, crítica y oratoria. La pretensión de la Universidad de Nashville a "figurar entre las primeras instituciones de enseñanza en la República" y su orgullo en la biblioteca de 3 500 volúmenes y en "la mejor colección mineralógica en los Estados Unidos" eran quizás exageradas, pero cumplía con sus obligaciones seriamente.

La religión era fuertemente afirmada con clases de teología y "entrenamiento moral". La clase de Walker compuesta de veinte alumnos rezaba dos veces al día en la capilla, asistía a la Iglesia los domingos y antes de cada tiempo en el comedor se ponía de pies para dar una prolongada acción de gracias. Pero el espíritu puritano se mostraba aun más en aquello que estaba prohibido. Los pequeños placeres permitidos a los estudiantes de todas partes —bailes, carreras de caballos peleas de gallos, el teatro, y tales lujos como perros, caballos, coches y criados— eran estrictamente prohibidos en Nashville. Aun el estudio de la música era permitido sólo por dispensa especial. Parece que a Walker le fue permitido practicar la esgrima bajo un tutor privado, añoraba ma-

nejar una espada desde su niñez y tenía un cuerpo fuerte y liviano muy apropiado para ese arte.

Después de graduarse, pasó algunos meses leyendo libros de medicina en el despacho del médico de la familia, el Doctor Thomas Jennings, confirmando su deseo de proseguir la carrera de medicina. No tuvo dificultades para inscribirse en el Colegio Médico de la Universidad de Pennsylvania, en Filadelfia, y en 1843 obtuvo el grado de médico. Tenía entonces diez y nueve años, sin duda alguna uno de los más jóvenes médicos del país.

El tema de su tesis doctoral fue "El iris" y hay razón para creer que Walker, por este período de su vida, estaba interesado en mesmerismo. Sus extraordinarios ojos, "que ardían con un frío fuego gris" y a los que se le atribuyeron más tarde poderes hipnóticos, fueron en sí mismos suficientes para atraerlo al estudio de lo que se había dado en llamar "fenómenos mesméricos". La moda del hipnotismo, la que los trabajos del controversial Doctor Mesmer había puesto en boga en Europa, no había avanzado mucho en los Estados Unidos, pero el posible poder de la hipnosis en la mitigación del dolor era muy debatido entre los estudiantes de medicina por aquel entonces en que no habían anestésicos efectivos para usarse en cirugía.

Aunque le esperaba el ejercicio de su profesión en Nashville, no mostró empeño en seguirlo. Su corazón estaba fijo en estudios avanzados, esta vez en Europa. Edimburgo, la Meca de aspirantes médicos americanos, parecía la escogencia natural entre las universidades extranjeras, y la familia de James Walker residía en Escocia, mas William decidió ir a París. La facultad de la Sorbona, donde asistía a conferencias, puede que haya sido de menor importancia en su decisión que el inmemorial atractivo de Francia para los espíritus románticos.

IV

La desilusión que condujo a Walker al abandono de la medicina comenzó en los hospitales de París. Las novelas de Balzac pintaban el materialismo, la corrupción y el cinismo que florecía bajo los últimos reyes Borbones, y la medicina, no menos que el comercio y el gobierno, se habían vuelto desesperanzadamente reaccionarios. De todos los franceses, decía un ingenio malhumorado, los médicos eran los que más se encogían de hombros. Excepto en aquellos hospitales donde se atendía a los ricos, las facilidades eran medioevales, la higiene inexistente y los métodos sin consideración. La mortalidad infantil era más alta que en Londres; las epidemias de enfermedades contagiosas en los hospitales eran frecuentes; y el sufrimiento humano bajo el bisturí del cirujano era indescriptible. Las condiciones observadas por Walker a los diez y nueve años hacían chacota de sus ideales Hipocráticos, y el ánimo de la ciudad, con toda la superficial alegría, debe haber sido igualmente difícil para un joven puritano que no patrocinaba los burdeles, la bebida o el juego. Los verdaderos valores de París estaban para él en la Literatura Francesa. Víctor Hugo llegó a ser uno de sus ídolos. Sus ideas políticas se tornaron especialmente avanzadas. Mas la *politesse*

parisina también dejó su marca, sus modales tomaron un sesgo de formalidad y gentileza que muchos norteamericanos consideraron afeminados, de modo que, en sus días de filibustero, asombraba a los que al estar por primera vez en su presencia esperaban encontrar a un rudo matasiete.

Habiendo abandonado París después de más de un año, Walker asistió a conferencias médicas en Heidelberg. Parecía que tenía el don de lenguas. Más tarde aprendió español. Una fuente alemana informa que participó en los duelos obligatorios, con espadas de doble filo, de las sociedades estudiantiles de Heidelberg, y salió incólume —un no pequeño tributo, a ser cierto, a su maestro de escriga de Nashville, mas esto puede que sea apócrifo. Qué otros centros europeos haya visitado no se sabe, mas finalmente se dirigió hacia el Norte para estudiar en Edimburgo, pasando en el camino algún tiempo en Londres. Su permanencia allí, aparentemente, lo malquistó contra los ingleses. *Martín Chuzzlewit* estaba por entonces, ocasionando tensiones adicionales en las relaciones Anglo-americanas, y Walker, que no tenía ninguno de los hábitos norteamericanos caricaturados por Dickens —no se emborrachaba, ni escupía, ni blasfemaba, ni alardeaba, ni asesinaba el idioma, ni consideraba el dinero como lo principal de la vida— habría de resentir esa arrogante condescendencia con que la mayoría de los Ingleses de esa época hablaban de sus coterráneos.

Después de un largo y agitado viaje transatlántico regresó a Nashville, donde fue recibido con toda la admiración que provocaba en esos días un joven viajero con títulos universitarios. "El más consumado cirujano que ha llegado a la ciudad" se decía de él. Pero había una amarga ironía en su situación, pues encontró a su madre no lejos de la muerte, gastada, canosa antes de tiempo, sufriendo las horas de vigilia de "reumatismo" y "neuralgia" y él sin pretender saber, más que el médico de la familia, cómo debía tratarse.

Ahora la profesión médica le parecía inútil. Hizo un breve intento de ejercerla pero sin entusiasmo. Aunque nunca perdió el interés en las teorías médicas, o su respeto por los médicos dedicados a su profesión, pronto se dio cuenta que recetar calomel, o purgantes, y atender los partos que llenaban las actividades diarias de doctor, no era definitivamente para él. El hecho de que tirara por la borda el fruto de sus años de estudio, una cuantiosa inversión financiera y amargamente desilusionara a su padre, no hacía mélica en él.

Después de su larga ausencia, debe haberse sentido algo así como un extraño en la familia, sosteniendo ideas marcadamente diferentes a la de ellos, y tal vez desplazado del centro de los afectos de su madre por sus hermanos más jóvenes y su hermana. De cualquier manera que fuera se decidió a no permanecer en Nashville. De todas las ciudades en los Estados Unidos, New Orleans era la que lo atraía más, con sus encantos criollos, su sabor internacional y su cultura metropolitana. En ninguna otra parte en el Sur podría encontrarse en una ciudad, teatros, ópera, publicistas, asociaciones literarias, una gran variedad de periódicos

y su famosa cocina. Y fue fácil encontrar una razón para ir allá. Habiendo rechazado el ministerio eclesiástico desde hacía mucho tiempo y no teniendo inclinación, —o así parecía entonces—, para la vida militar, no le quedaba abierta otra profesión "de caballero" que la de las leyes. Estudiaría, pues, leyes en New Orleans. La superioridad del Código de Napoleón, como se aplicaba en la Luisiana, era una convicción favorita de románticos jóvenes sureños.

La ayuda de su padre, si es que le llegara, era en escala reducida pues William como estudiante de leyes en New Orleans contaba con muy poco dinero. A los dos años de estudios estuvo calificado para el ejercicio de la profesión. Tenía entonces veintitrés años de edad y aunque no se le podía considerar un individuo gregario, tenía un amplio y variado círculo de amistades. Edmundo Randolph, unos cuantos años mayor que él, Secretario de la Corte del Distrito, era su más íntimo allegado, aunque eran completamente diferentes. Randolph era un tipo alegre, con una bonita querida mulata en una casa de la calle Rampart y su correspondiente colección de deudas de juego y vales de cantinas. Evidentemente vio en Walker las cualidades necesarias para complementar las suyas, y a su ruego abrieron un bufete, como socios. Mas la firma no prosperó. Randolph estaba más interesado en la prosecución de los placeres que en las causas legales y aunque Walker era un orador fluido y efectivo cuando quería serlo tendía a ser callado y enigmático con las gentes extrañas. Su estilo no atraía a posibles clientes, se vestía sin seguir las reglas de la moda, y hacía poca impresión con su apariencia. Apenas medía cinco pies y cinco pulgadas de alto, pesaba menos de 120 libras y parecía más joven de lo que era en realidad. Si uno no observaba sus ojos, su rostro no daba indicaciones especiales de fuerza interior. Una frente alta, sin arrugas, bajo un cabello liso, café claro, una larga nariz recta, una boca ancha, no desagradable, pero con un algo de satírica en sus esquinas, una quijada angulosa —todo esto era corriente en una fisonomía norteamericana. Sólo sus ojos de gruesos párpados daban muestras de su fuerza interior. Grises, brillantes, luminosos, parecían penetrar las mentes de las personas con quienes hablaba, despertaban el interés de sus amigos, atraían a los extraños, y desconcertaban a sus antagonistas.

Con toda probabilidad había en su corazón abandonado las leyes, así como había abandonado la medicina, aun antes de comenzar a ejercerla. No sería muy tarde sin que descubriera que para practicar las leyes en las cortes de New Orleans se necesitaba tener un pellejo tan grueso como el de los médicos de los hospitales de París. Una cerrada cábala de políticos controlaba el gobierno municipal, arreglaba las elecciones escogía a los jueces, controlaba a los jurados, manejaba las llaves de las cárceles, y hacían mofa del Código de Napoleón. Los hombres adinerados de New Orleans habían venido a términos con los patronos políticos en la corriente forma financiera, pero había menos justicia y menos clemencia para el ciudadano sin dinero que tenía que enfrentarse a la autoridad civil. En cuanto a una seria administración municipal, brillaba por su ausencia. No había dinero pa-

ra mejoras sanitarias, para la desecación de los pantanos, construcción de cloacas, reparación de diques, pavimentación de calles lodosas, y la recolección de la basura tan necesaria para proteger la ciudad contra las frecuentes epidemias. El juego y el vicio florecían, sin embargo. Los burdeles, protegidos por la policía, abiertamente distribuían volantes anunciando a "las vírgenes recién llegadas del campo" y a "las filles de joie entrenadas en París"

Randolph, con su espíritu realista, podía seguir el juego, pero Walker no podría acomodarse a los enredos de las cortes como no podría patronizar el Cabaret Selecto de Madame Fifi. No tenía verdadero interés en el curso ordinario de los asuntos legales. Sólo el drama de la corte le atraía. Es imposible imaginarsele enviando cuentas y embolsándose estipendios así como en medicina, recetando jarabes o afectando poses de médicos de cabecera. El probó la medicina y las leyes como un joven de su tiempo podría probar una botella de vino dudoso, lo encontró agrio y lo rechazó.

El pretexto que necesitaba para echar a un lado su nueva profesión lo tuvo a principios de 1848 cuando se le acercaron dos experimentados periodistas, A. H. Hayes y J. C. McClure, quienes habían renunciado a sus puestos en el cuerpo de redactores del diario conservador DELTA de New Orleans. Estaban planeando publicar un diario propio, que se llamaría el CRESCENT, y buscaban a una persona que redactara las noticias extranjeras y escribiera sobre relaciones exteriores. Walker, con su experiencia europea, su dominio de varios idiomas, su educación clásica, y su entrenamiento médico-legal, les parecía ideal para sus propósitos. No dudó mucho antes de aceptar. Un diario le daría la oportunidad necesaria para expresarse, enemigos contra quienes polemizar, y sobre todo, la oportunidad de crearse su propia reputación. El tiempo se iba rápidamente. Los jóvenes educados de

aquellos tiempos gustaban de citar las palabras de Don Carlos de Schiller "Veinticuatro años de vida, y no haber hecho nada para inmortalizarse!". Napoleón, Pitt y Bolívar vivían todavía hacía unos pocos años, y sus brillantes carreras ya estaban en movimiento a los veinticuatro años.

Como acicate adicional para su nueva empresa, estaban sus ansias por Ellen. La naturaleza de sus relaciones pueden mejor imaginarse bajo el signo de los tiempos. Su gran ambición e ideales caballerescos, lejos de impresionar a Ellen como absurdos, obtenían su cálido entusiasmo. Bajo su estilo reservado ella reconocía un espíritu noble y generoso y ella debe haberse encantado de su orgullo, sus bondades, sus gentiles modales. Mas estos inexpertos y mudos amantes se debatían "entre las rocas del ascetismo y los torbellinos de la sensualidad". Para ellos el roce de las manos, la breve caricia de los labios, eran sensaciones exquisitas y novedosas, que abrumaban sus limitaciones. Los problemas quedaban enmarcados por el silencio. Sin palabras, no había medio para ellos de expresar el ardor y revelar los pulsantes deseos, si no era por tales transgresiones físicas que violarían el código por el que habían sido educados.

El matrimonio era su necesidad y su esperanza, pero eso tenía que esperar hasta que Walker pudiera ofrecer un hogar digno y razonables medios. Le era esencial presentarse como una persona acaudalada, a quien la señora Martin no temiera confiar el cuidado de su hija. La proposición del CRESCENT llegó en un momento propicio. Aunque sus primeras contribuciones, firmadas con su inicial, W, fueron experimentales, muy pronto era un miembro del pequeño cuerpo de redactores del diario. Por Marzo de 1848, había abandonado su oficina de leyes sin clientela para volverse periodista, con un pequeño sueldo pero con grandes aspiraciones.

Capítulo Dos

BASTANTE HACIA LA IZQUIERDA

I

Mil ochocientos cuarenta y ocho fue un gran año para los periódicos norteamericanos. A las noticias sensacionales seguían otras noticias sensacionales. Ese año parecía como si toda la especie humana sintiese la espontánea urgencia de romper sus amarras. Por dondequiera el descontento y la frustración se traducían rápidamente en violencia. El furor revolucionario se rebeló primero en París, donde en tres días de luchas callejeras los insurgentes republicanos dieron en tierra con el trono de Luis Felipe. De Francia el contagio se extendió con rapidez hacia el Este. El Rey de Prusia, con los cabellos de punta mientras oía los rumores de un nuevo e inquietante credo político llamado Comunismo, se sintió compelido a conceder una constitución para apaciguar a las torvas masas de Berlín. En Viena, el emperador Hapsburgo pudo salvarse sólo hasta que la caballería Cosaca enviada por

el Zar de Rusia llegó en su ayuda. Mas ni los temidos rusos pudieron impedir que Hungría, con Kossuth a la cabeza, alcanzara su independencia, o que los Balcanes ardieran en rebelión, mientras todo el Norte de Italia sacudía el yugo austriaco. España pendía de un hilo mientras los exilados españoles de un régimen sangriento establecían bases en Francia desde las que podían lanzar una guerra civil contra la dinastía borbónica. Los hambrientos irlandeses aireaban su pánico y sus penas en motines contra el gobierno británico, mientras un quinto de la población de Irlanda, un millón y medio de habitantes, moría o emigraba en tres años que sufrieron de la enfermedad de la papa y de hambre. Aun en la desanimada Asia los hombres se erguían contra la autoridad establecida. La rebelión anti-imperial, llamada Taiping, o Gran Paz, comenzaba a hacerse sentir en China. Apenas si pasaba un mes en la India sin la acción de tropas británicas castigando estados y tribus lo suficientemente

estúpidas para disputar el poderío de la Reina Victoria. Todo este apasionado torbellino habría de calmarse pronto. Francia volvería a la era Napoleónica, reyes y dictadores por doquiera continuarían reinando, y los liberales, perseguidos por las policías secretas de respectivos países, buscarían refugio en el extranjero. Pronto el escritor ruso Alexander Herzen, habría de escribir, suspirando, desde París "Es una cosa extraña, desde 1848 todos hemos fallado y empedregado, hemos echado por la borda todo lo que importaba, nos hemos encogido dentro de nosotros mismos". Pero mientras el año seguía su curso, todo parecía posible. El redactor del New York HERALD, Charles A. Dana, informaba de Francia "Encuentro que el socialismo ha ganado mucho. Un agudo observador, —que no es socialista—, me decía el otro día que el triunfo final de las nuevas ideas era seguro. El futuro nos dirá si era un verdadero profeta".

De los grandes poderes de Europa, sólo uno se escapó de la agitación revolucionaria. Inglaterra. No que el pueblo británico no tuviera razón de enfurecerse. Describiendo su condición, el INQUIRER, de Londres, decía "La miseria y la degradación se le enfrentan a cada paso. Es absolutamente desconcertante, sentarse en casa cerca del fuego, por razón de los miserables sujetos que se colocan frente a las ventanas, exhibiendo todas las señales de infortunio y calamidad. No tenemos un plan para remediar este gran mal que invade la sociedad inglesa. Sólo podemos lamentar su existencia".

Unos cuantos espíritus atrevidos fueron tan lejos como sostener la abolición del trabajo infantil y acortar la semana de trabajo de ochenta a setenta y dos horas, y los obreros, reunidos bajo la bandera de los sindicatos, trataban de hacer demostraciones en las calles. Pero los británicos todos, aunque lloraban las desgracias de Oliver Twist y la Pequeña Nell, estaban a la vez tan encantados y estimulados por los recientes triunfos de sus armas, de su diplomacia y de su comercio, que las protestas de los lunes se ahogaban en los alegres gritos de los martes. La India rendía riquezas nunca soñadas. Del romántico Cathay llegaban también grandes entradas mientras millones de chinos adquirían el hábito del opio, pues unos pocos años antes la artillería inglesa había obligado a Peking permitiera la importación de la droga prohibida. No solamente un imperio sino que el mundo entero estaba siendo explotado por las empresas comerciales británicas respaldadas por la más poderosa marina mundial. La rivalidad norteamericana en el comercio, aunque enérgica, no era, sin embargo, alarmante. El Atlántico yacía entre las fábricas Yankees y el mercado Europeo, mientras la ruta del Cabo de Buena Esperanza al Oriente le daba a Inglaterra una gran ventaja en distancia y tiempo sobre los barcos norteamericanos obligados a dar la vuelta por el Cabo de Hornos. El oro corría a Londres por todos los rumbos, incluyendo los Estados Unidos, donde los manufactureros ingleses gozaban de un enorme mercado. En situación tan agradable, el estado de ánimo de la clase gobernadora inglesa era condescendiente.

En cuanto a los Estados Unidos, a sus gentes les importaba un comino la caída de reyes y gobiernos del

exterior, excepto que en lo general, lo consideraban como bien merecido. Los grandes acontecimientos de ese año en casa animaban el espíritu del pueblo americano. La rendición del ejército mexicano bajo el General Santa Anna, que le había permitido a la Administración del Presidente Polk arrebatarse cerca de la mitad del territorio mexicano por pretextos tan débiles que algunos prominentes norteamericanos, Daniel Webster y Henry Clay, entre otros, se sentían apenados. Muchos otros, por el contrario, tildaban al Presidente de "Slow-Polk", (juego de palabras con "slow poke" perezoso que se mueve lentamente), por su fracaso en hacer que todo México fuera inmediatamente territorio de los Estados Unidos. De cualquier manera lo hecho estaba hecho, y luego vino la sorprendente noticia de los vastos depósitos de oro en California, —que hacían que cada americano soñara en ser millonario—, y dando comienzo a una explosión de entusiasmo especulativo en Wall Street. Al mismo tiempo, el genio industrial americano estaba desplegando su poder por todas partes. En Chicago, Cyrus McCormick había comenzado a fabricar su revolucionaria cosechadora. En Philadelphia, la rotativa a vapor de Richard Hoe, imprimía periódicos cuatro veces más rápidamente que antes. El telégrafo eléctrico de Samuel Morse cubría la costa americana desde Boston a New Orleans.

Y estaban, principalmente, los ferrocarriles. Con la ayuda de capital británico se habían tendido los rieles desde Nueva Inglaterra hasta el Mississippi, desde los Grandes Lagos hasta el Ohio. Ese mismo año (1848) Asa Whitney se presentó ante el Congreso urgiendo la construcción de una ferrovía transcontinental. El Presidente Polk firmó un tratado con la nación suamericana de Nueva Granada (Colombia) para la construcción de un ferrocarril a través del Istmo de Panamá, para el transporte de pasajeros entre el Atlántico y el Pacífico. La locomotora a vapor era la esperanza, era la riqueza, era el futuro. Los hombres adinerados compraban acciones de los ferrocarriles y todo muchacho aspiraba a ser maquinista —menos aquellos que añoraban ser capitán de un velero a China o piloto de un vapor en el Mississippi.

Semejante año de buenas noticias, —militares, mineras e industriales—, el pueblo americano no había experimentado jamás. Pero cuando 1848 tocaba a su fin, bajo la palpitante superficie de los acontecimientos había una corriente de profunda inquietud. El desempleo era grande, los salarios eran bajos, y el crimen crecía en las grandes ciudades. El viejo amargado de Carolina del Sur, John C. Calhoun, decía que la cuestión de la esclavitud "debería llevarse a una decisión final" y que si el gobierno intentaba impedir la extensión de la esclavitud hacia el Oeste la cuestión de la adhesión sureña a la Unión pronto sería vital. Privadamente llegó hasta amenazar al Presidente de los Estados Unidos con la secesión inmediata. Horace Greeley en el New York TRIBUNE ominosamente clamaba "Hombres y hermanos, ¿cómo se decidirá esta gran cuestión? Sin embargo habían personas, tanto en el Norte como en el Sur, que todavía esperaban que la gradual emancipación de los esclavos se alcanzara por medios pacíficos.

Con tanta excitación como la que se podía obtener por un centavo, la circulación de los periódicos aumentó y las entradas por anuncios se multiplicó. Por todo el país florecieron los diarios y los jóvenes educados, en grandes números, se inclinaron hacia el periodismo, al encontrar en la prensa un camino corto a la influencia, a la fama y a la riqueza. Había en la nación más de 2500 diarios, semanarios y periódicos, en comparación con 1500 en 1840, y esto para una población de 23 millones. En New York, sólo el HERALD tenía una circulación de 17,000 ejemplares diarios, y el TRIBUNE un poco. Nunca la prensa había ejercido antes tanto poder. Columnas de noticias telegráficas, por primera vez hacían posible el formar rápidamente, en una escala nacional, la opinión pública americana.

De todos los nuevos periódicos del año, ninguno tuvo mejores comienzos que el CRESCENT. New Orleans era la metrópolis del Sur, el corazón del importantísimo comercio del algodón, el principal puerto de embarque, el foco de las noticias de México. El CRESCENT salió a ofrecer a sus lectores algo más de lo que podían encontrar en el bien establecido PICAYUNE o el DELTA, una amplia, y menos específicamente sureña, vista del mundo. En su primer editorial, Hayes y McClure, expresaron su intención de establecer "un periódico general y exacto con amplios puntos de vista liberales sobre temas relacionados con la empresas comerciales y la industria agrícola". He allí, para aquellos que sabían leer entre líneas, una atrevida advertencia de algo menos que entusiasmo por la institución de la esclavitud. El CRESCENT, añadían, "discutiría las grandes cuestiones del Estado y de la política Nacional con libre imparcialidad", o en otras palabras, que ellos necesariamente no apoyarían el prevalente punto de vista sureño sobre el derecho de los estados, entre los que el supuesto derecho de secesión prevalecía en la mente de los hombres. Que tan atrevida posición pudiera llegar a ser un mal negocio, las personas que manejaban el CRESCENT lo reconocían, pero su aventura, decían, era "perseverar en ella mientras hubiera esperanzas de éxito".

El generalmente lúcido estilo de los editoriales del CRESCENT estuvieron en contraste con la retórica espesa y adjetivada que era entonces corriente entre los periodistas del Sur. Las colaboraciones de Walker se distinguieron especialmente por una cierta intensidad de sentimiento, indignación o entusiasmo. Reconocía los hechos —rasgos impreso en él por su entrenamiento médico-legal— pero la principal cualidad de sus escritos era su calor. Al mismo tiempo, de acuerdo con reporteros que trabajaron con él, era un redactor efectivo y digno de confianza. Uno de ellos le describió más tarde como "muy callado y bondadoso, con aspecto de persona dedicada a profundos estudios y siempre con un libro en la mano".

Casi desde el principio, el periódico prosperó sorprendentemente, pues sus opiniones eran estimulantes, sus noticieros profesionales, su formato encomiable y su redacción superior. Un periodista de New York que visitó New Orleans en 1848 declaró que "el CRESCENT está creciendo como Anak". Después de

un mes, el periódico rendía las gracias a sus lectores y anunciantes "por su apoyo mayor que lo anticipado". Unos meses más tarde uno de los más prominentes abogados y políticos de la ciudad, "el Juez" J. C. Larue, compró una parte del periódico, y un editorial afirmaba con orgullo: "Con una creciente lista de suscripción diaria y un negocio de publicidad que se extiende con cada número, el establecimiento de nuestro periódico ya no es un experimento, sino un hecho consumado".

Una de las más exitosas novedades del CRESCENT era una sección de la primera página llamada "Bosquejos de las Aceras y Diques, con Trazos de las Cantinas de New Orleans". El autor era un joven impresor, llamado Walt Whitman, que se había aventurado a llegar a New Orleans desde el Norte y se había encantado de la ciudad. Aunque se ganaba la vida en las prensas del CRESCENT, su abundancia interior influía constantemente en los reportajes. Vio el colorido de la vida a su alrededor con el ojo fresco y amoroso del poeta: la agitación sensual de las calles, los alegres gritos de los vendedores callejeros, las robustas negras en sus vestidos azules y abigarrados turbantes, las preciosas mulatas paseándose bajo el ojo vigilante de sus madres, las grisetas medio hambrientas de los talleres de costura, los elegantes restaurantes franceses con sus listas de nobles vinos, la hedionda suciedad de las cantinas ribereñas, los mercados de algodón, de esclavos y de caballos dentro y en los alrededores del Gran Hotel St. Louis, el amor por las glorias Napoleónicas, las calles con los nombres de las victorias de Bonaparte. Todo le describía con una pluma satírica y ágil.

Quizás una de las mejores piezas de Whitman para el CRESCENT fue *Daggerdraw Bowieknife*, una violenta sátira del duelista profesional y matasiete, cuyo tipo era corriente en la ciudad, y quien, Whitman decía, "antes bien tiraría a un hombre que pagarle lo que le debía". Mientras Walker estaba preocupado con grandes temas políticos, Whitman exploraba el alma atormentada de la ciudad, percibiendo que su elegante sociedad de unos cuantos miles de personas de medios y educación, era simplemente la pátina sobre la ancha, obscena y orgiástica vida que bullía por debajo. En ninguna otra ciudad de América —era entonces la tercera en rango después de New York y Philadelphia, con una población, blanca y negra, de 125,000 habitantes— podía un ciudadano pasar tanto tiempo en la búsqueda de los placeres, ya fuese en la forma de mujeres, el juego, las bebidas, las luchas, las peleas de gallos y la buena cocina. A través de su historia, bajo el régimen Español, Francés y Americano, New Orleans había sido siempre una ciudad abierta. Quizás su extrema indulgencia sensual nacía en parte de su agudo sentido de lo aleatorio de la vida. Más que en ninguna otra metrópolis, vivir en New Orleans era vivir en peligro: peligro de las inundaciones del Mississippi, peligro de las anuales epidemias del cólera, la plaga, y la más temida de todas, la fiebre amarilla, peligro de maleantes y ladrones que infestaban las calles oscuras por las noches, peligro de pendencieros y bulliciosos cortadores de madera y marineros en sus interminables borracheras, peligro de enfermedades venéreas que propagaban los prósperos burdeles, peli-

gro económico de los violentos vaivenes de los precios del azúcar y el algodón, peligro psíquico de los corruptores efectos de la esclavitud sobre los jóvenes de ambas razas. Aun el hombre de posición era más vulnerable que en otras ciudades, pues el rango social no le protegía de los jóvenes pendencieros, empistolados, dispuestos a burlarse de la ley que prohibía el duelo pero que se arriesgaban por lo que consideraban puntos de honor.

En cuanto a los 60,000 negros de la ciudad, —de los que todos, menos unos cuantos, eran esclavos—, sus amplias sonrisas aplacadoras significaban solamente que habían aprendido a vivir con sus resentimientos y terrores. Las grandes danzas de los esclavos a la luz de las antorchas y al son de tambores en Congo Square, observadas por blancos como un entretenimiento —en las que cuerpos negros brillantes arrastran los pies, oscilan y brincan— y donde los ritmos del jazz se dice tuvieron su origen en la cultura norteamericana, proveen no solamente diversión sino más importante aun, un medio para que el negro joven descargue en incontrolados movimientos físicos todo el cúmulo de frustraciones y hostilidades. Pequeños motines de esclavos en las plantaciones alrededor de New Orleans eran lo suficientemente corrientes para nadie, de cualquier raza que fuere, pudiera olvidar el peligro implícito en la "peculiar institución". Aun los aparentemente alegres canciones "Gombo" y los dichos en dialecto francés que los negros inventaban a diario y cantaban en las calles, a menudo tenían un tono de amargura y servían como una especie de corriente comentaria social. Una de esas expresiones no era más que un suspiro musical. "Yo no muero, yo no me mejor!" Otra hacía de la bolsa un símbolo social: el negro necesitaba una bolsa porque había robado gallinas, el mulato usaba su bolsa para llevar joyas robadas, pero la bolsa del blanco era para el dinero conque engañar a las mujeres. La situación de las mulatas bonitas se expresaba en una canción satírica: "Ajá, mañosa, te conocemos; eres de color; no hay jabón que te blanquee lo suficiente".

III

Fue la pérdida del CRESCENT más la ganancia de la Poesía, cuando el espíritu andariego de Whitman, —o quizás haya sido el hecho de que había pedido tantos adelantos sobre su salario que era imposible ponerse al día—, lo obligó, en el verano de 1848, a hacer sus visitas de despedida y coger un bote de río rumbo al norte. Su partida dejó a Walker como el único escritor de sobresaliente capacidad en el periódico. Fue por medio de su pluma que el CRESCENT le dio la bienvenida a las revoluciones europeas. "Los republicanos franceses tienen algunas dificultades que vencer antes de que puedan satisfacer sus nobles y generosas aspiraciones. Esperamos que puedan vencerlas todas y asegurar la emancipación de su país. El tono anti-Británico y pro-Francés del periódico era inconfundible. Un editorial sobre la supresión de las demostraciones sindicalistas en Londres atacaba el modo de vida Británico. "La aristocracia puede triunfar ahora... mas el día ha de llegar en que el pueblo

surja, y mientras más se tarde, más terrible será el ajuste de cuentas, y más radical la reforma. Nuestras simpatías están con el pueblo"

En cuanto a la política nacional de los Estados Unidos, el CRESCENT rehusaba ser ni Whig, ni Demócrata. Se declaraba a sí mismo "ni complacido ni apenado" por la elección de ese alto personaje militar y nulidad intelectual, General Zachary Taylor, a la Presidencia de la República. Mas había inconfundible calor y sinceridad en sus frecuentes explosiones de indignación contra la injusticia social. Cuando sus propias armas de ataque se mellaban de tanto uso, llegaba hasta citar otros periódicos, aun periódicos del Norte que compartían sus puntos de vista. De un diario de Milwaukee tomaba este párrafo: "Todo verdadero patriota se preguntará, ¿no es el preponderante y demoleador poder del capital, causado en no pequeño grado, por la especial legislación parcial que obscurece los estatutos de casi todos los Estados, aun en nuestra propia República?" Similarmente, a través de un diario de Boston, el CRESCENT endosaba las reformas agrarias de los gobiernos revolucionarios europeos que estaban "arrebataando las propiedades feudales de sus dueños sin compensación alguna".

Walker, sin duda alguna, por este tiempo estaba bastante hacia la izquierda, aun entre los liberales avanzados de su época. El espíritu de compasión que se revelaba en su amor por Ellen Martin también llevaba un fuerte ardor de principios democráticos. Comenzó a llevar un sombrero negro de alas anchas, llamado Kossuth, en honor del revolucionario húngaro, que había llegado a ser ídolo de los demócratas americanos. Es quizá una asunción correcta el que Ellen compartía su peligroso idealismo y lo animaba en sus atrevidas explosiones del CRESCENT. Ella debe haber estado complacida, cuando el periódico arriesgó un día la burla de la población masculina de New Orleans por patrocinar "los derechos de la mujer" a la propiedad y al sufragio, y alababa el ejemplo de una medida legislativa que había sido introducida en la Cámara de Diputados en Francia. El CRESCENT aun declaró su deseo de "exponerse a las acusaciones de radicalismo, jacobinismo, agrarismo y otros nombres infamantes". Se burlaba de "la bien alimentada y bien vestida conveniencia" que rehusa admitir "que el hombre pobre tiene derechos que su obligación afirmar por todos los medios en su poder, ya sea por la razón o la fuerza".

Los puntos de vista del CRESCENT sobre la esclavitud eran menos francos que sobre otros temas, pues para existir en New Orleans tenía que evitar la marca mortal de "abolicionista", mas el lector entendido no podía tener dudas en cuanto a su posición. Una columna en la primera página ensalzando a Alexis de Tocqueville parece haber sido escrita primordialmente para la inclusión de una frase. "Democracia en América es uno de los mejores trabajos publicados sobre las instituciones de este país". De esta manera el periódico podía apoyar la acusación de la esclavitud de DeTocqueville sin mencionarla. Una política similar era seguida con respecto a la controversia sobre las leyes de esclavos fugitivos, las que eran reportadas sin comentarios, lo que en sí constituía un comentario. Al CRESCENT le encantaba, además, publicar de vez en

cuando en lugares preminentes pequeñas notas macabras describiendo motines de esclavos asesinatos de dueños de esclavos, insurrecciones sangrientas en barcos de esclavos, y así por el estilo. Citas de escritores nortños daban a entender la esperanza de que a medida que mejorara la condición económica del Sur por medio de la introducción de nuevas industrias, la esclavitud sería gradualmente reducida y eventualmente abolida. "Si estos Estados (Virginia, Kentucky y Tennessee) escogiesen abolir la esclavitud —y confesamos que la señal de los tiempos indican que lo harán— es algo que a ellos les concierne". Sobre todo, nada debe dejar de hacerse que pueda ayudar a evitar una guerra civil. "Antes que un pueblo recurra a ella, se ha de preguntar ¿es (el agravio) suficiente para armar hermano contra hermano?" "¿Es el derecho abstracto (el de la propiedad de esclavos) tan seguro que ninguna persona desinteresada pueda tener dudas sobre él?" Hay otra pregunta que hombres prudentes se hacen antes de arriesgar todo en las incertidumbres de una guerra ¿Qué se ganará con la victoria?"

Solamente en un tema principal del día, es que el CRESCENT estaba de acuerdo con la prevalente opinión sureña. Creía que Cuba debería ser parte de los Estados Unidos. Decía un editorial a principios de 1848 "Cuba debe ser independiente de España, y como última consecuencia, un miembro de nuestra unión". Mas en cuanto a los medios de adquisición el CRESCENT difería del punto de vista sureño. La mayoría de los líderes del Sur no estaban deseosos de confiar el futuro de la isla a ninguna administración federal dominada por políticos nortños. O Cuba llegaba a ser un estado esclavista, bajo la influencia del Sur, o era mejor dejarla a sus dueños españoles. La solución, vista desde New Orleans, era una revolución cubana bajo un liderato simpaticante de la posición del Sur. Fomentar tal revolución era el objetivo principal de los expansionistas sureños, y una expedición militar filibustera reclutada en el Sur y financiada por caballeros particulares era el medio escogido.

El CRESCENT no quería nada de eso. Como siempre, en lo que se refería a esclavitud, su posición era contraria a su expansión. Cuba ciertamente, debería llegar a ser un Estado americano, mas por medio de la compra legítima de la isla a España, o quizás por una revolución espontánea de su pueblo maltratado, seguida del logro de su independencia y de su voluntaria solicitud de admisión a la Unión. "Cuba debe obtener su propia libertad". "Si esperamos un poco la ciruela madura caerá en nuestro seno". Ostensiblemente, el CRESCENT basaba su posición en la necesidad de mantener las Leyes de Neutralidad, establecidas treinta años antes, y que prohibían desautorizadas intervenciones militares americanas en los asuntos de naciones amigas. Este argumento, no podía, sin embargo, encubrir a los lectores del periódico su falta de entusiasmo por la esclavitud de los Negros.

A fines de 1848, llegó la noticia de que el Congreso estaba discutiendo una ley que abolía la trata de esclavos en el Distrito de Columbia y que los miembros sureños, encabezados por el Senador Calhoun, habían amenazado con retirarse en masa y disolver la

Unión si se aprobaba la ley. El sentimiento popular en New Orleans era fuerte en su favor. El PICAYUNE patrocinaba "arriesgar todo en un choque" y presumía "que algo más que tinta debería derramarse". Único, entre los diarios de la ciudad, el CRESCENT urgía precaución. "Siendo amigos de la paz y del buen orden y devotamente apegados a nuestra Unión, creemos nuestro deber decir una palabra en pro de su preservación. Esto era como una bofetada en la cara de aquellos en el Sur, y eran muchos, que consideraban la línea Mason-Dixon como la frontera norte de su tierra, excepto quizás en el Cuatro de Julio y el día del nacimiento de Washington. Los editores de diarios en Carolina del Sur y Mississippi, coléricos, acusaron al CRESCENT de ser "un diario yankee", reputación que nunca pudo borrar.

IV

La profundidad de la influencia de Walker en la política editorial del CRESCENT es una conjetura, pero a juzgar por la evidencia interna de estilo y contenido, su marca individual aparece por todas partes. Una serie de estudios de los filósofos franceses, incluyendo a Pascal, Montesquieu y Chateaubriand, se puede, con toda probabilidad, atribuir a su influencia. Sus avanzados intereses intelectuales eran un motivo de orgullo para el periódico. Cuando en Octubre de 1848, fue invitado a Nashville para pronunciar el discurso de inauguración de los cursos en su Universidad, escogió como tema "La Unidad del Arte". El CRESCENT informó sobre el suceso con satisfacción, y citaba a la prensa de Nashville para recalcar el punto de que "Mister W. salió con gran habilidad tanto en composición como en pronunciamiento".

Este discurso, impreso por la Universidad pero desde hace mucho tiempo perdido, arroja una luz reveladora sobre Walker a la edad de veinticuatro años. "Si se me llamara a exponer sucintamente el objeto de la educación universitaria", comenzaba, "yo diría que es el cultivo del arte. De la universidad depende, en gran parte, el mantenimiento del buen gusto, que es un elemento primordial y esencial de lo que llamamos civilización". El ampliamente concebía el arte como la manifestación exterior de la vida espiritual del hombre, encarnada en la belleza, la verdad y la virtud. El estudio de las ciencias, decía, lejos de ser antagónico al arte, podría contribuir al desarrollo de las percepciones artísticas, pues "la ciencia enseña los principios sobre los que los mundos fueron hechos, así como las grandes verdades matemáticas, señalando al mundo invisible, el mundo del espíritu".

De todas las artes, era la poesía heroica la que lo impresionaba profundamente. Veía a Shakespeare y a Milton como los poetas del heroísmo, a Byron como el héroe de la poesía. El consideraba que Byron había vivido su vida artísticamente, "aunque murió joven, envejeció en fama y hechos". La vida misma era una forma de arte. No es sino a través de la búsqueda del arte de la vida que el hombre "medio gusano y medio ángel" pudo levantarse del hombre primitivo. El ser artístico del hombre encontró una salida aun en la guerra —"la más recia y la más fiera expresión de

patriotismo"— y el artista en vida debe empeñarse en alcanzar "la perfecta y radiante postura" del coraje

El advertía en contra de dejar que las ideas convencionales y las pequeñeces de la decencia ahoguen los impulsos del arte. Enderezando una puya a aquellos que "temen la filosofía" recomendaba la lectura de la poesía de Milton que hurga la naturaleza interior del hombre, y llegaba hasta recordar a la moigata audiencia de Tennessee que en el *Paraíso perdido* la figura más interesante y atractiva es la de Satán con su "indomable voluntad" y su "odio inmortal"

Toda la carrera posterior de Walker puede considerarse, en cierto sentido, como la expresión de estas ideas. Ellas le dieron la pauta a la trayectoria de su vida. El ya había comenzado a formular los principios de la conducta heroica que trató de vivir, del ideal de Galahad al ideal de Byron fue para él una evolución natural. En su tiempo, que un joven tratara de imitar la grandeza de la vida de Byron no era considerado como absurdo. El sólo intentarlo se justificaba.

Igualmente importante quizás, "La Unidad del Arte" lo revela como perfectamente conciente de las muchas ideas seminales de la época que estaban entonces echando raíces en Europa. Esa misma conciencia aparecía repetidamente en la página editorial del CRESCENT. Fue Walker, con toda certeza, quien escribió un artículo titulado "Las Guerras del Mundo" influenciado por Thomas Hobbes y en el que preguntaba especulativamente "Deben los hombres permanecer por siempre esclavos de sus tendencias puramente destructivas? O estamos todavía en el embrión del ser, y es necesario pasar a través de los grados bajos de la existencia antes de llegar a los más altos y nobles estados que nos esperan en el futuro?" Esto era una década antes de que Darwin publicara el *Origen de las Especies*. Pareciera que alguien en el CRESCENT había estado leyendo las obras de los primitivos evolucionistas franceses. Igualmente es posible que Walker, con su entrenamiento médico en el extranjero, fuese el responsable de la publicación en el CRESCENT de algunos artículos avanzados y originales escritos por otros médicos, sobre el tratamiento y prevención del cólera y la fiebre amarilla. Habiendo aparecido mu-

cho antes que las investigaciones sobre las bacterias hechas por von Helmholtz y Pasteur fuesen publicadas, esos artículos aludían a la existencia de tales microorganismos, claramente hablaban de "la teoría animalcular del cólera y todas las enfermedades, con muy pocas excepciones", y urgían que se tomaran medidas sanitarias en "lugares que favorecen el desarrollo de insectos que propagan enfermedades"

A fines de Diciembre de 1848, uno de los editores del CRESCENT, y no es remoto que fuese Walker, escribió un artículo como el que los periódicos, desde tiempo inmemorial, presentan a sus lectores avaluando el significado del año que termina. "El año que acaba de completar su curso está lleno de acontecimientos que lo harán resaltar en atrevido relieve de modo que la posteridad lo recordará como el comienzo de una nueva era". Europa se encontraba convulsa por la agitación revolucionaria y democrática. Los Estados Unidos aparecían victoriosos en la guerra y orgullosos poseedores de nuevos y vastos territorios. Incalculables posibilidades para el país se habían abierto por el oro de California. El sueño de riquezas hacía que miles de Americanos ilusos dejaran sus hogares y se encaminaran al Oeste. En New Orleans el espíritu de excitación provocó una agudeza local. "El año pasado era la fiebre amarilla, este año es la fiebre del oro". Toda la primera página del CRESCENT el día de Año Nuevo fue dedicada a descripciones de California con un mapa de las regiones mineras.

Mas el editorial concluía con una nota de seriedad. Una severa epidemia del cólera había estallado en New Orleans. "En medio de todos estos dorados sueños la copa de la alegría se nos arrebató de los labios. La recurrente pestilencia ha invadido nuestra tierra, llevando la tristeza a muchos corazones". Mas de mil muertos se habían ya reportado. Muchas de las familias de New Orleans huían hacia el Norte. Walker debe haberse preocupado profundamente por Ellen y su madre, quienes permanecían en la ciudad. "Así termina el Año Viejo y comienza el Nuevo con el alma de los hombres inflamados con el deseo de ganancias y la peste Asiática recomenzando su mortal y terrible marcha".

Capítulo Tres

¡DEJELA VENIR!

I

Fue siendo editor del CRESCENT que Walker tomó la específica posición política sobre la que basó su carrera posterior. Como la mayoría de los norteamericanos de su época, creía ardientemente en el Destino Manifiesto de la nación, de establecer sus instituciones y su poder a través del Hemisferio Occidental. Para él, sin embargo, esta convicción no era simplemente el producto de un desordenado e inconsulto chauvinismo. Pensaba, como lo hacían muchos de los líderes políticos de América que la forma mejor de prevenir que la nación se despedazara sobre la cuestión de la esclavitud, era reunir al pueblo en una causa común con una

justificación moral. Esa causa, esa justificación, tal como él la veía, estaba en la Doctrina de Monroe. En 1849, el país se dio cuenta que Inglaterra había estado burlando la Doctrina por sus acciones en Centro América, de una manera casi despreciativa. El TIMES de Londres, abiertamente se ufana de que casi la mitad del Istmo estaba en manos inglesas.

El punto de discordia que llamaba la atención de Walker yacía en una ancha faja de tierra a lo largo de la costa Atlántica de Nicaragua, un territorio conocido como Mosquitia, o Costa de los Mosquitos. Tardíamente, los Estados Unidos se habían dado cuenta de su importancia estratégica. Europa, sin embargo, por mucho tiempo había pensado que Nicaragua era una

de las llaves principales al imperio mundial del futuro. Mas de cien años antes, en 1740, un científico francés, La Condamine, había dicho casi lo mismo ante la Academia de Ciencias de París y propuso la construcción de un canal por Nicaragua para unir los océanos Atlántico y Pacífico. Su trabajo llamó la atención de la Oficina de Negocios Extranjeros Británicos, y mientras los Franceses estaban todavía estudiando el asunto, Inglaterra envió barcos de guerra a Nicaragua, —entonces una posesión de la decadente España—, e izó su bandera en los tremedales de la costa oriental. Los Indios Mosquitos no ofrecieron oposición alguna. Siempre cautelosos, los ingleses justificaron entonces su acción en términos diplomáticos. Se produjo un documento solemne que mostraba, que en 1720, el "Rey de los Mosquitos" había puesto voluntariamente su territorio bajo la protección del Gobernador de Jamaica.

España protestó, Inglaterra se encogió de hombros, y así quedó el asunto por un siglo. Pero cuando los Estados Centroamericanos sacudieron el yugo español, y bajo la inspiración de Bolívar, formaron una Federación, Nicaragua se atrevió a preguntar qué derecho tenían los ingleses en parte de su territorio. Los representantes de Inglaterra en Centro América decidieron que la antigua autoridad jamaíqueña no tenía más utilidad. Consecuentemente, vistieron al descendiente de uno de los antiguos reyes Mosquitos con el uniforme de Mayor del ejército, con toda formalidad coronaron a Robert Charles Frederick como rey de la "Costa y Nación de los Mosquitos", le rodearon de una corte de "nobles" y solemnemente afirmaron sus poderes soberanos.

Entonces se originó un acontecimiento imprevisto. El Rey Robert tomó su papel en serio, y puesto que era inclinado al whisky y a vistosas ropas de color, comenzó a dar grandes parcelas de tierras a comerciantes Yankees, a cambio de licor y de alegres telas estampadas. Los ingleses intervinieron, secuestraron al Rey, lo aprisionaron por el resto de su vida, mas no antes de que firmara un documento —con una X— nombrando a un inglés como Regente "en reconocimiento a todos los favores amontonados sobre él y su pueblo por los ingleses". Desde entonces el país fue ostensiblemente gobernado por un Concejo de Estado nativo, el que servía de pantalla diplomática a los funcionarios británicos que se movían tras ella.

Todo esto era parte de un extenso plan inglés —acabar con la Federación Centro Americana que, siendo de tendencia democrática, ya estaba bajo la presión de los terratenientes nicaragüenses de ascendencia española. Su destrucción tomó algunos años, pero en 1838 la Federación se derrumbó en un turbión de confusión y guerra. Este era el momento que Inglaterra esperaba. Primero atrapó la costa oriental de Guatemala, conocida como Belice, y que ella llamó más tarde British Honduras, luego tomó posesión de Cabo Honduras, que estaba al norte de la Costa de los Mosquitos, y finalmente, empujó su protectorado Mosquito hacia el sur. Por entonces se había puesto en claro, que la mejor ruta canalera a través de Nicaragua, utilizaría el río San Juan cercano a la frontera de Costa Rica. Un pueblecito soñoliento de ranchos de paja,

San Juan del Norte, que yacía en la boca del río, adquiriría importancia estratégica. Un día, apareció allí una partida de ingleses armados. Izando la bandera mosquita —que tenía un pequeño pabellón inglés en su esquina superior— formalmente reclamaron San Juan del Norte en nombre del Rey de los Mosquitos y ordenaron al jefe de aduana nicaragüense que abandonara el puerto. Cuando aquel rehusó salir, fue tomado por la fuerza en un bote y abandonado, a muchas millas, en una parte deshabitada de la costa. Después el Reino Mosquito fue extendido al límite sur de Nicaragua y aun más allá dentro de Costa Rica. San Juan del Norte fue rebautizado con las punzantes sílabas inglesas de Greytown, y así sería llamado hasta que Walker, como jefe del país, le restauró su orgulloso nombre original.

II

Al conocer la historia, Walker se encendía ante la ignominia de la posición americana. Como que no existiese la Doctrina de Monroe. Es verdad que cada administración había hecho un gesto de interés hacia Nicaragua. Andrew Jackson, en 1836, había enviado un agente especial a estudiar la posibilidad de un Canal por Nicaragua, pero el enviado se vio envuelto en una transacción turbia en Panamá y nunca se detuvo en Nicaragua. El agente del Presidente Van Buren, aunque pensaba en la posibilidad del canal, advertía a los capitalistas "no hundir su dinero en un país inestable y revolucionario". Después de la captura de San Juan del Norte por los ingleses, cuando la prensa americana levantó no pequeña protesta, Daniel Webster, entonces Secretario de Estado del Presidente Harrison, envió a uno de sus hombres a Nicaragua para que luego informara, sólo para que fuera despreciado por los ingleses y regresara sin nada que sugerir. Webster mismo buscaba como evitar la guerra con Inglaterra, a pesar de las alteradas discusiones por las fronteras de Maine y Oregon, y el zuzorro de la cuestión Mosquita, era, naturalmente, muy débil en sus oídos.

Mas Inglaterra, eternamente vigilante de la cizaña en su jardín diplomático, sabía que la cuestión estaba lejos de terminada. Con la ruptura de la guerra con México en 1846, el asunto de un canal transistmico creció. Tarde o temprano, pensaban los ingleses, Washington amenazaría su presencia en Greytown. A principios de 1847, Lord Palmerston, entonces Secretario de Asuntos Exteriores, tuvo la precaución de escribir a todos los agentes de la Corona en Centro América, exigiéndoles informar "qué auténtica información podrían ellos obtener en lo referente a las fronteras reclamadas por el Rey de los Mosquitos", y también, cuál en sus opiniones, era "la línea fronteriza que el Gobierno de Su Majestad debería insistir como esencial a la seguridad y bienestar del Reino de la Mosquitia". No fue extraño que las fronteras establecidas por este procedimiento llegara al sur desde Cabo Honduras a través de Nicaragua y dentro de Costa Rica, en perfecto acuerdo con las previas reclamaciones británicas.

Nicaragua protestó que jamás había existido, y que aun no existía, un Reino de la Mosquitia, y en un espíritu de atrevimiento, envió tropas a Greytown, las

que tomaron prisionero a todo inglés que pudieron encontrar. La respuesta inglesa fue la llegada de un escuadrón naval el 1º de Enero de 1848 y el desembarque de un fuerte pelotón de marinos, quienes rápidamente recapturaron Greytown, reafirmaron la autoridad de Inglaterra "en nombre de los Indios Mosquitos", y marcharon al interior hacia el Lago de Nicaragua. Este giro de las cosas sacudió al Gobierno de Nicaragua y lo lanzó a un apaciguamiento precipitado. Se sostuvo una plática, se formuló un tratado, Nicaragua presentó sus excusas y reconoció la existencia de los Mosquitos, aunque no la autoridad británica.

James Buchanan era entonces Secretario de Estado y su respuesta a la acción británica fue similar en carácter. En una carta al Ministro Americano en Nicaragua, dijo "El objetivo de la Gran Bretaña en estas capturas es obtener el control de la ruta ferroviaria y canalera entre los océanos Atlántico y Pacífico", mas advertía que "el gobierno de los Estados Unidos no había determinado aun el curso que seguiría". Durante el año siguiente Washington no hizo progreso alguno hacia una decisión, y cuando la administración Taylor tomó posesión en 1849, el sentido de frustración en la cuestión de Greytown se había vuelto un tema importante. ¿Se permitiría que Inglaterra destrozara la Doctrina de Monroe? La pregunta se hacía repetidamente en el Senado, mientras muchos periódicos advertían al Presidente Taylor que la nación no toleraría una timidez supina ante la agresión británica. Entre aquellos estaba el CRESCENT de New Orleans, con Walker de redactor de noticias extranjeras.

III

Walker no sabía aun —sólo unas cuantas personas en Washington lo sabían entonces— por qué simplemente los Estados Unidos, después de tanto tiempo, comenzaron a retar la presencia de los ingleses en la Mosquitia. El hecho es que su vida estaba estrechándose con grandes fuerzas de las que aun no se había percatado. El trampolín por el que había de saltar a la fama estaba siendo preparado y fijado por hombres ocupados en vastos problemas —la paz o la guerra, millones ganados o perdidos— en Londres, Washington y New York.

La figura central en la situación nicaragüense era un hombre que en tipo, condición, presencia y propósito estaba tan lejos de Walker como que si ambos pertenecieran a especies humanas diferentes. Cornelio Vanderbilt era alto, recio, físicamente poderoso, tosco y gritón, dominante. De unos cincuenta años, aunque completamente canoso, era todavía un hombre espectacularmente viril, que había procreado trece hijos, a todos los cuales dominó rudamente a su voluntad, cuya esposa, habiendo sido confinado por él en un hospital de enfermos mentales, vivía en terror mortal de su temperamento, y cuyas queridas eran el secreto a voces de los mentideros de New York. Mas su pasión dominante era el dinero. Era la personificación del hombre económico —práctico, realista, impaciente ante la especulación teórica y filosófica, despreciativo de todo legalismo y, a veces, de la ley— un hombre que creía

que la verdadera prueba de un negocio estable era el tamaño de la ganancia, y quien consideraba que riqueza y poder eran sinónimos. "¿Qué me importa la Ley!" se dice que afirmaba. "¿Acaso no tengo el poder?" Cuando tomaba riesgos financieros, no solamente buscaba engrandecer su fortuna, sino probar su dominio sobre los hombres y las circunstancias, gloriarse en su fuerza y astucia, mientras destrozaba a sus competidores y barría con sus ganancias. Mucho más que Walker, él era el verdadero tipo del filibustero, feroz en el ataque sin piedad en la conquista. Uno de sus contemporáneos, describiendo una operación de Vanderbilt para monopolizar unos valores, decía "Las acciones suben de 20 a 200 y por siete días los tornillos torturantes se aprietan más y más hasta que la Bolsa de Cambios vibra con el clamor de las víctimas. . . Cuando lo citan ante el juez su memoria se apaga completamente y se olvida aun de su firma. Hay algo de magnífico en una carrera en la que un millón de dólares es como una moneda de diez centavos que toma un limpiabotas. Desnuda a Wall Street de cinco millones con la misma naturalidad con que se ganaría cien dólares a las cartas". (* J. K. Medbery, Hombres y Ministerios de Wall Street, 1879, p. 155). En 1849, Vanderbilt apenas había adquirido no más de cinco o seis millones —en sí un éxito razonable para un pobre muchacho que a la edad de dieciséis años se había metido en el negocio de cabotaje— a los que constantemente añadía por medio de la próspera operación de una larga flotilla de vapores en el río Hudson y en Long Island Sound. Fue de este negocio que tomó su título favorito de "Comodoro".

Como muchos otros potentados, él había descubierto que el poder absoluto era como un hada de belleza incontrastable y sin inhibiciones, y ya no podía contentarse con el corriente ajeteo de los negocios. Una de sus mortificaciones era por entonces que un antiguo competidor en el río Hudson, un hombre de similar agresividad y sagacidad, George Law, le había cogido la delantera. Habiendo fundado la United States Mail Steamship Company, Law había conseguido que el gobierno en Washington le concediera un subsidio de \$290,000, por el que se comprometía a proveer vapores que transportaran la correspondencia de California entre New York y Panamá. Una concesión similar había sido hecha a un naviero de San Francisco, quien daba igual servicio entre Panamá y San Francisco. Lo que molestaba a Vanderbilt, sin embargo, no era la subvención gubernamental que esos hombres recibían, sino sus buenas suertes. Apenas sus contratos habían sido firmados cuando llegaron las buenas nuevas de California. Desde ese momento, con la fiebre del oro rampante en la costa oriental, el servicio de pasajeros entre New York y San Francisco era una verdadera bonanza. Los vapores de Law eran los más grandes que se habían visto por aquel tiempo en la costa Atlántica, y una litera en un apretujado camarote en un viaje a Panamá podía costar hasta quinientos dólares. Se calculaba que cada viaje de un vapor de Law desde New York a Panamá daba una ganancia neta de más de \$100,000 y en 1849 la línea hizo el recorrido treinta veces. Aun las penalidades del cruce por tierra en Panamá, en carretas tiradas

por bueyes, a lomo de mula, o a pie, con el permanente peligro de asaltantes, de insolación, de fiebres y de culebras, no desanimaban a muchos de "los hombres del 49" que sabían que por esta ruta podían estar en California cinco meses antes de que se fueran por tierra. Para mejorar la buena suerte de Law, se había comenzado un ferrocarril a través de Panamá, en el que él tenía intereses y el que aumentaría aun más la popularidad de su línea de vapores.

Oyendo el triunfo de Law con sus inmensos vapores trasatlánticos, mientras él no tenía más que vapores de río, Vanderbilt se hizo la inevitable pregunta: ¿Cómo podría él, un recién llegado, dominar a su rival? Comenzó a estudiar mapas de Centro América y ellos le descubrieron una posibilidad que le despertó la imaginación. Panamá, sin duda alguna, era el sitio más angosto del Istmo Centroamericano, más, ¿era con eso el mejor sitio para el tránsito? ¿Por qué no usar en cambio a Nicaragua, que reducía en 500 millas la ruta de California? Qué construyan el ferrocarril de Panamá, se necesitarán de seis a siete años para completar la vía sobre las montañas que corren por el centro del istmo. Y el ferrocarril sería muy pronto anticuado, si hubiera un canal a través de Nicaragua que permitiera a los pasajeros, la carga y la correspondencia podrían ir de océano a océano sin tener que desembarcar. Aunque en el mapa Nicaragua, en su punto más angosto, aparecía tres veces más ancho que Panamá, realmente ofrecía la mejor ruta para un canal, pues el Lago de Nicaragua permitía ininterrumpida navegación por vapor cerca de la mitad de la distancia, y podría usarse el río San Juan, que corría del Lago al océano Atlántico. La construcción de un canal al este del Lago, calculaba, sería comparativamente fácil, requi-

riendo pocas esclusas. Solamente en la faja entre el Lago y el Pacífico habrían dificultades, y esto era por solo unas once millas.

El plan se concretó: formaría una compañía para construir el canal y mientras estaba en construcción, establecería una línea de vapores entre New York y Nicaragua y otra entre Nicaragua y San Francisco, con una línea de tránsito terrestre entre ambas. No solamente colectaría subsidios por la correspondencia, sino que al ofrecer la ruta más corta a California, echaría a pique los planes de George Law y haría millones.

IV

Vanderbilt se dio cuenta de que antes de que pudiera hacerse algo, Inglaterra debería ser persuadida a cooperar. Si se empecinaba, se necesitaría nada menos que una guerra para hacerla entrar en razón. A principios de 1849, uno de sus asociados fue a Washington a explorar el asunto con la nueva administración de Taylor. De pronto la capital zumbaba con rumores acerca de los Mosquitos, la santidad de la Doctrina de Monroe y la fuerza comparativa de las armas inglesas y americanas.

Fue el informe de un debate sobre Nicaragua en el Senado de los Estados Unidos el que llamó la atención de Walker. "Si la guerra ha de venir", escribió con entusiasmo en el CRESCENT, "entonces, déjela venir". Idas fueron entonces todas las inclinaciones pacifistas. "A los Estados Unidos se les encontrará luchando donde siempre han estado moralmente a la cabeza de las columnas del Progreso y la Democracia". El no usó la frase "Alianza para el Progreso", pero algo parecido había en su mente.

Capítulo Cuatro

EL HOMBRE AIRADO

I

La muerte de Ellen Martin fue un punto decisivo en la vida de Walker.

Una fiebre, seguida de pulmonía —descrita como "congestión pulmonar" por el médico de cabecera— en un instante, se la llevó. La pérdida debe haber sido más dura porque por ese tiempo, Abril de 1849, la epidemia del cólera había ya casi corrido su curso, y ella parecía haberse salvado. Además, él había por entonces comenzado a alcanzar el éxito que hubiera hecho posible el matrimonio. Sólo unas pocas semanas antes, su nombre había aparecido en el encabezamiento del CRESCENT como uno de sus directores.

Un escritor nicaragüense que investigó los años de Walker en New Orleans, dice: "Walker, quien tuvo en su corazón el amor de sólo dos mujeres, su madre y Ellen, volvió del cementerio con el espíritu destrozado, y enfermo de soledad, echó a los vientos todo lo que tenía. Así terminó la primera fase de su vida". Este juicio tiene un algo de teatral, pero toda la evidencia que se puede obtener tiende a confirmarlo. La fuerza

con que fue sacudido puede leerse entre líneas en la página editorial del CRESCENT. Por varias semanas los característicos artículos de Walker se echaron de menos en el diario, que en su ausencia casi cesó de comentar cuestiones extranjeras y el tema de la esclavitud. Cuando comenzó a escribir de nuevo, sus editoriales sonaban una nueva nota de estridencia y amargura.

Un mes después del entierro de Ellen, el Mississippi creció y sobrepasando los diques, inundó los cementerios de la ciudad. Un violento y vociferante editorial atacó a las autoridades municipales por su descuido en proteger a los muertos de una desecración acuosa. Dejad que los vivos, decía, busquen su propia salvación espiritual. "Si vivimos baja e innoblemente, ni todas las aguas de Neptuno pueden lavar las manchas de nuestras almas". Una efervescencia similar aparecía en artículos sobre acontecimientos extranjeros. Un ataque contra Luis Bonaparte, entonces Presidente de la República Francesa, por pervertir la Revolución, fue seguido por una defensa de los revolucionarios Italianos, la que en su radicalismo sólo podría helar la sangre

de sus lectores conservadores. Los seguidores de Calhoun en New Orleans se indispusieron por un artículo condenando los puntos de vista del apóstol de la esclavitud. "Nosotros no formamos fila entre sus admiradores", dijo.

Era como que si Walker estuviese obsesionado por un loco y amargo propósito de destruir la circulación del CRESCENT, y como que hubiese infectado a sus asociados con su ira. Los guanteletes caían a diestra y siniestra. Un violento ataque contra el gobierno municipal por no hacer el esfuerzo de arrestar a individuos que se sabía habían cometido asesinatos, fue seguido por una cortante acusación al PICAYUNE y al DELTA por haber fallado en condenar el peculado en el capitolio del Estado. Cuando los hasta ahora rivales cortesés, replicaron en el mismo tono, recordaron también su gruñido de cólera contra "una mezquina camarilla, para la que el CRESCENT es un objeto de celos y de odios". Esto era periodismo en un tono muy distinto al del año anterior. Y el espíritu de ira se alternaba con Hugoescos y místicos vuelos de la pluma, que proclamaban la aparición del nuevo Walker. "Al menos que un hombre crea que hay algo grande que hacer para él, no puede hacer nada grande. De ahí que muchos de los capitanes y reformadores del mundo se hayan atenido al destino y a las estrellas. Una gran idea surge en el alma de un hombre, agita todo su ser, lo transporta del ignorante presente y lo hace sentir el futuro en un momento. Es natural que un hombre así poseído piense que es un agente especial para llevar a la práctica el pensamiento que le ha sido revelado. Por qué se le ha de hacer tal revelación, por qué se le ha de permitir la percepción de lo que está escondido para otros, sino es para que lo lleve a la práctica?"

Cuál era esa revelación? Con Ellen ida, él había comenzado a soñarse a sí mismo a la cabeza de esa "columna del Progreso y la Democracia", de la que él había escrito, cabalgando en nombre del Destino Manifiesto de los Estados Unidos, encausando las pasiones de la nación, de las conmociones civiles al levantamiento de los pueblos de quienes los beneficios de la civilización habían sido negados por los imperialistas europeos. Sintió una misión evangélica en la que los altos ideales de los Estados Unidos de su tiempo estaban fusionados: la difusión de la democracia el engrandecimiento del poder nacional, el levantamiento de pueblos pisoteados, la prevención de guerras fratricidas.

II

Para un periodista controversial, el Sur, por aquel entonces, tenía peligros especiales. Lectores ofendidos, blandiendo látigos, eran un espectáculo frecuente en las oficinas de los diarios, a pesar de las leyes que prohibían los duelos, los retos de parte de los editores rivales eran de esperarse siempre que se consideraban insultados —un fenómeno bastante frecuente, ya que los dinteles de su tolerancia eran muy bajos. Con todo, Walker había pasado el año de 1848, incólume, sin retos, sin comprometer sus convicciones. Quizás su aspecto juvenil no provocaba ira.

El cambio que sobrevino en él a la muerte de Ellen,

se expresó en una repentina urgencia de violencia tanto personal como periodística. Poco tiempo después sostuvo un duelo con un editor de apellido Kennedy por causa desconocida. (Es probable que no sea más que una coincidencia que el médico que atendió a Ellen en su enfermedad mortal, era también de apellido Kennedy). Ninguno de los dos resultó herido. Los due-listas, dice el relato, "se enfrentaron con pistolas a doce pasos, dispararon, y se retiraron, satisfechos". Existe, también, la historia contemporánea, en el sentido de que un anónimo periodista de New Orleans había retado a un individuo que lo había insultado, a un "duelo con el cólera", esto es, a enfrentarse al contagio atendiendo a sus víctimas. Esto suena como un *Walkerismo*. Mas tarde, en el mismo año, se sabe que le dio severos latigazos al editor del periódico español, *La Patria*, por afirmaciones impresas que él consideró ofensivas.

Fue una época tormentosa para el CRESCENT. En el verano de 1849, la cuestión cubana llegó a una crisis, cuando el Cónsul español en New Orleans fue acusado de complicidad en el secuestro de un ciudadano americano. El secuestrado era un revolucionario cubano apellidado García-Reyes, que había obtenido documentos de naturalización. Su versión era de que el capitán de un barco, un tal McConnell, le había llevado contra su voluntad a la Habana, donde lo tuvieron incomunicado y lo sometieron a golpes hasta que la intervención diplomática de funcionarios Americanos lograron su libertad. Al conocer la acusación, el Gobierno Español retiró a su Cónsul, pero McConnell fue arrestado y procesado. Para su defensa se valió de J. C. Larue, uno de los dueños del CRESCENT y un reconocido abogado.

Desde los días de Washington y de la gran disputa con España sobre la navegación en el Mississippi, los temperamentos siempre se sobresaltaban cuando se sospechaban transgresiones españolas. La versión de García-Rey era dudosa —habían declaraciones contradictorias por docenas— pero el esencial hecho político era que los líderes expansionistas sureños tomaron el caso como propio. Aquí estaba por fin, así les parecía, una razón "legítima" para la inmediata invasión y captura de Cuba. Su filosofía estaba vigorosamente resumida en las palabras del General John A. Quitman, uno de los más ardientes propugnadores del plan. "Nuestro destino está entrelazado con el de Cuba. Si las instituciones esclavistas perecen allí, perecerán también aquí. Así, interesados, debemos actuar. Nuestro gobierno, distraído con la cuestión de la esclavitud, no puede ni quiere actuar. Debemos hacerlo individualmente".

El momento parecía especialmente de perlas para el propósito, porque un individuo adecuado para encabezar una expedición contra Cuba estaba a la mano. Había llegado recientemente a los Estados Unidos, un famoso luchador por la Independencia Cubana, el General Narciso López, venezolano de nacimiento, quien acababa de conocer a Calhoun y había recibido estímulos secretos de la fuente de la sabiduría sureña. Un grupo de extremistas de New Orleans propusieron a López que levantara un pequeño ejército en la ciudad, lo transportara a Cuba, reuniera a los cubanos

bajo su estandarte revolucionario, arrojara a los Gobernadores españoles, estableciera su propio gobierno en la Habana (manteniendo la institución de la esclavitud), y luego, solicitara la admisión de la isla a la Unión Americana

No había problema en el reclutamiento. New Orleans estaba llena de veteranos regresados de México, inquietos, "come-fuegos" errantes, tan ansiosos de aventuras como sus descendientes de un siglo después lo serían por su seguridad. Para ellos, la conquista del Caribe aparecía como una natural y apropiada secuencia de la campaña mexicana. Abundaba el dinero. Aunque López fue cuidadoso en mantenerse en el trasfondo, sus agentes imprimieron bonos contra el Tesoro cubano, los que serían redimidos a la par tan pronto como Cuba fuera independiente. Los bonos fueron ofrecidos por unos cuantos centavos por dólar, y fueron arrebatados por los especuladores. La administración de la empresa estaba en manos de la llamada Junta Cubana, la que, de acuerdo con el New York SUN, incluía algunos de los más distinguidos personajes del Sur.

El único problema era la publicidad, o mejor dicho, la manera de evitarla. Durante el verano de 1849, las embarcaciones para la expedición fueron secretamente reunidas en una obscura isla del Golfo de México, a corta distancia del delta. Era imperativo que las autoridades federales en New Orleans permanecieran ignorantes del punto de reunión, o que al menos se hicieran de la vista gorda hasta que López y sus tropas estuvieran a la mar, y lejos del peligro de interceptación por parte de la Marina de los Estados Unidos, pues de otra manera, la administración Taylor se vería obligada a invocar las Leyes de Neutralidad contra la expedición.

El CRESCENT se volcó sobre el "caso Rey — así lo llamaban los diarios — en parte, sin duda, por el papel activo de Larue como abogado de la defensa, sino también por convicción. Reafirmaba su posición en contra de la violación de las Leyes de Neutralidad, y en consecuencia, contra la extensión de la esclavitud. Extensos editoriales aparecieron, negando el derecho de ciudadanos americanos para usar de represalias por el supuesto secuestro, interviniendo en los asuntos cubanos. Mas el diario invitaba a más peligros de los que podía evitar. Al oponerse a los planes de López quedaba solo entre los diarios de New Orleans. Los dueños del DELTA estaban íntimamente conectados con la Junta Cubana, y el PICAYUNE era de la misma opinión. Estaban de parte de la causa popular y tomaron las mayores ventajas. A diario atacaban al CRESCENT, hasta que al peso mismo de los ataques la ciudad reaccionó, y la circulación y los anuncios en el CRESCENT disminuyeron.

Desesperadamente, el CRESCENT disparó su último tiro. En Agosto de 1849 publicó un artículo que hizo imposible que Washington pudiera ya más ignorar el hecho de la expedición de López. Bajo el título de "La expedición misteriosa y las leyes" describió "reuniones clandestinas diseñadas para la invasión de la isla de Cuba", y dio la exacta localización de las embarcaciones y los campamentos. Bajo tales azuzamientos, los Alguaciles Federales de New Orleans, con cierta mala gana, se vieron precisados a actuar en apoyo de las Leyes de Neutralidad. Washington fue informado y los cañoneros de la Marina de los Estados Unidos fueron ordenados impedir que la expedición de López se hiciera a la mar.

La intervención de la Marina fue una victoria, mas una victoria pírrica para el CRESCENT. Los insultos llovieron por todos lados sobre sus editores. Ellos, decían, habían traicionado al Sur, se habían ganado las simpatías de los abolicionistas Yankees. Contra ataques tan virulentos y sostenidos, el periódico estaba sin defensa. Hayes, el dueño principal, no se hacía ilusiones en cuanto al resultado. Permanecer en el negocio significaría invertir más dinero y, probablemente, sostener más duelos. A fines de 1849, suspendió la publicación del Crescent, y enseguida vendió el nombre del diario y las prensas.

III

New Orleans ya no tenía ningún encanto para Walker, estaba sin amores, sin empleo, y aun sin amigos, pues Edmund Randolph había sucumbido a la magia del Vellochino de Oro y se había marchado a California. En el otoño, Walker le siguió. Por aquella época, la mayoría de los trenes de carretas se reunían en Independence, Estado de Missouri, y tomaban el viejo camino de Oregón, mas allá de Fort Laramie, Fort Bridger y Salt Lake, por sobre las Sierras a Sacramento y San Francisco. Mas las referencias del largo viaje están conspicuamente ausentes de la literatura sobre Walker. Los ocho o nueve meses gastados en cruzar las dos mil millas de llanuras y montañas, a través de las tierras de los Comanches, los Sioux y los Blackfeet, los debe haber considerado como tiempo perdido en la prosecución de su destino. Si hubo penalidades que soportar, luchas con los Indios, extraños paisajes contemplados, aparentemente le impresionaron tan poco que él nunca los mencionó en las breves narraciones de su carrera que más tarde dio a sus asociados. Todo lo que se sabe de este pasaje de su vida es que en Junio de 1850 apareció en San Francisco, tostado por el sol, curtido por la intemperie, una desgarrada figura en ropas viejas y polvosas con un sombrero negro de alas anchas y casi sin un centavo.

Capítulo Cinco

ALTA DIPLOMACIA

I
A fines de 1849, Cornelio Vanderbilt inició la

empresa para el control de la cual, unos pocos años más tarde, habría que disputar con el Presidente de Nicaragua, William Walker. Una compañía con un

nombre sonoro —The American Atlantic and Pacific Canal Company— había sido formada, y Vanderbilt tuvo buen cuidado de incluir en su directiva a un abogado, Joseph L. White, quien tenía ligas de amistad con los principales políticos del país. White viajó a Washington y las cosas comenzaron a moverse.

George Squier fue nombrado nuevo Ministro en Nicaragua. El Secretario de Estado John M. Clayton le dio un pliego de instrucciones, el meollo de las cuales estaba en un simple párrafo: "Estamos deseosos de entrar en negociaciones de un tratado con el gobierno de Nicaragua, en el que se estipule que ambos gobiernos protegerán y defenderán por siempre a aquellos propietarios que logren tener éxito en construir el canal y abrir la comunicación marítima entre ambos océanos para nuestro comercio". Los "propietarios" a quienes Clayton se refería eran Vanderbilt y sus asociados. Muy pronto Squier escribió que "Vanderbilt y Compañía ha hecho una proposición al gobierno de Nicaragua, la que si estoy correctamente informado en cuanto a sus detalles, es de lo más extravagante".

La oferta "extravagante" consistía en una promesa de pagar \$10,000 a la firma de un contrato adecuado, luego, \$10,000 al año hasta la terminación del canal, \$200,000 en acciones de la empresa, y el 20% de las ganancias netas del canal. Era suficiente. El Congreso nicaragüense ratificó el contrato con Vanderbilt y en el otoño de 1849, Squier pudo escribir a Clayton: "Tengo la satisfacción de informar al Departamento que he tenido éxito en alcanzar los objetivos de mi misión a esta República. El comisionado de la 'American Atlantic and Pacific Canal Company' le ha dado cima a su contrato".

II

El agente principal de Inglaterra en Centro América, Frederick Chatfield, había observado las actividades de Squier y los agentes de Vanderbilt con recelos. Sus cartas a Lord Palmerston en Londres, le advertían que los Yankees estaban negociando seriamente con Nicaragua sobre una ruta canalera. Era evidente la posibilidad de que los Estados Unidos, invocando la Doctrina de Monroe, pudieran animar a Nicaragua a tomar a Greytown, para asegurar una entrada atlántica para el canal. Resultara la guerra o no, Inglaterra estaría en desventaja, su pretensión a Greytown era a todas luces débil, y el sitio era imposible de defender contra un ataque desde el interior.

Palmerston, que era conocido por su atrevida diplomacia, respondió agresivamente. La primera necesidad de Inglaterra, decidió, era apropiarse de antemano la terminal del Pacífico de la propuesta ruta del canal. Sus ojos se fijaron en la isla conocida como Tigre, propiedad de Honduras. Ocupando una posición dominante en uno de los grandes puertos naturales del mundo, el Golfo de Fonseca, la isla del Tigre podría dar a Inglaterra más poder de obstrucción en la costa occidental de Centro América de lo que podría dar cualquier otro sitio. Lo que necesitaba ahora era una excusa diplomática que justificara la ocupación de la isla. Los especialistas del Ministerio de Negocios

Extranjeros le complacieron. Con ese propósito en mente, habían estado guardando un viejo reclamo contra Honduras por el supuesto maltrato de unos súbditos de Su Majestad por funcionarios hondureños. Se expidieron órdenes a Chatfield, y simultáneamente el Almirantazgo británico recibió instrucciones de movilizar fuertes escuadrones de barcos de guerra a ambos lados del Istmo. (1)

Chatfield no perdió tiempo. Llegó apresuradamente a Trujillo, el principal puerto hondureño en el Atlántico, y exigió el inmediato arreglo del reclamo de Inglaterra. Cuando los hondureños negaron la validez del reclamo, Chatfield les llamó la atención a los barcos de guerra británicos que por entonces estaban fondeados frente a Trujillo con sus cañones emplazados hacia la ciudad.

El Ministro Americano en Nicaragua, Squier, era un hombre de habilidad e ingenio. Comprendiendo la intención de Inglaterra, corrió a Trujillo con el proyecto de un tratado bajo el cual los Estados Unidos ofrecían pagar generosamente a Honduras por la Isla del Tigre y por el permiso de fortificar ciertas estaciones terrestres en el Golfo de Fonseca. Como entre la manirrota águila americana y el amenazante león británico no había la menor duda en tales circunstancias, los hondureños firmaron apresuradamente el tratado de Squier.

La frustración de los británicos fue expresada por el escuadrón naval, el que, poco antes de salir del puerto de Trujillo disparó un cañonazo contra la ciudad. Chatfield, sin embargo, comenzaba a luchar. Atravesando Honduras a caballo hasta el Pacífico, se reunió con el almirante que comandaba la flota británica que por entonces estaba anclada en el Golfo de Fonseca, y le autorizó a tomar la Isla del Tigre, "por deudas", en nombre de la Corona, izar la bandera británica, y desembarcar una guarnición. Esto lo llevó a cabo el almirante el 16 de Octubre de 1849.

El nubarrón de la guerra se oscurecía ahora sobre Centro América, mas Squier no dudó aun en asumir responsabilidades. Envío una concisa nota a Chatfield, afirmando que Inglaterra había tomado posesión, ilegalmente, de tierra que pertenecía a los Estados Unidos y que debía evacuar inmediatamente la Isla del Tigre. Cuando Chatfield, con el equivalente diplomático de una mofa, rehusó, Squier emitió nada menos que un ultimatum, exigiendo que los británicos se retiraran de la Isla dentro de seis días. De otra manera, decía, su ocupación sería considerada por los Estados Unidos como un acto de agresión, y tratado de acuerdo. Mas los ingleses se quedaron donde estaban, y con la bandera flotando sobre la Isla, Chatfield informó sobre la situación a Londres y Sequier a Washington.

Tal era la situación cuando Vanderbilt azuzaba a Clayton para que tomara una posición firme en la cuestión nicaragüense. Específicamente, el financiero deseaba saber qué dirían los ingleses sobre su contrato con Nicaragua. El problema que se le presentaba a Clayton era doble. Por una parte, quería evitar la guerra, si se podía, y por otra, se sentía obligado a pro-

(1) R. W. Van Alstyne, "The Central American Policy of Lord Palmerston", *Hispanic-American Historical Review*, Vol. XVI, pp. 352-7)

mover la causa de un canal por Nicaragua controlado por los Estados Unidos. La mejor esperanza, tal como el Secretario de Estado Clayton la veía, estaba en la inmemorial técnica diplomática: un garrote en una mano y un regalo en la otra. Si a Inglaterra, simplemente, se le enfrentaba el peligro de la guerra, y al mismo tiempo se le ofrecía una oportunidad de participar en el canal por Nicaragua, es posible que pudiera consentir a un arreglo pacífico. De todas maneras, valía la pena probar. Animado de tales ideas, envió un mensaje al Ministro inglés en Washington, John F. Crampton, pidiéndole lo visitara.

III

En las semanas siguientes, una serie de despachos extraordinarios salieron de Crampton a Palmerston. (2)

Washington, Septiembre 15, 1849

Milord: Mr. Clayton, habiéndome pedido le visitara en el Departamento de Estado, me dijo que deseaba conversar conmigo, franca y confidencialmente, sobre el tema del propuesto pase a través del Istmo, por vía de Nicaragua y el río San Juan, con respecto al cual ha tenido por mucho tiempo grandes preocupaciones. Usted sabe, me dijo, que el Gobierno no tiene mayoría en el Senado, y usted puede formarse una idea de la ansiedad con que el partido opuesto al Gobierno se aprovecharía de la oportunidad, ya de forzarnos a un choque con la Gran Bretaña sobre el particular, ya de hacernos aparecer que hemos abandonado, por pusilanimidad, grandes y espléndidas ventajas. Me rogó que comunicara la esencia de lo que me había dicho a Su Señoría.

Washington, Octubre 1, 1849

Estoy más que ansioso de informar fielmente a Su Señoría la esencia de las expresiones de Mr. Clayton debido a la circunstancia de que el Presidente tomó parte en nuestra conversación.

La unión de los dos océanos por un canal, observó Mr. Clayton, era un objetivo tan importante para todo el mundo comercial, que debería convertirse en un lazo de paz y buena comprensión, por medio de su realización por un esfuerzo combinado, y por el beneficio general de la humanidad.

Lo que el Gobierno de los Estados Unidos propondría ahora, por lo tanto, era esto: Que los Estados Unidos deberían proponer, simultáneamente con el Gobierno de Su Majestad, un tratado a Nicaragua el gran propósito del cual sería garantizar la seguridad de una compañía de capitalistas, a la que Nicaragua debería hacer una concesión.

Mr. Clayton en seguida, se refirió a la embarazosa posición en que estarían colocados los amigos de esta gran empresa, si el Gobierno de Su Majestad continuara

apoyando el reclamo Mosquito en oposición al arreglo propuesto ahora.

Mr. Clayton considera que este asunto nunca podría ser amigablemente resuelto, al menos que tanto la Gran Bretaña como los Estados Unidos, retiraran todo reclamo sobre el territorio de Nicaragua. El General Taylor estuvo cordialmente de acuerdo.

Washington, Noviembre 4, 1849

Milord: He tenido el honor de enviar a Su Señoría la copia de un contrato entre una Compañía americana y el Gobierno de Nicaragua para la formación de un canal interoceánico por vía del río San Juan y el Lago de Nicaragua. Mr. Clayton, aunque aprobaba el tenor general del contrato, pensaba que algunas de las cláusulas eran objetables, particularmente aquellas que exigían que todos los directores de la compañía y una mayoría de los accionistas deberán ser ciudadanos americanos.

Mr. Clayton me informa ahora, que ha sostenido una conferencia con dos de los principales directores de la Compañía en cuestión (Vanderbilt y White), y que según anticipa, él no encuentra objeción que pudiera surgir de parte de ellos para modificar las estipulaciones del contrato en lo que se refiere a remover todo aquello de una naturaleza exclusiva.

IV

Ahora Palmerston estaba completamente claro. El Gobierno de los Estados Unidos, en beneficio de Vanderbilt, buscaba halagar a Inglaterra con una oferta de acciones de un canal inexistente, o forzarla, con amenaza de guerra, a abandonar una posición estratégica de gran importancia potencial para su futuro.

Entonces, ¿la guerra o la paz? El comercio de Inglaterra con el Oriente vital para su prosperidad, estaba ya sintiendo la competencia de la marina mercante Yankee. Dejad que los Americanos abran un pasaje para carga a través del Istmo Centroamericano y ellos ganarían una ventaja significativa de distancia y tiempo para llegar a los ricos mercados de la China, el Sureste de Asia y a las Indias Orientales. El gobierno británico no toleraría la construcción de un canal nicaragüense, al menos que Inglaterra misma pudiera controlar la ruta. Fue por esta razón, más que por ninguna otra, que los ingleses se habían apegado tan tenazmente a los suamos de la Mosquitia por más de un siglo. Compartir semejante canal con otros sería abandonar una de las principales riquezas del Imperio, el plan estratégico de rutas comerciales dominadas por los cañones ingleses. El Cabo de Buena Esperanza era inglés, inglesas eran las Islas Falkland (Malvinas) que yacen en la ruta del Cabo de Hornos, y si habría de haber otra ruta para los buques al Asia, tendría que estar bajo la bandera de Inglaterra.

Desde el punto de vista de Palmerston, la propuesta de Vanderbilt de que Inglaterra participara en la propiedad de su compañía canalera era simplemente cándida. Realmente esperaba el Yankee obtener los beneficios del capital británico para un proyecto que, a

(2) Documentos y Correspondencia relativos a un Canal Transistmico. Recopilados de los Archivos del Ministerio de Negocios Extranjeros y el Departamento de Estado e impresos por la firma legal de Sullivan y Crownwell, New York, 1900.

la larga, habría de ser más beneficioso para los Estados Unidos que para cualquier otro país?

Era solamente la ruta nicaragüense a través del istmo lo que le interesaba a Palmerston. La posibilidad de que los Estados Unidos buscarían como cavar su canal en Panamá, le parecía remota. Las investigaciones hechas por la Real Sociedad Geográfica, no dejaban lugar a dudas que, con las técnicas de construcción entonces en uso, la cordillera de montañas en Panamá presentaba insuperables obstáculos para un canal, y él mismo lo había dicho abiertamente al Parlamento. Tal como veía la situación, Nicaragua bien valía una guerra. "El deseo de obtener tan atractivo lugar en el mundo comercial y librarlo de la competencia de una raza tan aventurera como la norteamericana", había sido subrayado en los informes de individuos en quienes Palmerston confiaba. Su convicción se debía en parte también, nada menos que a un personaje como Louis Bonaparte, entonces Presidente de la Segunda República Francesa, y que pronto había de ser el Emperador Napoleón III. En un panfleto escrito algunos años antes y publicado en Londres, Bonaparte había propuesto formar una compañía que había de ser conocida como La Canal Napoleón de Nicaragua, y en el que presentaba tal profusión de datos y cifras que había causado un profundo efecto en la opinión pública inglesa. "El Estado de Nicaragua", había afirmado, "puede llegar a ser la ruta necesaria del gran comercio del mundo, y está destinado a alcanzar un extraordinario grado de prosperidad y grandeza". Para Palmerston, era esencial asegurarse que el canal no sería cavado al menos que lo cavara Inglaterra, y que los comerciantes ingleses obtendrían una ventaja en la explotación de los recursos naturales centroamericanos. Si esta política significaba guerra con los Estados Unidos entonces Inglaterra lucharía por la superioridad oceánica, tal como lo había hecho muchas veces antes.

No es que Palmerston deseara la guerra. Antes por el contrario, él estaba muy consciente de sus peligros. Los Estados Unidos eran entonces una nación mucho más poderosa de lo que había sido en 1812. Además, algunas de las más grandes casas financieras de Inglaterra, en especial los Rothschilds y los Barings, tenían grandes y ventajosas inversiones en los ferrocarriles americanos, y estaban ansiosos de que la paz se preservara.

Palmerston tenía que considerar, también, que una crisis con Rusia sobre los despojos del tambaleante Imperio Otomano, se hacía claramente visible en el horizonte diplomático. Si esa crisis resultaba en una guerra entre los poderes occidentales europeos y el Zar, y si los Estados Unidos fueran a aprovechar la oportunidad de anexarse los países del Caribe, Inglaterra no podría hacer más que protestar. Consecuentemente, había mucho que decir para encontrar una solución pacífica al problema centroamericano. Si la diplomacia podía servir para evitar la guerra y al mismo tiempo mantener a Greytown y la Isla del Tigre bajo el control británico, definitivamente había que dar oportunidad a los diplomáticos.

Y qué si Inglaterra tomara una posición conciliatoria, quizás enviando un nuevo Ministro Plenipotenciario a Washington, específicamente, con el propósito

de negociar con Clayton —y sin abandonar nada, conservar la paz? Sería un golpe maestro, y se necesitaría un maestro de la diplomacia para realizarlo, mas no era algo imposible. Y Palmerston conocía al hombre ideal a quien tal misión podía ser encomendada.

V

Mientras Walker iba en camino hacia Fort Laramie —uno se lo imagina sentado al lado del carretero, con rostro impasible, los ojos fijos en el desolado horizonte, diciendo de vez en cuando unas palabras corteses en su voz baja, mas absorto, la mayor parte del tiempo, en sus sueños y pensamientos— otro hilo en la trama de su destino se hilaba en Washington, donde el emisario de Palmerston, Sir Henry Lytton Bulwer, había llegado. Hermano mayor del novelista Bulwer-Lytton, Sir Henry tenía una bien merecida reputación como astuto y hábil jugador, tanto en la diplomacia como sobre el tapete verde. El 24 de Diciembre de 1849, Bulwer, en uniforme de gala, presentó sus credenciales como Enviado Extraordinario y Embajador Plenipotenciario ante el Presidente Taylor— un brillante regalo de Navidad, como si dijéramos, de Gran Bretaña a los Estados Unidos. El suyo era un espíritu completamente a tono con las majestuosas hipocresías de la política británica. En un discurso breve y elocuente habló de la comunidad de intereses anglo-americanos. "Tengo entera confianza, Señor, que nuestros dos gobiernos actuarán en la más perfecta concordia en la realización de este gran designio, y por mi parte, francamente os aseguro que no podría tener tarea más agradable a mis propios sentimientos". A lo que el Presidente replicó "Espero, Señor, que su estadía en este país le sea tan agradable personalmente, así como me ha dado razón para creer que será honorable y ventajosa para Gran Bretaña y los Estados Unidos".

Casi inmediatamente, el Secretario Clayton y el Embajador se pusieron a trabajar en un proyecto de tratado sobre el problema del canal centroamericano, preparando el escenario en el que Walker habría de actuar triunfantemente cinco años más tarde. Una de las convicciones de Bulwer era de que nada tenía mayor valor en la diplomacia que "captar el punto importante de un negocio, la característica peculiar de un individuo, el genio y la tendencia de una época". El punto importante en este negocio era el contrato de Vanderbilt con Nicaragua, la característica peculiar de Clayton era su franqueza, pues nunca intentó encubrir su ansiedad por el canal, y la tendencia de la época era el ahondamiento del abismo entre el Norte y el Sur, que gravemente estorbaba a los Estados Unidos en su manejo de la diplomacia. Que él podía tocar esas tres notas para que sonaran "Reina, Britania", Bulwer estaba convencido. No perdió tiempo en decir a Clayton que él podría participar en el proyecto de un tratado, solamente con la condición de que el *status quo* en Centro América no debería alterarse. La cuestión mosquita no podría ser tratada, decía, "excepto en la extensión limitada, determinada" por las necesidades del canal. Estas condiciones fueron aceptadas por Clayton, sin demora.

Todas las ventajas en el torneo fueron para Bul-

wer No es que Clayton fuera incompetente —antes por el contrario, era un abogado de éxito y había sido un senador muy útil, pensaba con claridad y hablaba bien. Su desventaja era inherente a la situación, en el echo de que él estaba emocionalmente envuelto en el proyecto del canal por Nicaragua. Su interés era algo más que político, algo más que una cuestión de compromiso con Vanderbilt y White. El canal, por mucho tiempo, había sido su sueño favorito. Poco antes de la llegada de Bulwer a Washington, Clayton escribió a otro funcionario americano que el tema del canal le había llamado la atención veinte años antes, “desde entonces no se me ha quitado de la mente”. Su ambición era pasar a la historia como el hombre que había hecho posible el canal. En consecuencia, estaba ansioso, siempre un defecto en tratos diplomáticos. Deseaba algo que sólo Inglaterra podía darle: la libertad de la ruta canalera nicaragüense, y eso de un hombre que conocía una docena de medios para negar algo aparentando concederlo.

Seis semanas más tarde el proyecto de tratado estaba completo. Su esencia era el compromiso de los dos poderes que ninguno de ellos buscaría el control exclusivo de cualquier canal construido a través de Nicaragua, y una declaración que ninguno de ellos “asumiría o ejercería dominio” sobre cualquier parte de Centro América. Al enviar el proyecto a Palmerston, Bulwer escribió, “Finalmente consentí en someter el proyecto adjunto a la sanción de Su Señoría, siendo su objeto excluir todas las cuestiones de las disputas entre Nicaragua y los Mosquitos (excepto) en lo que se refiere a la comunicación entre el Atlántico y el Pacífico. Según quedan las cosas, está claramente entendido que el Gobierno de Su Majestad mantiene sus propias opiniones expresadas en cuanto a los Mosquitos”.

Según Bulwer veía la cuestión, esta se fincaba en el significado de la palabra “dominio”. El tratado, escribió, —guiñando un ojo— dejaba a Inglaterra “protegiendo” a los Mosquitos, “mas prohibía que la protección fuera usada con propósitos de dominio”. ¿Dónde terminaba la una y comenzaba el otro? Sobre esta cuestión de definiciones, el tratado era mudo. ¿Qué había concedido Inglaterra, entonces? Nada.

Los Estados Unidos, sin embargo, habían concedido bastante. En un momento de las negociaciones, Clayton le expresó a Bulwer, y sin más distorsiones de lo que es usual en diplomacia que sería comparativamente fácil atraer a todo Centro América dentro de la Unión Americana. “No hay uno de esos cinco estados centroamericanos que no se anexaría a nosotros mañana, si pudiera; y si es algún secreto digno de saberse, le daré gusto. Algunos de ellos ya han ofrecido y pedido ser anexados a los Estados Unidos”.

Bulwer sabía precisamente cuánto valor dar a esa afirmación. Estaba perfectamente consciente de que, tal como estaban las cosas, el Norte era renuente a dejar que las Repúblicas de Centro América, no menos que Cuba, se unieran a los Estados Unidos bajo el dominio del Sur, mientras los Sureños no las querían de otra manera. Era también evidente que Clayton deseaba evitar una guerra por el Istmo, tal como sucedería si los Estados Unidos habrían de forzar la cuestión

inmediatamente. La anexión inmediata estaba, por lo tanto, fuera de la cuestión. Por otra parte, si los Americanos esperaban el momento en que Inglaterra se viera envuelta en dificultades con Rusia, podrían muy bien establecer su hegemonía en el Istmo, sin apelar a la guerra, y en tan atractiva situación, el Norte y el Sur podrían hallar un acomodo en el asunto. Sin duda alguna, la amenaza de Clayton tenía base en la realidad, así es que, al consentir no buscar dominio en Centro América los Estados Unidos entregaban una ficha útil en el juego.

Mucho mejor, desde el punto de vista de Inglaterra, era la cláusula del tratado en que los Estados Unidos no podrán proceder a la construcción de un canal en Nicaragua, sin el consentimiento y participación británicos. Bulwer, sin embargo, hizo un gesto amistoso en la dirección de Vanderbilt. “Debo declarar a Su Señoría”, escribió a Palmerston, “que un caballero de gran peso tomada cuenta de que sería justo que los dos gobiernos debieran dar una abierta y declarada preferencia al nombre de una compañía americana. A esto yo objeté. Se logró una especie de compromiso. El compromiso era una cláusula dando “prioridad de reclamo” a cualquier compañía que tuviese ya un contrato para la construcción del canal, y que hubiera “hecho preparaciones y gastado tiempo, dinero y trabajo en fe de tal contrato”. El nombre del “caballero de gran peso” nunca apareció en la correspondencia.

Bulwer había cumplido su misión. Había negociado un tratado que, mientras comprometía a los Estados Unidos, dejaba a Inglaterra sin compromisos, y así pudo decir a Clayton muy gentilmente que “el Gobierno de Su Majestad procuraría libremente obtener el consentimiento de los Mosquitos” para el Canal. Por Marzo de 1850, ambas partes estaban listas a proceder a la ratificación.

VI

Tan pronto como Clayton mostró el proyecto, aprobado por él y Bulwer, a los miembros del Comité de Relaciones Exteriores del Senado fue puesto a dura prueba. ¿Va Inglaterra a retener la Mosquitia?, preguntaban los senadores. Si así era, no había que pensar en la ratificación por el Senado. Sabiendo que Inglaterra no podía ser persuadida a abandonar su protectorado, Clayton estaba en apuros. Al fin, sin embargo, se le ocurrió una salida. Cuando después vio a Bulwer, llevaba consigo el proyecto de una nueva cláusula que tenía por objeto el que ninguna de las dos naciones podría “hacer uso de protectorados o alianzas con el propósito de ocupar, fortificar o colonizar cualquier parte de Centro América”. Clayton razonaba de que si Inglaterra consentía a esta cláusula, estaba virtualmente renunciando al uso de la fuerza en Centro América, y si renunciaba al uso de la fuerza, no era, para todo propósito práctico, equivalente a su eventual retiro de Centro América? Y en estos términos, no consentiría el Senado a ratificar el tratado?

Bulwer, por supuesto, comprendía perfectamente lo que había en la mente del Secretario. Leyendo la

cláusula propuesta, le pareció que tenía poco significado práctico a la luz de otras secciones del tratado. Los boquetes en el documento, tal como estaba formulado, eran lo suficientemente grandes como para permitir a la flota británica pasar por ellos si fuese necesario, y si la nueva cláusula pudiera servir para asegurar su ratificación, él no la rechazaría. Mas tampoco estaba deseoso de aceptarla así no más. Su consentimiento tenía que hacerlo aparecer como una gran concesión que Clayton deseaba informar al Senado. Asumiendo un aire de herida inocencia el embajador reconvino gentilmente a Clayton por su inconstancia. Pero cuando el Secretario, en marcada angustia mental, amenazó con echar por la borda el tratado, Bulwer pareció capitular. "No vale la pena estar dando vueltas alrededor de nosotros mismos", escribió a Clayton, "y no está en nuestros caracteres. Ahora consiento a todo lo que ha pedido".

Clayton estaba alborozado. Escribiendo al Embajador Americano en Londres le decía triunfalmente que desde ahora en adelante el protectorado Mosquito sería solamente "como la sombra de un nombre". Había también una nota de satisfacción en el mensaje presidencial que acompañaba el tratado, cuando fue formalmente sometido al Senado. "Encontré a la Gran Bretaña en posesión de cerca de la mitad de Centro América, como aliada y protectora del Rey Mosco. Ha sido mi objeto, al negociar este tratado, no solamente asegurar el pasaje a través del Istmo sino mantener la independencia y soberanía de todas las Repúblicas de Centro América. El Senado juzgará cuán bien estos objetivos han sido alcanzados".

La opinión popular, según se reflejaba en la prensa, estaba marcadamente dividida. Algunos diarios ensalzaban el tratado como una obra maestra de inteligencia política, por medio de la cual la guerra con Inglaterra había sido evitada. Otros lo veían como un repudio de la Doctrina de Monroe. El New York HERALD fue tan lejos como para atacar a Clayton como "débil" e "ignorante" y abiertamente alegaba que el tratado había sido "urdido" por Joseph White para los intereses de Vanderbilt. Mas Clayton permanecía confiado que sus esfuerzos serían vindicados por el tiempo. Inglaterra, aseguraba al Senado, había en consecuencia abandonado su política de usurpación en Centro América. Los dos grandes poderes Anglosajones se darían las manos fraternalmente en interés del comercio y de la paz duradera. Y los senadores, respondiendo quizás menos a la elocuencia de Clayton que a las intrigas de Joseph White, se apresuraron a votar y a ratificarlo.

Este era el momento para que Bulwer jugara el as que tenía escondido en la mano. Tomó la forma de una breve nota en la que simplemente declaraba que él "no entendía que los compromisos de la convención se aplicaban a los establecimientos de Su Majestad en Honduras o sus dependencias". Mientras Clayton leía, la fría realidad debe haberle molestado. El tratado, en verdad, decía que los ingleses no ocuparían, fortificarían, o colonizarían cualquier parte de Centro América. Mas, qué era Centro América? Era simplemente un vago término geográfico, como el Oriente, o el Levante. Comprendía todo el Istmo o solamente

las cinco repúblicas independientes? En ninguna parte del tratado estaba definido. No es que Clayton había seriamente esperado comprender a British Honduras, una colonia de la Corona por largo tiempo establecida, bajo las restricciones del tratado. Si Inglaterra escogió considerar esta posesión como distinta de "Centro América", los Estados Unidos apenas si podrían objetar. Mas la verdadera amenaza de la nota de Bulwer estaba en la palabra "dependencias". Por qué es que era ahora introducida, por primera vez, en el diálogo? He aquí una clara inferencia de que Inglaterra había decidido hacer sus otras posesiones centroamericanas, dependencias de British Honduras, y de esta manera removerlas también de "Centro América" y así librarlas de las restricciones del tratado. Si la Mosquitia llegara a ser una tal dependencia, podría ser ocupada y fortificada al antojo de Inglaterra, sin una violación técnica del tratado. Además, puesto que las fronteras de la Mosquitia estaban en gran parte indefinidas, como estaban, en realidad, aquellas de las cinco repúblicas, no habría nada que impidiera al "Rey de los Mosquitos" reclamar aun más territorio centroamericano como parte de sus tierras ancestrales, tal como lo había hecho en el pasado.

Clayton podía divisar la tormenta que se agitaría en el Congreso y en la prensa, si se confirmaba la sospecha de que el tratado no había conseguido más que eso. El disgusto y el ridículo resultante podría impedir la promulgación del tratado, destruir el prestigio de la administración, poner fin a toda esperanza de canal, dañar a los inversionistas que habían comprado acciones en las compañías de Vanderbilt, y posiblemente conducir a la guerra. Por otra parte, el Secretario no podía permitirse hacer caso omiso de la nota de Bulwer. Seguir una táctica evasiva era su única solución. Al escribir al Presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado le pedía su acuerdo personal en el punto de vista de que el tratado no tenía intención de aplicarse a British Honduras, mas evitó cuidadosamente toda mención de las "dependencias". De esta manera logró conseguir del inocente senador su concordancia en que "el Senado perfectamente comprendía que el tratado no incluía a British Honduras".

Fortalecido de ese modo, Clayton escribió a Bulwer reconociendo que "British Honduras no estaba comprendida en el tratado", pero negándose "a afirmar o negar el derecho británico a sus establecimientos o sus supuestas dependencias". En cuanto a las fronteras de los Estados Centroamericanos, admitía que no se podía hacer ninguna alteración al tratado con el objeto de definir las, "sin referir las mismas al Senado". Pero, quizás algo se podría hacer en el futuro para remediar esta omisión?

A este débil esfuerzo, Bulwer replicó con sarcasmo apenas velado. "Entiendo que Usted no se considera llamado a señalar en este momento los límites exactos de los establecimientos de Su Majestad sino que Usted reconoce plenamente que el derecho de Su Majestad a los mismos permanecerán tal como están. Ahora me considero autorizado para cambiar la ratificación del tratado de Su Majestad por la del Presidente de los Estados Unidos".

Clayton, en realidad, había consentido a una

enmienda del tratado sin consultar al Senado. La penosa conciencia de su situación tuvo expresión en un memorándum que escribió y que secretamente depositó en la bóveda del Departamento de Estado, junto con la carta decisiva de Bulwer. "La declaración escrita de Sir Henry Lytton Bulwer fue recibida por mí. Yo le escribí rehusando cuidadosamente afirmar o negar el derecho Británico" (a sus posesiones Centro-americanas). "El consentimiento del Senado a tal declaración no fue exigido y el tratado fue ratificado tal como estaba".

Con vista al simbolismo patriótico, el ansioso Secretario había escogido el 4 de Julio como la fecha para la firma oficial del Tratado por el Presidente Taylor y Bulwer. Los comentarios del Presidente mientras tomaba la pluma mostraban el sencillo y franco placer que le producía el acontecimiento, llegando a suponerse que Clayton no le había informado de la carta secreta de Bulwer. Ningún acontecimiento más memorable había ocurrido en la administración de Taylor, ni habría de ocurrir, pues unas pocas semanas más tarde el viejo soldado bien intencionado moría del cólera.

El punto de vista Británico de la transacción era tan claro y definido como el de los Americanos era nebuloso y obscuro. El London TIMES lo llamó "un torneo en el uso de términos" y no tenía duda en cuanto al vencedor. Tan pronto como el tratado firmado estuvo en las manos de Palmerston, ordenó un buque de guerra a Greytown, donde los marinos habían desembarcado para llevar a cabo otra ceremonia de izar la bandera y de afirmar, una vez más, la autoridad del "Rey Mosco". Era bueno recordar a todos los interesados que Inglaterra no había cedido en nada.

De esta manera, "la convención entre los Estados Unidos de América y Su Majestad Británica para facilitar y proteger la construcción de un canal entre los océanos Atlántico y Pacífico" se convirtió en ley. Su efecto inmediato fue impedir que los Estados Unidos afirmaran su poder en un momento de gran importancia estratégica para sus intereses. Ahora, la nación no tenía otro medio con el que controlar la situación en Nicaragua, excepto que por medio de expediciones militares organizadas privadamente. Al momento de la firma del tratado, la aventura espectacular de Walker se hizo posible.

Capítulo Seis

EL HOMBRE DE PRINCIPIOS

I

La primera acción de Walker al llegar a San Francisco, fue buscar a su viejo amigo Edmundo Randolph, quien por ese tiempo había echado raíces en la comunidad, y por su medio, conoció a John Nugent, el propietario y editor del más joven de la docena de periódicos de la ciudad, el HERALD. Nugent, muy contento, lo puso a trabajar. El pequeño diario estaba prosperando, pues cada San Franciscano vivía ávido de noticias. Como sus activos competidores, el HERALD cobraba doce centavos por ejemplar, llenando más de la mitad de sus cuatro páginas con anuncios y publicaba una "edición vaporina", a un dólar por ejemplar, para pasajeros de los barcos que salían. El principal problema era la escasez de papel periódico, el que tenía que ser importado del Este, y el que costaba veinte veces más caro que en New York. Los publicistas de San Francisco tenían que aceptar el que pudieran conseguir, no importaba cuán barato, burdo y descolorado fuera, y cuando los barcos no llegaban a tiempo, los desesperadas impresores sacaban sus ediciones en papel gris usado para empacar té de la China, o en papel de oficio.

Las deficiencias en la apariencia del HERALD, sin embargo, estaban más que compensadas por su vitalidad. Tenía una opinión definida y corrientemente liberal acerca de todo. Estaba por el libre comercio y el derecho de divorcio para matrimonios desgraciados. Estaba fuertemente opuesto a la introducción de la esclavitud en California. Creía que la cuestión de la esclavitud en la Unión como un todo, podría resolverse sin secesión ni guerra civil, si los extremistas de ambos bandos pudieran mantenerse reprimidos. Citaba al

London TIMES. "No puede haber duda que el sentimiento antiesclavista será preponderante en los Estados hasta la extinción de la institución Sureña, pero la cuestión no será llevada a su fin por la violencia de sus actuales agitadores". Era informado sobre cultura Francesa y especialmente sobre los teatros de París. Resentía de que el Embajador Americano en Londres, que en un discurso se ufana que "Nosotros, los Americanos somos de la raza Anglosajona educados en la Fe protestante". El HERALD explotó en sátira. "Formidable! Qué genios debemos de ser! Fíjense! Ser de la raza Anglosajona!" Y qué de los Celtas y los Franceses? Qué de los Católicos y Judíos? No son también Americanos?

Dos meses después de la firma del Tratado Clayton-Bulwer, la noticia llegó a San Francisco y fue publicado en el HERALD, así como en otros periódicos. Tomado en su valor nominal, pareció un suceso prometedor, y el comentario editorial fue favorable. Pero la diplomacia internacional significaba muy poco a los Franciscanos de 1850. El gran tema del día era la delincuencia en su propio medio. Guerras y tratados eran nada en comparación. Aun descubrimientos de ricas vetas de oro eran secundarios. Pandillas de ladrones y asesinos, muchos de ellos de las colonias penales de Australia, vagaban por la ciudad todas las noches y la habían convertido en un infierno para el ciudadano respetuoso de la ley. Ninguna persona respetable, armado como fuera, podía caminar por las calles con seguridad después de la caída del sol. No había lugar en los periódicos para tratar más que de unos pocos de los sensacionales asesinatos, asaltos, y robos que se cometían a diario. La mayoría de las cantinas y tabernas de la ciudad proveían mujeres co-

mo negocio incidental, y así atraídos por el licor y la lujuria, los incautos caían en la trampa. Tal como el HERALD informaba "Estos sitios de rufianes son el foco de las borracheras y el escenario de innumerables crímenes. Confiados marinos y mineros —son henchidos de licor —endrogados si es necesario— hasta que caen fáciles víctimas. Muchos robos cometidos no salen a luz por la vergüenza de parte de las víctimas"

Se diría que el brazo de la ley se había quebrado, pues nunca se vio alzarse. En unos pocos meses de 1850 se cometieron más de cien crímenes, sin que se haya ejecutado a un solo criminal. Peor aun, tres veces en ese mismo año, la ciudad fue devastada por incendios que, fue demostrado, habían sido deliberadamente provocados por la asquerosa pandilla como "los patos de Sidney", para que los criminales tuviesen una orgía de robos y violaciones. La ciudad estaba al borde de la anarquía.

Poco después de la llegada de Walker, el HERALD comenzó una cruzada contra el crimen, la que lo hizo el centro de una tormenta, y la que, como los sucesos lo demostraron, se debió a él en gran parte. Con su experiencia de los juzgados de New Orleans, él comprendió inmediatamente que la esencia de la terrible situación estaba en la alianza de las pandillas con los políticos ladrones que dominaban la ciudad, y quienes tenían a los policías y los jueces en sus venales manos. Nugent le dio rienda suelta. La primera andanada del HERALD fue contra la Corte Suprema de California, la que desde su asiento en Sacramento fijaba el tono de todo el sistema judicial del estado. "La Corte Suprema", dijo un editorial, "se ha puesto en ridículo" por su "flagrante estupidez" y por su tolerancia de "vagos sin reputación ni principios" y de "corruptos médicos y rúbulas". Ante este ataque inesperado, —el primero de su clase en aparecer en la prensa de San Francisco—, los magistrados de la Corte Suprema se sintieron obligados a contestar. Usando de vocero al Concejo de la ciudad de Sacramento, lanzaron una fuerte diatriba contra el HERALD acusándolo de subversivo de la justicia. Ahora Walker estaba en su elemento. Alegremente dejó ir otra andanada mayor. En la Navidad de 1850 publicó una gacetilla titulada "Personal" para expresar sus sentimientos acerca del Concejo de Sacramento. Comenzaba con un tono de orgullo. "Si un editor fuera a apartarse de su curso para hacer caso del abuso expresado por funcionarios corrompidos, sería, por supuesto condescender". Sin embargo, para no dejar duda con respecto a su opinión, agregó que el Concejo era "una colección de bribones y tunantes".

Durante varias semanas después, bajo el título de "Inteligencia Judicial", el HERALD publicó detallados informes sobre denegación de justicia en los juzgados, y rara vez perdía la oportunidad de echar en cara a las autoridades su incapacidad de actuar contra los criminales de la ciudad. Tenía suficientes municiones. La fuerza policial era un absurdo. Los alguaciles abiertamente se asociaban con los criminales. No había ni siquiera una cárcel en San Francisco. Aun si el hecho de un crimen era identificado y llevado a juicio, no corría riesgo alguno. Un poco de dinero o la co-

nexión adecuada descubriría siempre un tecnicismo legal para asegurar el sobreseimiento del caso, o el jurado era compuesto de amigos del enjuiciado. El crimen se había convertido en el medio de vida de centenares de hombres y mujeres peligrosos, mientras los jueces se hacían de la vista gorda.

Fue un vibrante editorial del HERALD, "Un modo de detener el crimen" el que por primera vez abogaba un movimiento de Vigilantes, aunque no usaba todavía la palabra. "Un grupo de doscientos o trescientos "reguladores", compuesto de aquellos hombres que tengan intereses en la ciudad" era necesario, decía el HERALD, "para arrojar a los criminales de la ciudad", y si fuera necesario, con "algunos ejemplos de la aplicación de la Ley Lynch". Dos veces en esa semana se repitió el consejo, con una completa reseña de sus peligros y una sombría advertencia. "Terrible es el castigo que nuestros ciudadanos aplicarán a los indignos servidores públicos quienes los han obligado a la necesidad de defenderse por sí mismos" contra los elementos criminales.

Otros diarios tomaron la idea del grupo de Vigilantes, al punto que alarmados por ella, los directores políticos hicieron algunos gestos para satisfacción de la opinión pública. A petición del Fiscal un Gran Jurado de ciudadanos respetables fue formado para detener el desborde del crimen. Tomando las cosas en serio, muy pronto dictó medidas contra un número de criminales conocidos, sólo para recibir una reprimenda de la Corte. El Juez de Distrito, Levi Parsons, informó al Gran Jurado que no podía encausar excepto con evidencia que justificara la acusación presentada por un jurado de juicio, lo que en la práctica significaba que no se les podría encausar.

Fue para desgracia de Parsons que esa declaración, que hubiera pasado sin notarse en la agitada y cínica vida de San Francisco, cayera bajo el ojo legalista de Walker. Al siguiente día el HERALD publicó una pequeña gacetilla, firmada por "Uno del Pueblo" y que decía "Sea que el Honorable Juez Parsons en este caso, para guía del Gran Jurado, haya fijado una incorrecta regla de derecho debido a premura, inadvertencia o yerro, es indiferente preguntar". El hecho era que conforme a todo precedente legal un Gran Jurado no necesita acusar hasta haber acumulado toda la evidencia requerida para dictar veredicto como lo necesita una corte ordinaria.

El Juez Parsons, conocido por su pomposidad, republicó con una mal aconsejada diatriba. El HERALD, dijo era una amenaza pública y debería ser acusado por las autoridades locales. Luego, él mismo se presentó ante el Gran Jurado y pidió la acusación del HERALD por desacato, mas los jurados se negaron a actuar. Walker aprovechó la ocasión. En un mordaz editorial, "La Prensa una Amenaza" decía claramente que "la Corte del Distrito instruye al Gran Jurado que ayude a los criminales a escapar. No extraña que después de interpretar la ley de manera favorable para los criminales, el Juez de Distrito se declare contra la prensa". Esto, Walker concluía, era "locura judicial". En cuanto al cargo de desacato, "las Cortes no pueden descender más de lo que han descendido. Si nosotros fuéramos el Angel de la

Guarda del Juez de Distrito, le diríamos al oído Cuidado!"

Un grupo de abogados que eran amigos de Parsons, sostuvieron una reunión en el que el HERALD fue denunciado por las causales de que al atacar al Juez había atacado a las Cortes y a todo el proceso de la justicia. Algunos aun pedían la supresión del diario. Fortalecido de esa manera, pensó, Parsons tomó acción directa. Era comidilla de la ciudad que los ataques provenían de la pluma de Walker, y el Juez dictó orden de arresto por desacato.

II

La aparición de Walker ante la Corte fue reportada con gran detalle por la prensa de San Francisco. La sala estaba llena de partidarios tanto del Juez como del acusado. Edmund Randolph, por entonces ya considerado como la luz guiadora del foro de San Francisco, hablaba por la defensa. Hermoso, impresionante, combinaba la distinción aristocrática con un toque de fuego tenía la ventaja de ser conocido como excelente tirador —una ventaja significativa en la profesión del derecho en el San Francisco de 1850. Comenzó pidiendo que el cargo contra Walker se pusiera por escrito. Parsons dijo "Objeción rechazada", y eran tan frecuentes sus interrupciones que Randolph apenas si podía terminar una frase.

Finalmente se hizo oír gritando que el Juez violaba la Carta de Derechos de la Constitución de California. "Usted está sujeto a juicio ante la Legislatura por su conducta oficial. El procedimiento es monstruoso!"

"Señor Randolph!" gritó el Juez. "La Corte no puede sentarse aquí para oír que se le abusa y sus procedimientos caracterizados como monstruosos!"

Randolph replicó, "Entonces llamaré su conducta monstruosamente ilegal, monstruosamente injusta." Se provocó un tumulto entre los espectadores, mientras que Parsons, rojo de ira, dijo que no podía tolerar el lenguaje "excesivamente irrespetuoso" de Randolph.

"Lamento", dijo Randolph secamente, "que las circunstancias del caso no me permitan presentarle mis excusas."

Esta era una frase llena de amenazas, pues llevaba el pensamiento de un duelo a todas las mentes. Parsons se apresuró a decir "No le hemos pedido excusas."

La defensa, entonces, fue permitida a presentar su caso, el que simplemente era que Walker no era culpable de desacato. Si el Juez tenía algún cargo que hacer era el de libelo, no desacato. "Yo admito que (el editorial en cuestión) es un libelo, hay acrimonia en él, y si las afirmaciones contenidas allí son ciertas, la conclusión es inevitable de que Levi Parsons es un hombre corrompido, un juez deshonesto." La Corte se conmovió con esta andanada. Una lucha a golpes estalló entre los espectadores. Comprendiendo el peligro de un motín, Parsons buscó terminar la audiencia exigiendo que Walker admitiera ser el autor del editorial. La sala se aquietó. "Sí", dijo Walker, "yo es-

cribí y publiqué ese artículo para promover —y no para obstruir— la justicia pública"

Parsons inmediatamente replicó "Entonces, lo encuentro culpable! La multa es de quinientos dólares!"

"No la pagaré", dijo Walker con toda calma.

"Alguacil!" ordenó el Juez. "Este hombre será mantenido en prisión hasta que pague la multa."

La extraordinaria excitación que el caso había provocado, reflejaba la conciencia del público de que por primera vez el escándalo de la corrupción judicial se había expuesto. Apenas Walker había sido confinado a una celda contigua a la oficina del Alguacil, cuando empezaron a aparecer cartelones por toda la ciudad. "Justicia! Reunión pública! para expresar opiniones con respecto a la decisión del Juez de Distrito"

Ese día, 4,000 hombres se reunieron en la plaza ante la Corte y sostuvieron una reunión que se distinguió por su gravedad y decoro. Edmund Randolph fue el principal orador. Una gran cuestión legal estaba en el tapete, dijo, los derechos de los Californianos bajo la Constitución. Que no haya violencia. "El señor Walker me ha pedido decirles de la importancia de evitar la violencia. Me dijo que no permitirá que se le liberte por medio de la violencia"

Algunos de sus oyentes se sintieron chasqueados. Hubo gritos de "Traigamos al Juez aquí!" "Parsons, renuncie!" "Que se liberte a Walker!" Pero Randolph mantuvo su calma y a la muchedumbre bajo control. Una resolución, condenando la acción de Parsons como "un injustificado ejercicio del poder y violación de justicia", fue propuesta formalmente y aprobada por votación. Esta resolución, se resolvió, sería entregada por escrito a Parsons por un Comité de Diez personas. Mientras tanto, Randolph presentaría ante la Corte Superior de la ciudad un escrito de *habeas corpus*.

Todo lo que se pudiera decir de Parsons es que era un recio luchador por la injusticia y no dio señales de ceder ante la presión pública. Durante la siguiente semana, mientras el procedimiento de *habeas corpus* estaba siendo discutido la mayoría de los diarios de San Francisco le dedicaban columnas enteras al asunto. El caso estaba siendo considerado como una costumbre con fuerza de ley que estaba sometida a prueba, y como una defensa del público contra la tiranía judicial. Walker, desde su celda, proveía al HERALD de material editorial, refiriéndose a la "inactividad maestra" de Parsons en atacar al crimen, y añadiendo "El Juez es un porfiado del desacato y ha tenido éxito en asegurarse una buena medida. Al tratar de apagar al HERALD, Su Señoría se ha extinguido a sí mismo"

El juez de la Corte Superior que tenía que resolver sobre la demanda de *habeas corpus* presentada por Randolph, estaba en una posición embarazosa. Negar la demanda sería desafiar la opinión pública, concederla sería ofender al poderoso Parsons y a sus compinches. Ya para entonces, sin embargo, el caso había llamado la atención de todo el estado, y ya se estaban dando pasos para la acusación de Parsons en la Legislatura. Diez días después del arresto de Walker, el

auto de *habeas corpus* fue emitido por la Corte, y aquel fue dejado en libertad. Su primer acto fue publicar "Una Tarjeta" en el HERALD, agradeciendo a aquellas personas que se habían unido a su causa, que era la causa "de todo el pueblo de California". De los ardientes esfuerzos de Edmund Randolph, hablaba con especial sentimiento "Sería una ceremonia ociosa el que le diera las gracias", este ha sido un acto de inolvidable amistad. El recuerdo de aquel acto afectaría, cinco años más tarde, de manera profunda no solamente el destino de Walker sino el de toda una nación.

Mientras la agitación menguaba, parecía que el único beneficiario del asunto era el HERALD. Su circulación creció, aumentó el tamaño de sus páginas para acomodar mayor cantidad de anuncios y comenzó a sacar un semanario además del diario. Mas Walker estaba consciente que aun no se había conseguido nada para la ciudad. El crimen continuaba rampante. Las cortes seguían su acostumbrado camino. El ataque contra Parsons y el sistema judicial, sentía Walker, debía ser presionado. A principios de Abril, apareció ante un comité especial de la Legislatura en Sacramento para presentar un memorial sobre las instrucciones de Parsons al Gran Jurado. El comité investigó el cargo y recomendó la acusación de Parsons, y el procedimiento llegó hasta el seno de la asamblea. Allí, sin embargo, los amigos políticos del Juez pidieron intervenir favorablemente, y después de un pasajero debate, se abandonó la cuestión.

III

El bajo mundo de San Francisco tenía sus propios puntos de vista en el "caso de desacato", como se le llamaba, y los expresó con ferocidad. En la noche del 4 de Mayo de 1851, se desataron incendios en varios sitios de los distintos distritos comerciales, produciendo una conflagración que destruyó totalmente veinte manzanas de edificios de madera, entre ellos la oficina y la imprenta del HERALD. Bajo cubierta de la excitación las pandillas cundieron la ciudad y robaron y saquearon a su antojo.

Fue una noche de terror y desesperación, y la esperanza que el caso de Walker había despertado, desapareció envuelta en humo. El HERALD perdió todo menos su espíritu de lucha. Una imprenta que se había escapado del incendio fue puesta a la disposición de Nugent, y éste logró continuar su publicación tres días después del incendio, la ira brotando de cada una de sus páginas, pidiendo "una policía de voluntarios". Esta vez algo se hizo, y hombres armados de rifles comenzaron a patrullar la ciudad. Toda la prensa de San Francisco pedía el castigo de los vándalos. El HERALD fue más allá. El 5 de Junio, salió con un editorial titulado "La Organización del Crimen en este Estado", en el que claramente aseguraba que los incendiarios eran conocidos de las autoridades y estaban recibiendo protección de los políticos, algunos de los cuales eran Catilinas que estaban empeñados en el dominio completo de la ciudad y el Estado. Era tiempo decía el *Herald*, "para una guerra general contra el crimen". El público, sin embargo, impresionado y te-

meroso, no estaba en ánimos de despertarse con claridad. Se rumoraba que muchas personas respetables estaban preparándose para abandonar la ciudad.

La acusación del *Herald* de una gran confabulación política apoyada en una base criminal, vino a hacerse más evidente aun, cuando cerca de tres semanas después, bien avanzada la reconstrucción del distrito arruinado, estalló otro incendio que destruyó más la ciudad, de nuevo acompañado de innumerables robos. Fue este incendio devastador el que proveyó el ímpetu inmediato para la formación del Primer Comité de Seguridad Pública, los Vigilantes, que finalmente destruyeron las pandillas sólo para imponer su propio despotismo.

IV

El *Herald* todavía sostenía su convicción de que antes de que el orden pudiera ser establecido, las cortes debían librarse de jueces corruptos de la calaña de Parsons. Su agenda estaba cargada de juicios, sin embargo, él se ausentaba de la corte por días enteros. "Por cuánto tiempo debemos tolerar a este hombre?" preguntaba Walker editorialmente. La misma pregunta, a la inversa, estaba en la mente del Juez Parsons, y él estaba en mejor posición de contestarla. Entre sus amigos estaba el notorio duelista, Graham Hicks, conocido por su mortal habilidad con el revólver. Varios prominentes San Franciscanos habían caído a su puntería. Él era un hombrecito fuerte y nervioso, muy parecido a Walker en contextura. Walker, dijo Hicks, había insultado a "un amigo suyo" y tendría que dar excusas o pelear. El duelo era el deporte más popular de la ciudad y tan pronto como se supo del reto y la fecha del encuentro fue fijada, se reunió una gran muchedumbre para presenciar el acontecimiento.

El hecho de que Walker sostuvo cuatro duelos a revólver en su vida, sin herir a uno sólo de su antagonistas, ha dado a creer que su puntería era pobre, mas tenía que ser increíblemente mala para alcanzar tal récord y otras evidencias en contrario señalan en dirección opuesta. Quizás no sea irrazonable pensar que él haya tenido aversión a esta forma fría de matar, y que deliberadamente haya disparado al aire o al suelo en la esperanza de que su oponente siguiera su ejemplo. Esta costumbre era corriente entre los caballeros de New Orleans, como medio de satisfacer el honor sin derramamiento de sangre. En uno de sus duelos, llevado a cabo en San Francisco con W. H. Carter en la primavera de 1855, a ocho pasos, Walker fue herido en un pie, una herida lo suficientemente rara para sugerir que Carter estaba tirando para errar o para infligir el menor daño después que Walker había fallado. En el duelo con Hicks, también a ocho pasos, Walker como siempre disparó primero, sin efecto alguno. Hicks, sin embargo no sintió obligación a la *noblesse*. Su tiro, con intento de matar, atravesó la parte superior del brazo de Walker, cerca del hombro, pasando cerca del hueso.

Lo que siguió hizo gran impresión en los espectadores. Sin dar señales de dolor, Walker indicó a Hicks que debían hacerse un segundo tiro, pero antes de que

podieran levantar las pistolas de nuevo, los segundos intervinieron y el duelo fue declarado terminado

Algunos posteriores comentaristas de la carrera de Walker procuraban encontrar en sus diversos duelos, las señales de un carácter sangriento, de un desesperado, mas puede decirse con seguridad que ellos han malinterpretado, tanto al hombre como su época. Un contemporáneo de Walker que buscaba cómo explicar su punto de vista a una generación posterior hacía hincapié sobre la atmósfera de 1850, como un factor esencial que debe ser considerado "Los hombres contemplaban la vida desde un punto de vista más romántico de lo que lo hacen ahora. Había más sentimiento, más canto de canciones, más gracia y galantería. Los hombres no habían abandonado las

costumbres de sus antepasados, y se aferraban al código del honor, en defensa del suyo, y del honor de las damas los movía la sinceridad y vivían rodeados de tradiciones tan firmes que no podían hacerse a un lado" La manera en que un caballero se conducía en un duelo en tiempos de Walker, era tomada como una prueba de su carácter, la fortaleza conque sobrellevó la herida inflingida por Hicks y la cólera que le movió a querer continuar el duelo, le dieron una inmediata reputación de valiente entre valientes "Un hombre hábil, sumamente educado y valiente" con "una alta posición moral y política" (1) sobre todos los temas de la época, era el carácter que se le atribuía a Walker en el San Francisco de 1850. Los hombres lo rodeaban.

Capítulo Siete

VANDERBILT PERDONA A GRAN BRETAÑA

I

Walker en el San Francisco *Herald*, citando a la prensa de New York, comentaba entusiastamente sobre la gran empresa en Nicaragua del Comodoro Vanderbilt. El veía el canal como la llave para la Americanización del Caribe. Los intereses del gran capitalista habían comenzado a tocar a aquellos del inconspicuo periodista. Con la firma del Tratado Clayton-Bulwer, dos nuevas corporaciones de Vanderbilt habían cobrado vida. The Nicaraguan Canal Company, que había de cavar el canal bajo una administración Anglo-americana, y la Accessory Transit Company, (Compañía Accesorio del Tránsito) que habría de llevar pasajeros a través de Nicaragua hasta la terminación del canal. Los rumores de guerra desaparecieron. Aun el New York *Herald*, que había sido virulentamente anti-británico, descubrió que en la cuestión de Nicaragua, los Estados Unidos como Inglaterra habían cometido fallas, "pero una influencia de sentido común se alzó de la Bolsa de Londres por un lado y Wall Street por el otro"

San Francisco no oía sino noticias favorables de la aventura. Ya la Accessory Transit Company estaba construyendo vapores de poco calado para las operaciones en el río San Juan y en el Lago de Nicaragua. Otra compañía de Vanderbilt, The Nicaragua Steamship Line (Línea de Vapores de Nicaragua) había ordenado vapores de inigualada velocidad y tamaño para hacer el recorrido de New York a Nicaragua y de Nicaragua a San Francisco. Un eminente ingeniero, el Coronel C W Childs, había aceptado ir a Nicaragua por cuenta de Vanderbilt para hacer un detallado estudio del canal y un cálculo de su costo. Y finalmente, se anunció que Vanderbilt iría inmediatamente a Inglaterra para negociar con financieros británicos.

El éxito de los planes del canal se daba como un hecho. ¿Cómo podrían fallar, actuando juntos, los Estados Unidos e Inglaterra? Todas las esperanzas parecían confirmarse a la llegada de ejemplares del *Times* de Londres, alabando el proyecto de Vanderbilt

y afirmando "Todos los proyectos de la empresa están siendo empujados a un feliz resultado" Las pláticas de Vanderbilt con los Rothschilds y los Barings, decía el *Times* han resultado en "un satisfactorio arreglo financiero"

El siguiente interés de Vanderbilt era darle vida a la Accessory Transit Company mientras el Coronel Childs estaba haciendo el estudio del Canal. Aquí encontró dificultades. Los ingenieros que había enviado a Nicaragua, informaban que el río San Juan, contrario a todas las esperanzas, no era navegable por vapores debido a cinco raudales peligrosos que se encontraban en su curso. La única esperanza para una ruta de tránsito, decían, sería construir pequeños canales alrededor de esos raudales. Con su acostumbrada energía, el Comodoro decidió ver por sí mismo. El primero de sus vapores trasatlánticos, el *Prometeo*, estaba listo. Era un vapor rápido pero en este primer viaje no intentó fijar un récord de velocidad, pues remolcaba en el trayecto de diez días a Greytown, un pequeño vapor de poco calado, el *Director*, diseñado para usarse en el Lago de Nicaragua.

II

"La presencia del emprendedor e infatigable Comodoro Vanderbilt", escribió Walker en el *Herald*, "asegurará la perfección de todos los arreglos para hacer completa la conexión del tránsito" El tributo era merecido. Cuando el *Prometeo* ancló en Greytown y Vanderbilt propuso llevar el *Director* arriba del San Juan hasta el Lago, se encontró contra una sólida muralla de pesimismo entre sus propios empleados. El bote se rompería, le advertían sus ingenieros. Nadie ha tenido éxito en llevar un vapor sobre el San Juan. Vanderbilt apartó todas las objeciones. El había venido a llevar el vapor río arriba y lo haría. Lo que siguió dejó a sus hombres boquiabiertos. Con

(1) (F. Soulé, J. H. Gihon y J. Nisbet, "Anales de San Francisco", 1856)

Vanderbilt mismo al timón, el *Director* se enfiló sobre el río como poseído del demonio "El Comodoro", —narraba uno de la tripulación—, "insistía en saltar sobre todos los obstáculos, y apretando todas las válvulas de seguridad, con la máquina a todo vapor, obligó al vaporcito a escurrirse y forcejar sobre los obstáculos hasta alcanzar aguas mansas de nuevo" En un punto en que el río caía aterradoramente y el agua hervía alrededor de enormes rocas protuberantes, Vanderbilt dio a la tripulación una nueva lección Usando gruesas cuerdas atadas a los árboles de la orilla, pasaba el vapor, pulgada por pulgada, más allá de los raudales

El día de Año Nuevo, 1851, el *Director* completó el trayecto de 119 millas del río y entró al Lago de Nicaragua El resto del viaje de Vanderbilt fue igualmente lleno de realizaciones Para el tiempo que regresó a Greytown había trazado los planes completos para la ruta del tránsito De la Bahía de la Virgen, en el extremo occidental del Lago, se abriría un camino a través de la jungla al puerto más cercano en el Pacífico, San Juan del Sur Hacia el Este, el río San Juan sería mejorado con dinamita, y donde esto no fuera posible para el pase de los vapores, un servicio de transbordo resolvería el problema El Comodoro dio sus órdenes, contrúyase muelles en todos los puertos del Tránsito sobre el mar y el lago, cómprense mulas y diligencias para llevar pasajeros y equipajes, agráden a los nicaragüenses pintando las diligencias con los colores nacionales, azul y blanco, cubran el camino con planchas gruesas de madera, compren terrenos en Greytown y establezcan las oficinas de la Compañía, muévanse, actúen, construyan! Luego, abordando el *Prometeo*, hizo el viaje de regreso a New York en tiempo récord

Desde este momento en adelante todo fue como movido por magia Vapores trasatlánticos, diseñados conforme a las especificaciones de Vanderbilt, fueron contruídos y enviados por el Cabo de Hornos para servir la ruta entre San Juan del Sur y San Francisco También ordenó dos vapores con quillas de hierro para el rocoso San Juan, y los bautizó, no sin propiedad, el *John M Clayton* y el *Sir Henry Bulwer* Un vapor algo más grande fue enviado a juntarse con el *Director* en el Lago de Nicaragua El 3 de Julio de 1851, al año precisamente de la firma del Tratado Clayton-Bulwer, aparecieron anuncios de la "Nueva e Independiente Línea a California" en los periódicos de New York Todo New York bullía de excitación ¿Qué no pueden hacer los Americanos cuando se empeñan en ello? El *New York Herald* miraba esperanzado al tiempo "en que el gobierno y las instituciones de los Estados Unidos serán extendidas por todo México y Centro América" como resultado de las empresas de tales hombres como Vanderbilt y George Law California estaba aun más gozosa, si fuese posible El viaje más rápido de New York a San Francisco, vía Cabo de Hornos, había tomado cincuenta y un días La nueva ruta a través de Nicaragua acortaría el viaje a veinticinco

Quando el *Prometeo* salió de New York para Greytown, Vanderbilt y un numeroso grupo de invitados iban a bordo La buena suerte le sonreía Los pasajeros gozaron del viaje de verano, se maravillaron ante la lujuriente escena de la costa nicaragüense, fueron hospitalariamente recibidos en Greytown, abordaron

el *Sir Henry Bulwer*, ascendieron el río San Juan con solo pequeñas dificultades, fueron transbordados al *Director*, cruzaron el Lago a la Bahía de la Virgen, se montaron en mulas (las diligencias no habían sido entregadas aún), cruzaron las once millas a San Juan del Sur, donde uno de los grandes buques de Vanderbilt, el *Pacific*, los estaba esperando para hacer el recorrido a San Francisco Una carta de uno de los pasajeros para el *New York Herald*, casi puede decirse que estaba escrita por órdenes de Vanderbilt "Con buenos y rápidos barcos, caballerosos capitanes, y con escenas que encantan a la vista, cuajadas de bananos, naranjas, limones, palmeras y mil variedades de árboles, ¿qué impedirá al viajero de los Estados Unidos escoger esta ruta segura y práctica?"

Mas vapores salían de los astilleros para engrosar la línea de Vanderbilt, y para finales de 1851 estaba en plena competencia con la ruta panameña de Law Todas las ventajas estaban de parte del Comodoro Pasajeros a California pronto supieron que podrían economizar cuatro días de viaje tomando la ruta de Nicaragua, cuatro días en que podrían encontrar una rica veta de oro antes de que otro la encontrara Cuando Law trató de mantener su posición advirtiendo al público de los "melancólicos atrasos" en la ruta nicaragüense, Vanderbilt contrapunteó con aseveraciones de que el cólera era rampante en Panamá Law bajó las tarifas, Vanderbilt las bajó aun más En los primeros recorridos del *Prometeo*, pasajeros de primera clase pagaban \$400 por persona, pero mes a mes el precio fue bajando hasta los \$150, mientras los pasajeros de segunda hacían el viaje a San Francisco por sólo \$45 Fue entonces que se oyeron las amargas quejas de los pasajeros acerca de malas condiciones de acomodamiento mala comida, mala marinería, mas Vanderbilt podía encogerse de hombros, sus buques iban repletos, los de Law, medio vacíos Nada podía intimidar a las multitudes ansiosas de llegar, por la ruta más corta, a la tierra prometida de California, y a pesar de la guerra de precios, las ganancias de Vanderbilt eran enormes La línea hacía tres salidas al mes de New York, llevando hasta 600 pasajeros cada vez, mientras la oficina de San Francisco apuntaba cerca de 300 pasajeros por viaje y obtenía grandes entradas con los embarques de oro hacia el Este Las entradas brutas de la Línea de Vapores de Nicaragua y la Compañía Accesoría del Tránsito en su primer año de operaciones fue de más de \$5,000,000, de los que el 40% era ganancia neta (Walker en ese año de 1852 se podía considerar dichoso si el periodismo le hubiera dado mil dólares)

III

San Francisco oyó que la aventura nicaragüense del Comodoro estaba deslumbrando a Wall Street por su ingenio y por su éxito La Compañía Accesoría del Tránsito no tenía que pagar impuestos al Estado de New York, puesto que, como sus abogados lo declararon en la corte, era una "empresa nicaragüense" Cuando no se trataba de impuestos sin embargo, la Compañía se envolvía alegremente en la bandera americana. En una ocasión surgió una fricción con Nica-

ragua, cuyo Gobierno llegó a la temeridad de pedir la parte de las ganancias que le correspondían de acuerdo con el contrato de la compañía. Vanderbilt alegó que no habían habido ganancias, que un vapor se había perdido, y que el porvenir era muy negro. A esto los nicaragüenses apenas si podían darle crédito, puesto que era del conocimiento público que la Accesoría del Tránsito había pagado sustanciosos dividendos a los accionistas, y enviaron dos comisionados a New York a presionar el caso. Vanderbilt rehusó recibirlos.

A cada exhibición de agresividad del Comodoro, el público respondía con aplausos, y más que con aplausos, con dinero. Mientras los precios de las acciones de la Línea Panamá bajaban en la Bolsa, las de la Accesoría del Tránsito llegaron a ser las favoritas de los alcistas, subiendo en unos pocos meses de \$18 a \$50 por acción. A este precio, se informó más tarde, Vanderbilt dispuso de la mayoría de sus acciones. Mas esta era la más pequeña de sus ganancias. Fue el alza de las acciones de la Compañía del Canal Nicaragüense la que aturdió a Wall Street. Llegando a la bolsa a \$800 la acción, fue primero considerada como una especulación interesante solamente para el rico. Luego, al preciso momento en que el éxito de la Compañía Accesoría del Tránsito, convertía a Vanderbilt en el mimado de la comunidad financiera, llegó el esperado informe del Coronel Childs. La suma de \$32,000,000, decía el Coronel, sería suficiente para construir un eficiente canal por esclusas en la ruta de Nicaragua, y, lo que es más, sus planos habían sido aprobados por ingenieros de los Gobiernos Americano y Británico. Le siguió una loca demanda por acciones de la Compañía del Canal Nicaragüense. Aunque el *New York Times*, movía dudosamente la cabeza, señalando que el proyecto apenas estaba en el papel, y recordaba a sus lectores de la Burbuja del Mississippi, Wall Street no puso atención. Los precios subían y subían hasta que en Marzo de 1852 se fijó a \$3,600 por acción.

Los destalles precisos del subsiguiente colapso nunca fueron revelados pero se hacían agudas conjeturas. Tan pronto como el Coronel Childs regresó de Nicaragua, Vanderbilt lo envió a Londres con algunos consejeros financieros para hacer los arreglos del capital Británico en la empresa. Unas pocas semanas más tarde, tenía una carta en sus manos —enviada por Childs— de uno de los socios de Baring Brothers, que le desbarató los castillos que se había forjado. Las finanzas Británicas nada tendrían que ver con la Compañía del Canal Nicaragüense. Conforme los planos de Childs, el canal sería muy angosto para acomodar grandes cargueros y el costo era excesivo en relación a las entradas que podrían obtenerse de pequeños barcos de pasajeros. Ya fuese que los cálculos de los Baring eran válidos, ya fuese que los planos de Childs para el canal pudiesen ser modificados para satisfacer las objeciones, poco importaba. El hecho es, como Squier, el Ministro Americano, claramente afirmaba, que todos los cálculos del costo del canal eran pura conjeturas. El mismo calculaba que \$100,000,000 era más cerca que la cifra de Childs. Cualquier persona de sentido común, decía, podría ver

que los inmensos beneficios del canal justificarían un desembolso de \$200,000,000, si fuese necesario. Vanderbilt, también, comprendía esto. El comprendió entre las líneas del rechazo británico su verdadero significado. Inglaterra, simplemente, no quería el canal. Su política no había cambiado en lo mínimo, y puesto que el Tratado Clayton-Bulwer —que no la ligaba a nada— impedía efectivamente a los Estados Unidos a proceder sin ella no habría canal.

Por cuanto tiempo Vanderbilt sabía de la carta Baring antes de que la diera a publicidad, nadie lo podía saber. El *Herald* dio a conocer su convicción de que él mantuvo la información para sí, hasta haber vendido sus acciones a unos \$3,600 cada una. Con el anuncio llegó el pánico. Primero por cienes y luego por miles de dólares, el precio de las acciones cayó, hasta que no podían hallarse compradores a ningún precio.

Aunque lamentaba la decisión de Inglaterra, Vanderbilt dio a saber que no guardaba hostilidad hacia ella. Quizás la razón de su actitud conciliadora yacía en la ganancia que había obtenido, por ese tiempo, en sus transacciones en Wall Street. Tenía, —se lo dijo a un amigo—, unos once millones de dólares, lo que significaba que había doblado su fortuna en tres años. Esto más, su dinero estaba invertido de tal manera que le rendía una utilidad del 25%. Se podía dar el lujo de perdonar a los que habían pecado contra él. De cualquier modo, su objetivo original estaba logrado. Nicaragua había reemplazado a Panamá como la ruta favorecida a California y las acciones de la Línea Panameña de Vapores, de George Law, estaban bajando sistemáticamente en la Bolsa.

Así, después de tres años de alta diplomacia y aun más altas finanzas Inglaterra y Vanderbilt estaban satisfechos, mas el Gobierno Americano encontró su posición en Centro América tristemente empeorada y sus esperanzas de un canal completamente fallidas. Una investigación senatorial para descubrir el por qué el plan había fracasado, tuvo un curioso resultado, pues trajo a luz la carta de Bulwer a Clayton que éste había escondido, junto con su memorándum secreto. Estupefactos, el Congreso y el público se dieron cuenta cuán grande había sido la victoria diplomática de Bulwer, y senador tras senador se levantó para declarar que nunca hubiera votado por el Tratado si hubiera sabido de esa "afrentosa traición". Pero traición o no, allí estaba el Tratado, una firme barrera contra más íntimas relaciones entre los Estados Unidos y Centro América. El único beneficio que la nación había obtenido era el desarrollo de la ruta de tránsito Nicaragüense, a través de la cual miles de Americanos, rumbo a California, continuaban pasando.

Para Walker, como para muchos otros Americanos, el Tratado Clayton-Bulwer ahora aparecía como una terrible desgracia para la nación, un mal que era la obligación de todos los hombres de espíritu resistir y vencer. El hecho de que puede haber servido para evitar una guerra con Inglaterra, era menos importante para él, que los marcados límites que habían sido fijados a la expansión del poder Americano hacia el sur.

Capítulo Ocho

“UNA EMPRESA DESESPERADA Y TEMERARIA”

I

Una nueva oportunidad se le presentaba a Walker. Un abogado, altamente considerado, Henry P. Watkins, que ejercía en el cercano pueblo de Marysville y que se dedicaba a la política estatal, le ofreció hacerlo su socio. Walker estaba de nuevo impaciente. Había agotado las posibilidades de reconocimiento, puestas a prueba en el periodismo de San Francisco. Sin mucha deliberación, aceptó la oferta de Watkins, y se pasó a vivir a Marysville.

Con Watkins mirando por el lado comercial de la profesión, Walker pudo concentrarse en las batallas forenses que era el único aspecto legal que le atraía en la profesión. Un tributo al poder de su retórica le llegó de parte de Stephen J. Field, un colega del foro de Marysville, —y quien llegó a ser después Magistrado de la Corte Suprema de los Estados Unidos— el que lo llamó “un brillante orador”. Esto era cuando tenía veinte y siete años. No era de esperarse, sin embargo, que su temperamento y ambición le permitiera seguir el curso, tardado y constante, al bienestar profesional y al lucro político. Ni en la sociedad que le rodeaba había algo que le condujera a una vida estable. “Aquellos eran días en que el ardor de la aventura por mares y por tierras, henchía el pecho de los hombres”. La única influencia que pudiera haberlo hecho abandonar sus sueños románticos por la realidad convencional, el amor de una mujer, no existía para él. Si hubiera tenido cualquier oportunidad de encontrar una mujer de carne y hueso que pudiera desplazar la imagen de Ellen Martin, Marysville era el último sitio donde buscarla. Allí la escasez de mujeres era más aguda que en San Francisco. Pocos recién llegados al pueblo pudieron encontrar esposas que no hayan sido antes prostitutas. La mayoría de los hombres frecuentaban los burdeles, algunos se habían vuelto pederastas, más de un arresto por “bestialidad” aparecía reportado en los periódicos. En muchos casos —el de Walker entre ellos—, se reprimía el impulso sexual, mas bien transmutándolo en otras formas de acción. Su oportunidad de liberación emocional había desaparecido con la muerte de Ellen Martin. El extraordinario ardor que parecía generar, de manera que cada situación en la que él se encontraba se volvía incandescente y explosiva, bien puede haber tenido sus raíces psicológicas en la abstinencia sexual. Su “machismo” encontró la salida, como si dijéramos, en el asalto sobre la timidez política del medio ambiente. La frustración, sin embargo, debe haberle atormentado. Hay más de un indicio en su vida de las mismas fuerzas psíquicas que hicieron que Girolamo Savonarola, después de un desgraciado amor, se haya hecho monje, y por la intensidad de sus creencias se haya convertido en el amo de Florencia. Uno sospecha que la tremenda corriente de energía de Walker para el trabajo, y los severos rigores monásticos y fatigas que se imponía en la vigilia, —los que maravillaban a sus

amigos—, eran un medio de exorcizar las imágenes femeninas de la noche y calmar las represas tensiones de la continencia.

Durante el año que pasó en San Francisco, conoció una distinguida personalidad que, en muchas maneras, tanto se le parecía que casi podría considerárseles hermanos. Era un noble francés, el Conde Gastón Raoul de Raousset-Boulbon. Raousset, como Walker, era un hombre con una visión caballeresca y romántica de la vida. Ambos eran idealistas demócratas en la tradición revolucionaria de Francia, ambos estaban imbuídos y exaltados con la idea del heroísmo personal. El francés, algunos siete años mayor que Walker, igualmente delgado y bajo, y con un rostro en que se distinguían sus ojos magnéticos. Ambos se igualaban en energía, coraje educación y gusto literario. En París, Raousset había fundado y editado un periódico radical, *La Liberté*, y escrito una novela emocional, *La Conversión*, en la que describía su transformación de aristócrata en demócrata.

De hecho, había probado su suerte en aun más profesiones que Walker. había sido soldado en Algeria, minero en California, pescador, cazador y comerciante en ganado. Era en su actitud hacia las mujeres en lo que más diferían. Si Walker era Galahad, Raousset era Don Juan. En Francia había sostenido un número de duelos sobre mujeres con una ferocidad tal, que le ganaron el sobrenombre del *Petit Loup*. Uno de sus fragmentos literarios, un poema escrito en la víspera de su salida de París, como aventurero sin un centavo, —había disipado una fortuna en placeres— describía lo esencial de su espíritu. “Mi corazón desesperado corre de uno a otro, / quien sabe si llegaré a los treinta años, / si el futuro será alegre, / o si seré muerto a tiros, / bésame, Camila, bésame”.

A principios de 1852, los periódicos de California comenzaron a publicar noticias extraordinarias sobre Raousset. A pesar de su bolsa vacía, él era el centro de la colonia francesa de San Francisco, donde uno de cada diez era un francés buscando fortuna en la adversidad. Uno de sus principales temas de conversación era la posibilidad de arrebatar a México la región sur de Arizona, entonces parte del Estado de Sonora, y considerada rica en recursos minerales. Un plan para ese fin pronto tomó forma en la fértil mente del Conde. La población de Sonora vivía en constante terror por las frecuentes incursiones de los salvajes Indios Apaches de Arizona. Se imaginó Raousset que si se iba a la Ciudad de México con el apoyo diplomático del Gobierno Francés y se ofrecía a encabezar una fuerza en Sonora para acabar con los Apaches, él podría obtener como remuneración de parte del Gobierno Mexicano una concesión para explotar las minas de oro y plata de Arizona. Y después de eso, ¿hasta dónde llegaría su poder?

Hacia la primavera de 1852, el éxito parecía cercano. Los gobernantes de México estaban bien dispuestos hacia los franceses, así como estaban resentidos con los Americanos. Se formó una compañía para operar las minas con una adecuada distribución de acciones entre funcionarios mexicanos, Raousset se comprometió a limpiar Sonora de los Apaches, el gobierno concedió a la nueva compañía el derecho a las minas de Arizona, todo iba con soñada precisión. Regresando apresuradamente a San Francisco, Raousset obtuvo la ayuda del cónsul francés para fletar un barco y reunir una fuerza expedicionaria con 150 de sus compatriotas, y en Mayo de 1852 se embarcó para Guaymas, puerto principal de Sonora. Puesto que iban nominalmente como "colonos" y por invitación del Gobierno Mexicano, las Leyes de Neutralidad Americanas no fueron invocadas para impedir su partida

II

Walker veía la vida normal con su énfasis en la seguridad, con la impaciencia de un caballo de carrera enganchado a un carretón lechero. La atractiva empresa de Raousset hacía parecer la profesión de leyes en Marysville como insignificante y tediosa. La vida en San Francisco había endurecido a Walker y el duelo con Hicks le había dejado más de una cicatriz. Su respeto a las leyes se había corroído y resquebrajado. Las Leyes de Neutralidad que, en sus días de New Orleans, le habían hecho vociferar contra los planes filibusteros del General López contra Cuba, ahora le parecían simplemente un velo legalista para encubrir la debilidad y timidez de los políticos en Washington, a tres mil millas de distancia. ¿Deberán ser respetadas estas mal aconsejadas leyes mientras Francia tomaba Sonora? ¿Deberían los Estados Unidos, después de haber ganado la Guerra con México, detenerse ante uno de los principales premios de la victoria, las minas de Arizona? Confiado en su visión del futuro de los Estados Unidos, consideraba como ignorantes y reaccionarias aquellas leyes que le parecía sacrificaban el futuro al presente.

El hecho de que Raousset tenía ya un contrato con el Gobierno Mexicano no perturbaba a Walker. Era un pensamiento generalizado el que los Sonorenses eran desafectos al gobierno y estaban maduros para una revolución. ¿Por qué no se le daba a Sonora, como a California, el beneficio de las instituciones americanas? ¿Por qué no debiera, una Compañía Americana, haciendo un contrato con el gobierno de Sonora, ponerse en una posición tal que o participa del proyecto de Raousset o lo desplaza?

Aunque Walker era, por lo general, suave para hablar, reticente, y de una conducta reflexiva, era capaz de brillantes explosiones de entusiasmo que iluminaban los proyectos en los que se interesaba, y hacía que las personas que lo rodeaban lo consideraran su jefe nato. Su entusiasmo por la aventura de Sonora era tan contagioso, que se ganó a su socio Watkins, y a varias otras personas prominentes. Aquella primavera

de 1852 un grupo seleccionado por Walker se reunió para discutir la posibilidad de una expedición Americana a Sonora. Se llegó a un arreglo, se reunió el dinero, y ods de los presentes fueron comisionados para ir a Guaymas, con el propósito de obtener el permiso del Gobernador de Sonora para introducir en el Estado un número de "colonos" Americanos. La esperanza resultó fallida. Antes de que los agentes de Walker llegaran a Guaymas, Raousset ya había llegado a un arreglo con el Gobernador de Sonora. Dueño de un substancial número de acciones en la compañía minera Francesa, el Gobernador no tenía interés en cualquier otra expedición, y mucho menos en una compuesta de "gringos". Los agentes de Walker regresaron a Marysville descorazonados, y aquél y Watkins tuvieron que volver con desgano al ejercicio de su mísera profesión.

Pasaron unos pocos meses y luego la fiebre volvió, al llegar noticias frescas de la expedición de Raousset. Parece que el comandante militar de Sonora, General Blanco, quien en realidad tenía más poder que el gobernador del estado, había sido pasado por alto en la distribución de las acciones. Una casa bancaria de San Francisco, con el ojo puesto en las minas de Sonora, se apresuró a tomar ventaja de la situación para sobornar a Blanco. Si él quisiera hacer caso omiso del contrato de Raousset con el Gobierno Mexicano, los banqueros le dijeron, el podría firmar uno por su cuenta con una nueva compañía formada con ese objeto. Inmediatamente, la meta de Blanco fue desbaratar la expedición francesa. Con ese fin, mantuvo a Raousset y a sus hombres vagando en Guaymas, bajo un pretexto oficial u otro, hasta que el ocio y la enfermedad comenzaron a hacerles daño, y sus provisiones comenzaron a disminuir. Cuando al fin el Conde fue permitido partir hacia el norte, sus fuerzas estaban gravemente debilitadas, y su situación se empeoraba cada día por la constante desertión de los guías y muleros mexicanos. El astuto Blanco sacó entonces las uñas, exigiendo que los hombres de Raousset se sometieran a él, y que, o se hacían ciudadanos de México o trabajaban como obreros bajo su mando en las minas. Enfurecido el jefe Francés buscó como iniciar un movimiento revolucionario entre las gentes de Sonora, pero sin éxito. Finalmente, desesperado, lanzó un ataque contra la capital de Sonora, Hermosillo, ciudad de 12,000 habitantes donde Blanco tenía una numerosa guarnición. En la batalla que siguió 243 franceses asaltaron el cuartel de paredes de adobe, enfrentándose al fuego de mosquetes y cañones de 1,200 soldados mexicanos, lo tomaron dominando la ciudad, y poco faltó para capturar a Blanco. Mas, siendo incapaz de atraerse a los nativos y sufriendo de fiebres, Raousset se vio obligado al fin a entrar en arreglos con Blanco y a salir de Sonora.

Si este fue un fracaso, San Francisco no lo consideró así. A su regreso, Raousset fue recibido como un héroe. El, además, deleitó a sus admiradores, cuando, al aceptar los honores que llovían sobre él, juró volver a México. "No puedo vivir sin Sonora" dijo. Con eso comenzó a preparar otra expedición mayor.

No haber sido partícipe de tan animadora aventura, era más de lo que Walker podía soportar. A principios de 1853, él y su socio Watkins hicieron una visita a Raousset y le ofrecieron su cooperación y servicios en el nuevo intento.

"Juntos", Walker dijo a Raousset, "seremos más que doblemente fuertes. Hay muchos en los Estados Unidos que nos respaldarán y usarán su influencia en nuestro favor".

Raousset cortésmente y con interés las palabras entusiastas de Walker. "Amigos míos", replicó, "lo que dicen ustedes es, quizás, muy cierto, mas no puedo asociarme con ustedes. Para serles franco, los Americanos son tan profundamente detestados en México, que su presencia destruiría mis oportunidades".

Walker no argumentó. Con una de sus raras sonrisas, dijo "Entonces, seremos rivales".

"Así será", dijo Raousset. Mientras ambos se estrechaban las manos efusivamente, Watkins los contemplaba admirado.

El Francés fiaba sus esperanzas en el informe de que una revolución había llevado a la Presidencia de México al General Santa Ana, conocido como amigo de Francia. Este era el momento para una visita a la Ciudad de México, para hacer un nuevo contrato más obligatorio, y pronto se pondría en camino. El plan de Walker era mucho más atrevido: nada menos que introducir una fuerza Americana en Sonora, bajo el disfraz de colonos, hacerse el amo del Estado, ya fuese con la cooperación de sus políticos, o sin ellos. Sonora entonces, se declararía una república independiente, se pondría bajo la protección de los Estados Unidos, y daría la concesión minera a una compañía Americana, haciendo caso omiso de cualquier contrato firmado en la Ciudad de México con los franceses.

Tal era también el razonamiento de algunos de los ricos mineros de San Francisco, los que estaban ansiosos de especular sobre la oportunidad de una concesión en las minas de Sonora. Lo que necesitaban era un jefe que pudiera regir las fuerzas reclutadas entre los aventureros de San Francisco, y al mismo tiempo dominar al francés Raousset y al Gobernador Militar de Sonora. Para los magnates de San Francisco, la reputación de Walker por su bravura, su ardiente convicción, su poder de oratoria, y su entrenamiento legal y periódico, sobrepasaban su falta de experiencia militar. Le proveerían del necesario respaldo y fondos, le dijeron, si se dedicaba él mismo a la expedición.

El dinero fue obtenido por la venta de bonos "asegurados" con las tierras que Walker esperaba obtener en Sonora. Los bonos impresos decían:

El Fondo de Préstamo de la Independencia, ha recibido de _____ la suma de \$500, y la República de Sonora le extenderá a él o a sus cesionarios una cédula por una legua cuadrada de tierra, localizada en el dominio público de dicha República.

Firmado, este primer día de Mayo,,

William Walker

Coronel del Regimiento de la Independencia

(* Alta California, Diciembre 1, 1853)

Vendidos secretamente a compradores selectos, los bonos proveían suficiente dinero para permitir el reclutamiento, la compra de armas y provisiones y el flete de un barco. Walker había traído a Edmund Randolph y a otro amigo íntimo, Parker Crittenden, también abogado, a la empresa, y juntos organizaron la expedición. El creyó, sin embargo, que antes de zarpas necesitaba información de primera mano sobre las condiciones que habría de enfrentar, y pocos días después que Raousset-Boulbon salió para la Ciudad de México, el autonombrado Coronel abordó un barco para Guaymas.

Walker encontró el puerto Sonorense menos que hospitalario. Las autoridades mexicanas no le hubieran ni siquiera permitido quedarse si el Cónsul Americano no hubiera llegado en su ayuda. Cuando envió un mensaje al Gobernador de Sonora, pidiendo audiencia para visitarle, la respuesta tardó días en llegar. La mayor parte del tiempo lo pasaba en la pequeña colonia Americana del puerto. Allí varias de las mujeres le hablaron del miedo que le tenían a los Apaches, quienes habían estado merodeando cerca de la ciudad, y rogaban a Walker que trajera suficientes hombres a Sonora para su seguridad. De esta manera ellas le proveían del único ingrediente que le hacía falta en su empresa: la necesidad de la femineidad indefensa de su caballerescas protección.

La impresión que Walker hizo en Guaymas en 1853, al aparecer en su nuevo papel de soldado y libertador, se ha conservado en la descripción de un testigo ocular. "Su apariencia era muy distinta de la de un jefe militar: poco atractiva, insignificante. Pero cualquiera que juzgara a Mr. Walker por su apariencia personal cometía un gran error. Extremadamente taciturno, él se sentaba por horas en compañía de otros, sin abrir los labios, mas una vez interesado, llamaba la atención con la primera palabra que pronunciaba, y mientras continuaba hablando, uno se convencía de que no era una persona común. Con sus amigos confidentes era de lo más entusiasta sobre el tema de su empresa favorita, mas fuera de con aquellos inmediatamente interesados jamás mencionaba el tema".

Por fin le llegó un mensaje del Gobernador. Si Walker viniera a la capital de Sonora, Hermosillo, discutirían el asunto de la colonización y la supresión de los Apaches. Walker olió una trampa. Mucho tiempo había pasado. Con toda seguridad el astuto Gobernador conocía el verdadero propósito de los Americanos, y buscaría un medio de deshacerse de su jefe si lo llegaba a tener en sus manos. La deseada concesión de tierras tendría que ser sacrificada. La expedición no podría ya enmascararse como un grupo de pacíficos colonos, tendría que zarpas de San Francisco en violación de las leyes federales y pelear por Sonora desde el momento del desembarque. Tal prospecto de ninguna manera desanimaba a Walker. Apresurando su regreso a San Francisco, se preparó para la acción. Un centenar de hombres habían sido reclutados, y el bergantín Arrow estaba listo con su cargamento de armas, municiones, provisiones y otros elementos necesarios para la campaña.

(* T. Robinson Warren, Polvo y Espuma, (Dust and Foam), 1858)

La prensa de San Francisco sabía de las intenciones de Walker y lo animaba. *Alta California*, informando sobre la masacre de ochenta personas en Sonora por los Apaches en una sola semana, comentaba "No pueden protegerse a sí mismos, y el gobierno no puede protegerlos". Pero las autoridades militares veían el asunto de otra manera. El 30 de Septiembre de 1853, el plan de Walker fue parado de golpe cuando el Comandante General del Ejército de los Estados Unidos en San Francisco ordenó la captura del *Arrow* por sospecha de que estaba siendo usado para violar las Leyes de Neutralidad.

Con Edmund Randolph como abogado, Walker inmediatamente presentó una demanda para que el barco fuera entregado, mas el resultado de su petición aparecía dudoso y él no tenía intención de someterse a un largo proceso legal. En cambio, él tenía otro bergantín, la *Carolina*, listo para el propósito y con tantos reclutas como pudo apresuradamente reunir, secretamente abordó el barco, levó anclas y salió en alta mar antes de que pudiera ser interceptado. Cuarenta y cinco hombres iban con él. Era el 8 de Octubre de 1853. Antes de zarpar había recibido noticias que le deben haber animado. La rivalidad francesa ya no era una amenaza. El Conde Raousset-Boulbon que había caído en desgracia con el Presidente Santa Ana, se vio forzado a escapar de México y estaba de regreso en San Francisco.

III

Walker estaba siendo empujado por idealismo y a la vez por ambición —una fuerza irresistible cuando ambos impulsos van en la misma dirección. El creía de todo corazón que las instituciones democráticas de los Estados Unidos eran la esperanza de los pueblos del mundo y que era una obligación de los Americanos llevar la luz de la democracia a sus extraviados vecinos. Al mismo tiempo aspiraba de todo corazón al sueño heroico de la fama mundial. Todas sus secretas aspiraciones estaban centradas en sobreponerse a sus enemigos y vencer en el combate, pero en nombre del derecho, la justicia, y los Estados Unidos.

No se desanimaba ante la apariencia de lo absurdo. Había en él ese punto de fanatismo que exige ignorar la opinión pública cuando ésta va en contra de sus propias convicciones. Su verdadera profesión era el heroísmo. Como Raousset, otro romántico incurable, Walker no podía resistir la oportunidad de arriesgar todo por un alto empeño, tal como un cirujano no podría rehusar a luchar con la muerte por salvar a su enfermo. *Había llegado a amar el peligro. Sin importarle el propósito práctico de la empresa de Sonora, tal como la concebían sus sostenedores, era para él desde el principio, una prueba personal, un hecho de armas contra fuerzas superiores, por los que, de la noche a la mañana, puede un individuo entrar en los portales de la gloria por el bien de su patria. Su fracaso en este su primer intento de guerra y conquista, fue inmenso, casi grotesco, y sin embargo, había algo en él que no era de los tiempos, un asomo de antigua hazaña y caballerisca fortaleza, un toque de grandeza que los hombres reconocían, y que en su época hizo que*

desaparecieran las risas y las burlas, y que Walker emergiera una mayor figura ante los ojos de las gentes de California.

En un amplio sentido político, sin embargo, la expedición no fue definitivamente infructuosa. Aunque los comentaristas la han llamado "una inexcusable incursión a un pueblo pacífico" y "una empresa desesperada y temeraria que necesita la pluma de Cervantes para hacerle justicia", el hecho es que desempeñó un papel considerable, aunque indirecto, en la adquisición por parte de los Estados Unidos de 45,000 millas cuadradas de territorio Mexicano, —un área tan grande como el Estado de Pennsylvania, y que abarcaba los valiosos minerales deseados por los intereses Californianos, así como una adecuada ruta ferroviaria. Esta es la llamada *Compra Gadsden*, la que pocos meses más tarde fue incorporada a los territorios de Arizona y Nuevo México.

El plan estratégico original de Walker indicaba un desembarque cerca de Guaymas, mas fue obligado a cambiarlo. Con menos de cincuenta hombres no podía esperar competir con la fuerte guarnición mexicana del puerto. Necesitaba una adecuada base de operaciones en la cual obtener reclutas adicionales, promover la insurrección nativa contra el gobierno de Sonora y finalmente lanzar la invasión. Para este propósito decidió que su primer conquista había de ser la escasamente poblada península de Baja California, a menos de cien millas de Sonora, a través del Golfo de California. De acuerdo con esta modificación, el *Carolina* ancló en La Paz, la capital, y Walker desembarcó sus fuerzas. Sin disparar un tiro, inmediatamente hicieron prisionero al Gobernador del Estado, lo llevaron a bordo del bergantín, bajaron la bandera Mexicana que ondeaba sobre su casa e izaron en su lugar la bandera de la "República de Baja California".

A los naturales les dio seguridades de que su propósito era encabezar una revolución exitosa a favor de ellos y en contra de la tiranía de México. Baja California, afirmaba en su proclamación, era "libre, soberana e independiente". Su pueblo no le debía fidelidad a México. El mismo serviría como Presidente de la nueva nación hasta que estuviese firmemente establecida.

Enseguida sus hombres rechazaron el ataque de una pequeña fuerza mexicana, y capturaron un guardacostas aduanero. Había el peligro de que una mayor expedición pudiera zarpar contra Walker desde el cercano Guaymas, y no deseando todavía enfrentarse a tal riesgo se embarcó hacia el norte. El puerto de Ensenada, a sólo cien millas al sur de la frontera Americana, le pareció el lugar más adecuado donde recibir los refuerzos que esperaba, y desde donde era más fácil mantener las comunicaciones con los Estados Unidos. Tomó posesión del lugar sin derramamiento de sangre, y emitió una declaración para el pueblo Americano explicando sus propósitos. Baja California, decía, ha sido vergonzosamente abandonada por el gobierno Mexicano. El había, por lo tanto, establecido un gobierno de Americanos que comenzara a administrar al país. Seguía una lista de los "nombres de gabinete" entre los oficiales escogidos.

Esta extensa declaración, viniendo de un hombre

de veintinueve años y sin experiencia militar, y cuya minúscula fuerza consistía en general de estibadores, indisciplinados e incultos, les pareció ridícula a muchos Americanos que la leyeron. Pero era más astuta de lo que creían sus contemporáneos. Se jugaba el apoyo de sus sostenedores de San Francisco. Mostrar algo menos que confianza absoluta hubiera sido tontería. Todo dependía de los refuerzos y provisiones que Henry Watkins estaba supuesto a traerle. Si los periódicos de San Francisco dejaban de imprimir sus palabras, y en gruesos caracteres, sobre sus realizaciones y propósitos, todo el proyecto podría derrumbarse por inanición.

Mientras esperaba a Watkins, él tuvo que encabezar a sus hombres en su primer combate serio. Doscientos soldados mexicanos, avanzando por el norte, entraron a Ensenada y pusieron sitio a la casa que había seleccionado como fuerte. La defensa fue brava y competente, y después de tres días de sangrienta lucha, una salida atrevida desbandó a los sitiadores. La alegría de la victoria no duró mucho, sin embargo. Poco después, una mañana, el *Carolina*, en el que Walker mantenía la mayor parte de sus provisiones, levó anclas y se hizo a la vela. Ante los ojos asombrados de Walker y sus hombres, le vieron hacerse a la mar rumbo sur, sin hacer caso a sus señales. Mas tarde se supo que la tripulación había sucumbido al soborno de su prisionero, el Gobernador de Baja California, que había sido dejado a bordo.

Unos pocos días más tarde, el bergantín *Anita* entró en el puerto, trayendo a Watkins y 230 hombres, llenos de entusiasmo y esperanzas. La primera pregunta de Walker a Watkins fue sobre los abastecimientos que había traído. La contestación confirmó sus temores. El *Anita* traía armas y municiones, pero muy pocas provisiones de boca.

Este era un golpe terrible. Tan pronto como los nuevos refuerzos habían desembarcado, Watkins se embarcó de nuevo hacia California, todo dependía de la rapidez con que él pudiera regresar con un cargamento de provisiones. Mientras tanto, con tantas bocas que alimentar, Walker buscó la manera de suplirse, sin despertar la animosidad de los rancheros, con incursiones en sus tierras. Sus espías supieron de un conocido bandido Mexicano, Meléndrez, cuyo campamento estaba cerca, que tenía grandes cantidades de provisiones de maíz, así como ganado y caballos. En un ataque sorpresivo al campamento de Meléndrez, Walker obtuvo ese botín. Su problema, sin embargo, permanecía agudo. Las reducidas raciones que consistían principalmente de maíz y carne, hicieron su efecto en la moral de sus hombres, ya debilitada por la enfermedad y el ocio. Resentían, también, la estricta disciplina que Walker estableció, en especial su amenaza de ejecutar a quien robara una casa o violara a una mujer. Las señales de motín eran inequívocas.

IV

La noticia de la proclamación de independencia de Walker, había llegado a la ciudad de México, y allí produjo consecuencias políticas que habían de privar a su aventura, ante los ojos Americanos, de su propó-

sito. El Gobierno Mexicano estaba siendo presionado, por entonces, por el Ministro Americano, James Gadsden, para que vendiera, por \$10,000,000 el norte de Sonora con la seguridad de que los Apaches serían impedidos de incursionar en México. Ese precio fue considerado por los funcionarios mexicanos como exageradamente bajo, y toda la oferta en sí como un insulto, mas tenían que tomar en cuenta si los Estados Unidos, al ser rechazadas sus pretensiones, no usarían de la fuerza para obligarlos a someterse. Se habían asombrado por la incursión de Walker en La Paz, ahora las noticias de Ensenada de que la Baja California se había declarado independiente bajo la égida Americana parecía presagiar desastres para México. Temiendo que Walker fuese secretamente ayudado por el Gobierno Americano, llegaron a la conclusión de que sino consentían en negociar, podrían perder tanto la península de Baja California como Sonora, sin compensación alguna. El resultado fue un tratado provisional, formulado con premura y firmado el 31 de Diciembre de 1853, por el que se aceptaban los términos de Gadsden. Por carta separada, Gadsden aseguraba al Gobierno Mexicano que los Estados Unidos consideraban a Walker como violador de las leyes federales, y lo tratarían de conformidad.

Desde este momento, la expedición de Walker perdió su atractivo para los Americanos. Con la deseada rica zona minera de Sonora asegurada por los Estados Unidos, ¿quien perdía con la Baja California, o en "efectuar una apropiada organización social" en Sonora?

La adversidad se multiplicaba ahora en diversas formas. Un cañonero mexicano apareció en Ensenada patrullando la costa para impedir mayores refuerzos para las tropas de Walker, y casi al mismo tiempo un barco de guerra Americano, el *Portsmouth*, ancló en el puerto. Su comandante bajó a tierra se entrevistó con Walker, le dió la noticia de la Compra Gadsden, y le advirtió no debía esperar más ayuda de sus amigos de San Francisco, y de ninguna manera del Gobierno de los Estados Unidos.

El tratado provisional que Gadsden había firmado con México, le pareció a Walker poco satisfactorio. Su principal defecto era su omisión en proveer una salida para los Estados Unidos al Golfo de California una limitación que ciertamente impediría el desarrollo del suroeste Americano, de México y de Centro América. El hecho era que Walker nada podía hacer para remediarlo. Su situación militar era desesperada, y se lo admitió a sus oficiales. La cuestión era, ¿no tenían más remedio que escabullirse a casa ante las burlas de San Francisco? ¿Había posibilidad de convertir la humillación en gloria? Si la empresa no había de ser abandonada, sólo había una dirección en la que moverse. Sonora. Su estado mayor se puso de acuerdo, cualquier riesgo, por imprudente que fuera, era preferible a la deshonra segura. Mientras hubiera algo que intentar, el amor propio exigía que se hiciera. Walker pensó que era apenas posible, pero con todo, posible que una insurrección Sonorense pudiera ser fomentada, que se sometería a su mando, y que traería al Golfo de California bajo control Americano. En esta remota posibilidad puso todo su empeño.

¿Cómo puede un extranjero hacer una revolución en un lugar donde sus coterráneos son odiados, donde se sospechan de sus propósitos, y cuando ni siquiera está allí? Walker concibió la idea de comenzar con una asamblea de elementos desafectos al régimen de Baja California. Luego, reforzado por el apoyo popular, cruzaría el río Colorado a Sonora y trataría de ganarse a suficientes naturales para dar impulso a su causa. Con esta esperanza, emitió otra proclama, asegurando la independencia de Sonora con un status similar al de Baja California.

Los víveres eran la mayor preocupación. Por ahora no había otra alternativa que forrajear. El regimiento recorría la campiña alrededor de Ensenada, requisando ganado y maíz en nombre de la revolución, agitando la indignación de los propietarios. Por lo general, había poca violencia, y las órdenes de Walker contra el pillaje fueron respetadas. Pero las restricciones que imponía a sus hombres se les agravaban mientras su situación se deterioraba. Aunque sus oficiales, que estaban en diario contacto con él y sentían el impacto de sus convicciones, permanecían fieles, la moral de los soldados en las filas se resquebrajaba y sólo necesitaban un pretexto para mostrar su resentimiento.

La crisis llegó cuando Walker, organizando el transporte de provisiones a Sonora, dio órdenes de que los caballos que le habían sido quitados al rebelde Meléndrez fueran usados para ese propósito. Un buen número de sus hombres llegaron a considerar esos caballos como propios y rehusaban de plano entregarlos a sus oficiales. Llamado a intervenir Walker fue recibido con abiertas quejas y aun con francas amenazas.

Parecía que la expedición iba hundirse en el caos y la afrenta. Aquellos que todavía le eran leales a Walker, esperaban con pesimismo qué es lo que habría de hacer. Su actitud les sorprendió. Ordenó que el clarín tocara a reunión al frente. Después de un prolongado silencio, les habló con voz sonora, en un lenguaje cortés y restringido.

"Si cualquiera de ustedes desea abandonar la expedición, está en libertad de hacerlo. Yo no obligaré a nadie a permanecer aquí si desea irse. A aquellos que desean quedarse conmigo, les pediré que demuestren su lealtad jurando su fidelidad a la bandera de Baja California. Que no haya ningún malentendido. Esperaré que los hombres que me sigan se sometan a las más altas reglas de conducta militar. Aquellos que desean irse pueden llenar sus alforjas de raciones y abandonar el campamento. Espero que se vayan dentro de dos horas. La frontera Americana está a sólo tres o cuatro días de marcha desde aquí. Cualquiera de ustedes que no desee dar su juramento de fidelidad, dé un paso al frente, ponga en el suelo su rifle, y vaya al departamento de abastos por sus raciones."

Cerca de cincuenta hombres abandonaron las filas y se reunieron a un lado, hablando entre sí. Algunos estaban avergonzados e indecisos, otros estaban llenos de rabia. Finalmente decidieron seguir un curso de acción. En vez de aceptar la oferta de Walker, co-

menzaron a abandonar el campamento con los rifles en sus manos.

Un ayudante de Walker, el Capitán Timothy Crocker, conocido por su valor, corrió tras los desertores y les ordenó que entregaran las armas. Cuando nadie obedeció, desenfundó su pistola. Un hombre gruñó "Vamos, tire, Capitán, atrevase!" Varios rifles apuntaban a Crocker. En estos momentos, sin esperar órdenes, otro de los oficiales de Walker corrió a un howitzer cercano, ya cargado, y lo emplazó hacia los amotinados, listo a disparar si tiraban a Crocker. Walker gritó "Nadie dispare". Por un momento nadie se movió, luego, los malcontentos dieron la espalda a Crocker y se alejaron. Walker saltó a un caballo, y corrió tras ellos. Un testigo ocular, describiendo la subsiguiente escena, se asombraba de la bondad y calma de su voz cuando los alcanzó. "Hombres", les dijo, "ustedes van a necesitar raciones, y es mejor que regresen por ellas. No trataré de arrebatarles los rifles, pero ustedes bien saben, como yo, cuánto los necesitamos, y ellos pertenecen al regimiento. Les pido que los dejen."

Más de la mitad de los hombres entregaron sus rifles. Dos o tres expresaron su frustración quebrando las culatas contra las rocas cercanas, mientras se retiraban. Algunos se regresaron por las raciones. Todo el grupo cruzó la frontera Americana con toda seguridad, y fue transportado en barco a San Francisco. Fue debido a su amargo testimonio que la prensa Americana se formó un juicio errado de Walker. Fue acusado de ser excesivamente duro con sus hombres y de creer que "la fuerza hace el derecho". Pero él, mejor que nadie, tenía razón de saber que la fuerza no hace el derecho, pues la fuerza siempre estaba en otros y no en él. En Baja California eran los hombres tras él los que tenían la fuerza, no él. Todo lo que tenían que hacer era mover un dedo y él estaba terminado. De lo que él dependía, al final de cuentas, era disciplina, o la idea de disciplina. Para mantener en jaque a los hombres indisciplinados e individualistas que se habían presentado voluntariamente para esta empresa, él tenía que enfocar el poder de su personalidad en cada falta a la disciplina. Juvenil, delgado, físicamente sencillo, sólo poseía un carácter indomable y unos ojos grises escrutadores, su dominio sobre ellos era muy precario. Una simple falta de respeto para con él hubiera sido fatal. Para dominarlos, él tenía que hacerles temer, no tanto a él mismo, como a la disciplinada conducta de sus compañeros a sus órdenes. En esto tuvo un éxito sorprendente. Después de la deserción masiva de Ensenada, él aumentó, en vez de disminuir, la severidad de su disciplina, pues sabía que la menor relajación significaría mayor indisciplina en hombres para quienes la menor restricción era amarga. El puntillo de etiqueta militar no fue jamás relajado. Los soldados debían saludar a sus oficiales. Debían permanecer en atención cuando los superiores en rango les dirigían la palabra. Todos fueron advertidos que la pena de muerte sería impuesta a los amotinadores y desertores. En la práctica, sin embargo, esta regla fue modificada. De cuatro hombres que posteriormente desertaron después de haber dado el juramento

de fidelidad, sólo el jefe fue fusilado, los otros fueron arrojados del campamento.

Cuando finalmente salió de Ensenada, Walker tuvo que dejar tras él a muchos que estaban heridos o enfermos. El número de su fuerza activa era sólo de 130. Estableciendo sus cuarteles temporales en San Vicente, unas treinta millas al sur de Ensenada pasó diez días en la diligente búsqueda de naturales que quisieran prestarse a sus propósitos revolucionarios. Finalmente convocó una asamblea de 62 mexicanos, los que fueron recibidos en un escenario tan impresionante, como el ingenio, en aquella tierra pobre, podía hacerlo una guardia de honor, un vestigio de banda militar, y un despliegue de banderas de las nuevas repúblicas de Sonora y Baja California. Hubo juramentos de fidelidad, vivas y disparos de piezas de campo. Una declaración escrita de lealtad preparada por la asamblea y dirigida a Walker, le permitía, como jefe de la revolución, el forrajear y requisar provisiones.

Cuando por fin, dejando una pequeña guarnición en San Vicente, encabezó su reducido regimiento en la marcha de 200 millas rumbo al Este, hacia el río Colorado, iban arriando una partida de ganado. Les llevó dos semanas de cansado esfuerzo subir las escarpadas sendas de las Sierras y bajar casi hasta la boca del Colorado. Por entonces iban en harapos, con las botas rotas. Walker mismo había perdido una, y tuvo que improvisar una especie de sandalia en su lugar, dando un toque de grotesco a su pequeña figura enflaquecida. Aunque estaban exhaustos, no tenían otra alternativa, decía, que seguir adelante. En un sitio de aquel árido lugar, encontraron madera con la que construir balsas. El gran problema era si hacer que el ganado cruzara a nado el río que por allí corría ancho, profundo y rápido. La respuesta la tuvieron una hora después. Los hombres y algunos sacos de maíz cruzaron el río, pero el ganado que se echó al río fue arrastrado y pereció.

Estaban, por fin, en Sonora, pero terminados, casi sin alimentos, sin suelas en los zapatos, totalmente sin esperanzas. Setenta millas río arriba, sabían que estaba el Fuerte Yuma, bajo bandera Americana. La mitad de los hombres no esperó la decisión de Walker, sino que se desertó y comenzó inmediatamente la marcha hacia el Norte. Los otros esperaban que su jefe los guiara en la misma dirección. A pesar del profundo resentimiento de sus hombres, él rehusó. Un flaco espantapájaros, de ojos hundidos, de pie, en medio de otros espantapájaros, mantenía su dignidad militar, diciendo que daría sus órdenes a su debido tiempo. De algún modo mantenía su dominio sobre ellos.

Tres días después supo que no podía esperar ayuda ni consuelo de los Sonorenses. Sus hombres, barbudos y muertos de hambre, se formaron en fila por su orden, y en silencio le oyeron decir que se regresarían a San Vicente, a traer a los compañeros que habían quedado allí, los que no podían dejarse en poder de los Mexicanos. De San Vicente seguirían hacia el Norte, a través del desierto, a los Estados Unidos. Ceñudos escucharon, y obedecieron. Volvieron a cruzar el río, y trabajosamente comenzaron a subir los senderos rocallosos detrás de su jefe.

El 8 de Mayo de 1854 Walker cumplía treinta años. Este fue el día en que, con los treinta y cuatro hombres que le quedaban, se dirigió tambaleante hacia el puesto militar Americano al otro lado de la frontera en California. Las últimas treinta millas habían sido bajo el ardiente sol del desierto, sin alimentos casi sin agua. Acosados continuamente por los bandoleros mexicanos bajo el mando de Meléndrez, quien iba, siempre fuera de tiro de fusil, burlándose de ellos, era el toque final de ironía a aquella marcha. Mas aun ahora, con su exhausta, remendada, y hambrienta tropa, la conservación de la dignidad era importante para Walker. Presentándose al comandante militar en San Diego, manteniéndose erecto, le dijo con toda formalidad: "Yo soy el Coronel William Walker. De-seo rendir mis fuerzas a los Estados Unidos".

Fue llevado ante la Corte Federal en San Francisco, por orden del Gran Jurado, acusado de violación de las Leyes de Neutralidad. Su socio, Walkins, ya había sido juzgado por los mismos cargos, y condenado fue multado en \$7,500, una pena ligera señaló el Juez, puesto que el principal interés de la Corte era la vindicación de las leyes. El filibusterismo, tal como lo veía la opinión pública, era una profesión condenada. El rival de Walker, el Conde Raousset-Boulbon, había fallado en otro intento de entrar en Sonora con una fuerza militar, y pronto se encargaría a un pelotón de fusilamiento. El Mayor General, John E. Wool, nombrado recientemente al Comando del Departamento del Pacífico del Ejército de los EE. UU., había hecho pública una orden del Presidente Pierce: "Usted, con toda la habilidad posible, usará de los medios adecuados para descubrir la preparación de expediciones armadas contra los países con los que Estados Unidos están en paz, y cooperará, celosamente, con las autoridades civiles en el mantenimiento de las Leyes de Neutralidad". Fue la vigilancia de Wool la que llevó a Witkins al Juzgado. El diario *Alta California* se ufanaba en demostrar que las Cortes de San Francisco habían hecho "lo que New York y New Orleans omitieron hacer, para su descrédito", mantener las leyes federales contra el filibusterismo. Todos los augurios parecían estar contra Walker cuando, con Edmund Randolph de nuevo a su lado, oyó al secretario de la corte leer los cargos, a los que él contestó: "No soy culpable".

El juicio fue pospuesto por cuatro meses, y fue puesto en libertad bajo la fianza de Randolph. A pesar de su fracaso y de las puyas de los periódicos, la reputación de Walker parecía muy lejos de estar destruída. Sus leales que habían regresado con él de México, cualesquiera que fueran sus resentimientos para con él como militar riguroso con la disciplina, no le encontraban falla como hombre de lucha, y la prensa de San Francisco comenzó a cambiar de tono. Aun su insistencia en preservar su dignidad militar bajo condiciones desesperantes, ahora se veía bajo un aspecto de simpatía. Por dondequiera que iba era el centro de respetuosa atención. Sus amigos, especialmente Watkins y Randolph, le animaban a entrar en la política, y lo persuadieron lo suficiente como para que re-

gresara a Marysville, base de operaciones para su candidatura a un puesto público

Los delegados para la Convención Democrática del Estado de 1854 estaban siendo escogidos entonces, y "Mr Walker del Condado de Yuba" estuvo entre los elegidos. Cuando la Convención se reunió en la Iglesia Bautista de Sacramento, el 18 de Julio, él fue una de sus figuras prominentes, aun cuando estaba todavía bajo proceso (*).

VII

Nada en lo que Walker participaba era quieto jamás, y la Convención no fue excepción de la regla. El principal tema de la época era la rivalidad por el control del Partido Demócrata del Estado, entre David C. Broderick, Presidente del Senado Estatal, que había llegado de la ciudad de New York y era un ardiente abolicionista, y el Senador Federal, William M. Gwin, antes de Mississippi, un sureño "como-fuego" que nunca había cesado de urgir la introducción de la esclavitud en California. Walker, desde el principio, fue uno de los hombres de Broderick, y cuando llegó a la Convención, su grupo, que gozaba de una pequeña mayoría, lo hizo inmediatamente Presidente del Comité de Plataforma, Presidente del Comité para Nombrar Funcionarios Permanentes, y Orador Oficial. Nada pudo haber enfurecido más a los seguidores de Gwin. No sólo rehusaron dejar que la Convención se organizara al menos que los intereses esclavistas gozaran de igual representación, sino que respaldaron su protesta formando sus propios Comités separados. Bulliciosa confusión y algazara impidió que la Convención hiciera progreso alguno en su primera reunión, y hubo aun

amenazas de violencia de parte de los seguidores de Gwin, la mayor parte de los cuales venían del Sur y eran rápidos para desenfundar los revólveres cuando se alteraban los temperamentos. A sus ojos Walker era un traidor a su origen Sureño.

Cuando en la tarde del primer día, se levantó para hablar, el salón se puso tenso. Apenas había comenzado a hablar cuando uno de los hombres de Gwin le gritó que él no era más que un instrumento de los abolicionistas Yankees. Se desató una gritería, mientras Walker permanecía quieto en el estrado. De pronto sonó un disparo. Mas tarde se supo que un delegado nervioso, examinando si su pistola estaba cargada, se le escapó un tiro, pero entonces se creyó que el disparo había sido contra Walker. Se produjo un cataclismo. Varios delegados se salieron por las ventanas, otros la emprendieron a puñetazos, mientras los hombres de Broderick corrieron a proteger a Walker. Por fin se restableció el orden, pero tan pronto como Walker intentó iniciar su discurso, de nuevo fue silbado por los partidarios de Gwin. Así terminó la sesión del primer día.

Por la noche se llegó a un arreglo, por el que los partidarios de Gwin y los de Broderick, se reunirían en salas separadas y tratarían de llegar a un compromiso. Walker, nunca más suave y razonable que cuando es el centro de una tormenta, fue nombrado Presidente de un "Comité de Compromiso y Reconciliación" por parte de su grupo, y encabezó a sus asociados para reunión con sus oponentes. El resultado era de esperarse. Las gentes de Gwin rechazaron todo compromiso. Uno de ellos fue tan lejos como para proponer, en una moción formal, que Walker fuera arrojado por una ventana. Con aquello la Convención se rompió.

Capítulo Nueve

LA APERTURA DE LA PUERTA

I

La primera experiencia de Walker en la política activa Americana fue su última. Nunca llegó a ser candidato. Por un tiempo después de la Convención se ocupó en el periodismo político, colaborando regularmente en el *Diario Democrático del Estado*, de Sacramento, un órgano de Broderick. Mas pronto entró en su órbita una nueva personalidad, la que había de tener una influencia determinante en su carrera posterior. Esta era Byron Cole, un joven distinguido, acomodado y ambicioso que había llegado recientemente a San Francisco de Nueva Inglaterra, y había comprado el control de un diario conservador decadente, el *Commercial-Advertiser*, para así tener un punto ventajoso desde el cual buscar mayores oportunidades. Cole, quien había cubierto la Convención Democrática para su periódico, vio en el don de mando de Walker un ingrediente mágico que, en combinación con sus propias conexiones, podía lograr grandes cosas, e invi-

tó a Walker que regresara a San Francisco como redactor del *Commercial-Advertiser*. El cargo mismo le llamaba menos la atención que otras oportunidades periodísticas que estaban abiertas para él, mas Cole la habilidad de añadir halagos extraordinarios. Desde el primer momento fue el Destino Manifiesto, en vez del periodismo, el que unió a los dos individuos.

El viaje de Cole a California, había sido por la ruta de Nicaragua, y lo que vio allí le convenció de que ese país estaba maduro para la intervención Americana. La otra alternativa era el caos permanente. La guerra civil era casi continua. La rápida sucesión alterna de dictadura y revolución era como el pulso de un paciente febril, enfermo de desesperación. En un período de seis años, quince presidentes habían tenido el poder, sus capitales cambiando entre Granada en el sur, donde el partido aristócrata, conocido como los Legitimistas, tenían su base, y León, en el norte, el baluarte de los Democráticos. El país era bello de contemplar y rico en recursos naturales, tenía valiosa madera, —caoba, cedro, brasil— en inextinguibles cantidades, producía oro, plata, cobre, plomo, hierro, azufre, en sus plantaciones crecía cacao, caña de azú-

(*) (H. S. Hoblitzell, *Early Historical Sketch of the City of Marysville and Yuba County*, (Reseña Histórica Primitiva de la Ciudad de Marysville y el Condado de Yuba), 1876)

car, algodón, añil tabaco, maíz, trigo, arroz, y cienes de frutas, vegetales y especies, el ganado era abundante, mas el pueblo había sido asolado más allá del sufrimiento por la pobreza, la guerra y la enfermedad. El continuo reclutamiento de los hombres en los ejércitos en lucha de los políticos, era la mayor causa de miseria. Las mujeres excedían en número a los hombres en una proporción de tres a dos, y en algunos villorrios en cinco a uno, mientras que la población permanecía casi estática en unos 250,000

La actual revolución era un intento de echar de la Presidencia a Fruto Chamorro, el formidable jefe de los Legitimistas. Apoyado por los ricos terratenientes y, tras las bambalinas, por el Gobierno Británico, Chamorro forzó su paso a la Presidencia con el objeto de impedir al gobierno Democrático formar una nueva deferación liberal con Honduras y El Salvador, y cambió la Constitución para darse a sí mismo poderes dictatoriales. Los desesperados Democráticos, previendo su ruina, formaron inmediatamente un gobierno rebelde en León. Otros Estados Centroamericanos, en los que había una idéntica división de partidos, echaron su influencia en la lucha. Honduras, con una administración liberal amiga de los Estados Unidos, apoyó a los Democráticos, mientras que Costa Rica donde Inglaterra gozaba de gran influencia bajo un gobierno conservador, dio eficaz ayuda a Chamorro.

En los primeros meses de 1854, las esperanzas de los Democráticos se animaron con un refuerzo militar substancial de Honduras. Mas los agentes de Inglaterra en Centro América pronto lograron cambiar el curso de las cosas. Su estrategia era simple y efectiva. Guatemala donde había un régimen conservador, fue animada a amenazar a Honduras con la guerra, con el resultado de que el gobierno Hondureño apresuradamente retiró sus tropas de Nicaragua con el objeto de fortalecer sus propias defensas. Esto fue un golpe casi mortal para los Democráticos nicaragüenses. Parecía improbable que pudiesen sostenerse por mucho tiempo, contra el ataque que los Legitimistas de seguro lanzarían contra ellos, tan pronto como su ejército estuviese suficientemente fuerte.

La situación descrita por Cole encendió la imaginación de Walker y revivió en él la visión de la "columna de Progreso y Democracia", acerca de la cual había escrito en New Orleans. Los Estados Unidos y especialmente California, tenían un gran interés en Nicaragua, con su Tránsito y sus potencialidades para un canal. Si se había de impedir el dominio Británico del istmo, los Estados Unidos no podían darse el lujo de posponer la afirmación de su jefatura democrática. La indiferencia de la administración del Presidente Pierce a la manipulación, por Inglaterra, de los gobiernos de Centro América, estaba rápidamente destruyendo el prestigio de los Estados Unidos entre ellos mismos. Con Leyes de Neutralidad o sin ellas, los Democráticos de Nicaragua merecían el apoyo Americano, y los Estados Unidos no podían dejar de dárselo.

Qué si una pandilla de mercenarios Americanos, privadamente organizados, se encargaran de la tarea? Pudieran cambiar la marea en la lucha nicaragüense

y obligar a Washington a la acción. Un O'Higgins había rescatado a Chile de la opresión española; un Walker podría salvar a Nicaragua de la tiranía local. Bajo la amistosa tutela del Norte, Nicaragua podría dar un ejemplo brillante de creatividad económica para todo el istmo. Podría aun llegar a ser el centro de una alianza del Caribe con íntimos lazos con los Estados Unidos.

El prospecto, con sus potencialidades de gloria y su aspecto idealista, era irresistiblemente atractivo para Walker, así como por razones más prácticas lo era para Byron Cole. Si el esfuerzo Democrático fallara, Cole estaba seguro, el gobierno de Honduras caería seguramente con él y sería reemplazado por un régimen pro-Británico. En tal caso los intereses comerciales Americanos en Honduras estarían en peligro —y Cole era uno de los dueños de la Honduras Mining and Trading Company, la que estaba por explotar grandes extensiones de tierras ricas en recursos minerales. El estaba ansioso de actuar para proteger sus intereses, y tan pronto como Walker aceptó el puesto ofrecido en el *Commercial-Advertiser*, se embarcó para Nicaragua a explorar la situación.

II

Era el otoño de 1854 y Cole no había aun regresado, cuando Walker fue sometido a juicio, acusado de haber violado las Leyes de Neutralidad en su empresa sonorense. Llegó ante la corte como redactor de un periódico respetable y como una figura de considerable prominencia. Dirigiéndose al Jurado en su propia defensa, comenzó con un llamado a su sentido de justicia. El creía que las Leyes de Neutralidad eran dañinas al país, y probablemente inconstitucionales, mas si iban a ser consideradas como leyes, entonces la corte tenía la obligación de perseguir igualmente a todos aquellos que se cree las hayan violado. Sin embargo, ninguno de los franceses que habían ido a México con el Conde Raousset-Boulbon habían sido juzgados. ¿Por qué el gobierno escoge a Americanos para castigarlos? El punto era particularmente efectivo para el Jurado, debido a la circunstancia, quizás arreglada de antemano, que algunos de los franceses que habían sido asociados con Raousset en su desventurada empresa, estaban sentados en la sala, libres, mientras Walker hablaba.

Primordialmente, sin embargo, Walker descansaba su creencia de que no era culpable, sobre el aspecto moral de su caso. El pueblo de Sonora estaba notoriamente oprimido por un gobierno corrompido y estaba virtualmente sin protección contra las incursiones de los terribles Apaches. Cuando él había estado en Guaymas, Mexicanos así como Americanos, mujeres así como hombres, le urgían volver. El sentía un llamado que trascendía todas las sutilezas legalistas. "Fue entonces que tomé mi decisión y formulé mi plan, el que, si no ha sido por la interferencia del gobierno, podría haber tenido éxito", le dijo el Jurado.

Le atribuía su fracaso a las autoridades federales. Cuando ellas impidieron la salida del grupo de gentes que voluntariamente se ofrecían a acompañarlo, cuando ellas le privaron de las necesarias provisiones y ar-

mas, todo comenzó a ir mal. Como resultado, "Yo me encontré en el mar con sólo cuarenta y cinco hombres, y con tan pocos seguidores, me ví obligado a desembarcar en una región escasamente poblada. Alguna suerte de bandera tenía que desplegarse para protegernos". Pudieron ser capaces de sostenerse en la prolongada prueba de Baja California y en la pesadilla de las marchas a través de montañas y desiertos sólo por la conciencia de que el "derecho y la humanidad" estaban de su parte. "Los Peregrinos, nuestros antepasados, vinieron a una tierra salvaje, la rescataron de los salvajes y la hicieron un asiento de civilización". ¿No había siempre una justificación moral para los hombres que trataban de emularlos?

El acusador federal, el Fiscal Inge, no aceptaba nada de esto. Despreciando el reclamo de Walker a sus propósitos humanistas, dijo que ya fuese que haya intentado proteger a los Sonoienses contra los Apaches, o saquear el país, la expedición había violado las Leyes de Neutralidad y Walker era culpable. El juez evidentemente compartía de esa misma opinión, pues al resumir la evidencia y dar sus instrucciones al jurado lo hizo de una manera claramente desfavorable para Walker. El jurado, sin embargo, consistía de hombres en los que el espíritu expansionista de la época y la creencia en el Destino Manifiesto de los Estados Unidos eran más fuertes que meras consideraciones legales. Después de apenas ocho minutos de deliberación, regresaron con un veredicto absolutorio. Algunos de los periódicos de San Francisco estaban preocupados. Watkins que sólo había sido un agente de Walker había sido condenado mientras que Walker mismo absuelto, ¿era eso justicia? Pero el *Herald* replicó que Watkins era Watkins y que Walker era Walker, y eso pareció suficiente respuesta.

La reputación de Walker, que cinco meses antes había sido destrozada por el fracaso, ahora se levantaba intacta y más brillante que nunca. Se rumoraba de una nueva expedición de Walker, sus metas aun desconocidas, y los hombres ansiosos de aventuras le buscaban y le ofrecían sus servicios para cualquier proyecto que estuviera planeando.

III

A finales de Octubre, Cole estaba de regreso en San Francisco, trayendo consigo una carta firmada por el Director Provisorio del gobierno rebelde Democrático, Francisco de Castellón. Si Cole trajera a Nicaragua trescientos hombres para el ejército democrático, decía la carta, ellos recibirían paga regular y concesiones de tierras una vez que Castellón encabezara el gobierno nacional. Para desilusión de Cole, Walker halló inútil la carta. Intentar organizar una expedición sin una mejor base legal que la contenida en ella sería exponerse a inmediato arresto por violación de las Leyes de Neutralidad, y con poca esperanza, esta vez, de escapar ser condenado. Lo que se necesitaba, le dijo a Cole, era una concesión formal de tierra suficiente en Nicaragua y permiso para colonizarla, un contrato que no mencionara en absoluto un propósito militar. Si Cole pudiera obtener tal concesión "se podría hacer algo con ella", dijo Walker. Aun entonces si las au-

toridades federales insistían en escarbar bajo la superficie del contrato, podría ser que no permitieran la expedición.

Cole había comenzado a contar con Walker para todo, y se sintió impulsado a hacer otro viaje a Nicaragua. Por este tiempo, sus conexiones con el *Commercial-Advertiser* eran tan tenues, que no vio objeto alguno en mantener su inversión en el periódico y la vendió. Simultáneamente, Walker renunció de su redacción y aceptó un cargo similar en Sacramento, con el *Diario Democrático del Estado*. Era todavía considerado una prometedora figura política, para quien un alto cargo público en California era una posibilidad muy clara. Pasaron dos meses. Luego, a principios de 1855, Cole le envió de Nicaragua un contrato, firmado por Castellón, que llenaba las especificaciones de Walker. Esta vez esfuerzos dieron frutos. Al recibir el contrato, Walker inmediatamente abandonó el puesto con el *Diario Democrático* y regresó a San Francisco a prepararse para su nueva aventura. Se le había dado la llave de su promoción política, y la tiró con un encogimiento de hombros, como un hombre casado puede tirar la llave del cuarto de una prostituta. El, en realidad, se había casado con el peligro, y consideraba la política como prostitución.

La cuestión decisiva para él era si, en vista del reciente pronunciamiento del Presidente Pierce contra el filibusterismo, el Mayor General Wool aceptaría el contrato de colonización de Castellón, como suficiente justificación para la salida de fuerzas armadas del puerto. El prospecto era definitivamente prometedor. Wool había logrado mucha publicidad por su urgencia en pedir el proceso del Cónsul francés en San Francisco basado en que había ayudado a la expedición filibustera de Raousset-Boulbon. Aunque el jurado había fallado en condenar al Cónsul parecía probable que la política del General con respecto a futuras expediciones sería severa. El Fiscal Ing, todavía ardidado por su derrota a manos de Walker en el juicio resultante del asunto de Sonora, era probable que no fuese muy cooperador. Con todo, habiendo ido tan lejos con Cole, Walker se vio obligado a tratar de convencer a Inge y a Wool que los mercenarios que planeaba reclutar no serían sino pacíficos colonos en viaje a tierra extranjera. Todo dependería de su deseo de dejarse engañar.

IV

En el período en que Walker estaba ejerciendo la profesión en Marysville, al Comodoro Vanderbilt se le metió en la cabeza ir al exterior, y el impulso que lo quitó de New York y de la activa supervigilancia de sus negocios introdujo un cambio radical en el desarrollo de los acontecimientos y le dio un dramático giro a la historia de la vida de Walker. Las repercusiones de la decisión de Vanderbilt se sintieron finalmente en la actitud del Fiscal Inge hacia la empresa de Walker.

Entre Vanderbilt y el éxito total en la vida, se levantaba, en su modo de pensar, solamente un obstáculo: la barrera social. A pesar de su gran riqueza, él y su familia no habían logrado borrar el estigma de *parvenu*, no habían logrado penetrar en la alta sociedad de su tiempo. Las invitaciones que más deseaban

recibir no les llegaban, y ellos tenían que buscar sus amigos en familias cuyas riquezas eran tan recientes como las suyas. Esto le era intolerable, y concibió un plan para resolver el problema. Creyendo que la llave más segura a la cerrada puerta de la aristocracia era la fama y que el camino más corto a la fama es la publicidad, él decidió darse tal publicidad como ningún simple millonario antes que él haya jamás recibido. El obligaría las reverencias de los neoyorquinos, quienes lo consideraban como un vulgar adinerado, llamando primero a la respetuosa atención del mundo entero.

Como instrumento, se decidió por un yate a vapor que había sido diseñado de acuerdo con sus especificaciones en 1852. El *North Star*, 2,500 toneladas, 270 pies de largo, le había costado medio millón de dólares construirlo y casi la mitad de esa suma su mantención anual. Construido a la perfección, con interiores de piso de mármol, columnas de granito, paneles de palisandro y cielo rasos pintados con frescos, daba el efecto de un hotel de lujo, era sin duda alguna el más grande y el más elaborado barco de placer que se había visto en aguas americanas hasta esa fecha. Aun antes de que fuese terminado en 1853, Vanderbilt anunció un proyecto que deleitó a los periódicos sensacionalistas de New York. Con su familia y unos pocos amigos y paniaguados, tomaría el *North Star* en un viaje trasatlántico de gala como ningún americano lo hubiera hecho antes. Era fácil imaginarse la sensación que causaría su magnífica embarcación en los puertos de Inglaterra, Francia, Italia, Rusia —una prueba tangible ante los ojos de los orgullosos europeos de las posibilidades de la empresa americana. Todos podían imaginarse las brillantes recepciones que se darían a bordo para la aristocracia de Europa y las envidiables invitaciones que se recibirían en reciprocidad. De entonces en adelante, calculaba el Comodoro, aun los más orgullosos hogares de New York estarían abiertos para los Vanderbilts, mientras la enorme propaganda no fallaría en beneficiar sus intereses comerciales.

Tenía que tomar en cuenta, sin embargo, que la travesía como la tenía planeada se llevaría buena parte de medio año. Qué de las compañías que manejaba? En esto, como siempre, sus decisiones eran atrevidas, sencillas, y ventajosas. El trato subsiguiente, cuando sus detalles fueron conocidos, hizo que otros millonarios se llenaran de envidia. Por este tiempo, Vanderbilt se había desembarazado de aquellos en la Accesoría del Tránsito que eran capaces de presentar resistencia a su voluntad, y una nueva directiva títtere aceptaba sus términos. De la noche a la mañana vendió a la compañía los barcos de su Línea Nicaragüense por \$1,500,000, renunció a la presidencia, abrió su propia oficina como exclusivo agente en New York de la misma y tomó como su emolumento no menos del 20 por ciento de las entradas brutas de la empresa —esto por continuar manejando los barcos— más una comisión de agencia del dos y medio por ciento de todos los pasajes.

Más tarde el arreglo fue criticado como una afrenta a la moralidad comercial, pero Vanderbilt con toda calma sostenía que no era más que lo debido, como fundador y espíritu motor de la Accesoría del Tránsito. Con este golpe se libró de responsabilidades,

añadió a su fortuna y se aseguró una enorme entrada sin abandonar el poder. Era un nítido plan compacto. No sólo se comió el pastel y lo tenía, sino que también lo vendió.

Faltaba un problema que resolver. ¿Quién manejaría debidamente los asuntos de la Accesoría del Tránsito mientras él estuviera en el exterior? Necesitaba dos ejecutivos fuertes y capaces, uno en cuyas manos pudiera dejar con seguridad las oficinas de New York, el otro que viera los negocios en San Francisco. Buscando entre sus conocidos, se dirigió a Charles Morgan, un prominente dueño de vapores, casi tan bien conocido como Vanderbilt mismo, y cuya Línea Morgan dominaba el tráfico entre New York y los puertos del Golfo de México. Cuando Morgan, a cambio de una participación en las comisiones percibidas por la agencia de New York, consintió a servir como delegado de Vanderbilt, el Comodoro se sintió lisonjeado. Además, Morgan fue capaz de arreglar la cuestión de la agencia en California. El había tenido conexiones con un formidable hombre de negocios, Cornelius K. Garrison, quien había hecho una fortuna como banquero en Panamá y quien por ese mismo tiempo estaba planeando establecer una casa bancaria en San Francisco. Fue sugestión de Morgan que Garrison fuese invitado a New York e inducido a manejar los asuntos de la Accesoría del Tránsito en la costa occidental. Así fue arreglado. Vanderbilt quedó impresionado por Garrison, y como suficiente aliciente le dio un contrato a un salario de \$ 60,000 anuales, lo que hizo de Garrison uno de los hombres mejor pagados de los Estados Unidos.

V

La travesía ampliamente llenó las esperanzas de Vanderbilt. Mientras todo lo que Walker hacía era un loco juego de azar de un hombre sin dinero, su vida la única inversión, la más pequeña aventura de Vanderbilt era fastuosamente planeada en todos sus detalles. Experimentó, por supuesto, uno o dos desaires de parte de aristócratas británicos, mas estos estuvieron más que compensados por una recepción dada en su honor por prominentes Americanos en Londres. Allí conoció a muchas de las grandes figuras políticas y sociales de Inglaterra, y después de eso, el resto era fácil. Entusiastas descripciones de su carrera y de su yate aparecían en la prensa británica y circulaban por todo el mundo. El *Daily News*, de Londres, lo comparaba favorablemente con Cósimo de Medici, y añadía: "Es tiempo ya que parvenu sea considerada una palabra honrosa. Es tiempo ya que las clases medias debieran ocupar el lugar que con derecho les corresponde en el mundo que ellas han creado". En París personalidades prominentes respetuosamente se acercaban a Vanderbilt con proposiciones comerciales, en Italia posó para un busto del más notable escultor americano, Hiram Powers, en Rusia, el Zar mismo mostró interés en el *North Star* y puso a disposición de Vanderbilt el uso de uno de los carruajes imperiales. Desde el principio hasta el fin, la travesía brilló como una joya de afirmación propia que era. Mas tuvo también sus fallas. Las cartas de New York que le

llegaron antes de salir de regreso decían de las manio-
bras de Morgan y Garrison para sacarlo permanente-
mente del control de la *Accesoría del Tránsito*. Bajo
la dirección de Morgan, la compañía había cancelado
su contrato con la agencia del Comodoro, basada en
que había sido "imposible obtener un estado de cuen-
tas" de parte de Vanderbilt. Había hasta una insi-
nuación de que él había defraudado a la compañía.
Una nueva agencia, propiedad de Morgan, manejaba
ahora todos los negocios de la *Accesoría* en New York
y tomaba las comisiones que el Comodoro consideraba
como propias, mientras Garrison había aliado las ope-
raciones de la costa occidental con Morgan.

En los últimos días del viaje, Vanderbilt ardía en
deseos de venganza. Conociendo su temperamento,
Wall Street sostenía el aliento mientras el *North Star*
se dirigía de regreso a New York. Cuando en Sep-
tiembre de 1853, el *Herald* comentaba que "se espe-
ran dificultades al regreso del Comodoro Vanderbilt",
los entendidos se sonreían de tan inocente perogrul-
lada. Unos pocos días después de su regreso, Vander-
bilt dirigió a Morgan y a Garrison una de las más
concisas y de las más famosas cartas en la historia de
los negocios. "Caballeros", decía, "Ustedes se han
empeñado en defraudarme. No los voy a demandar,
porque la ley es tardía. Los arruinaré. Atentamente,
Cornelio Vanderbilt".

Para muchos, la amenaza que fue publicada, pa-
reció altisonante. Morgan y Garrison eran hombres de
riqueza y poder, y movidos por una energía compara-
ble a la del propio Vanderbilt. Dentro de los seis
meses de su llegada a San Francisco, Garrison fue
elegido Alcalde de la ciudad, mientras la administración
de la compañía por el lado del Pacífico era un éxito
completo. Morgan, igualmente, había probado ser
un eficiente administrador de los negocios en New
York. El servicio de la Línea Nicaragüense, todo el
mundo estaba de acuerdo, nunca había sido mejor, las
ganancias de la *Accesoría del Tránsito* nunca habían
sido tan altas. El precio de las acciones había subido
un 50% sobre el que tenían al momento del retiro de
Vanderbilt de la presidencia, y el sentimiento de la co-
munidad de inversionistas estaba en su mayoría con
Morgan.

Las cortes de New York estuvieron pronto atesta-
das de abogados en el caso *Vanderbilt vs. Accessory
Transit Company, V. Morgan y C. K. Garrison*. Tan
numerosas eran las demandas y contrademandas, tan
confusos los estados de cuentas, tan complejas las
incidencias que aparecían, que el público pronto estu-
vo de acuerdo con la predicción del *Herald*, de que
"nadie llegaría hasta el fondo de este asunto misterioso
y enredado". Vanderbilt mismo consideraba el litigio
simplemente con una acción de hostigar a sus enemi-
gos. El contaba con un ataque directo y frontal. A
principios de 1854, organizó una nueva línea de vapo-
res que incluía el famoso *North Star*, para llevar pasa-
jeros a San Francisco vía Panamá, —la misma ruta que
él había antiguamente demeritado. Su nuevo servicio,
llamado la Línea Independiente, estaba calculada para
un solo objetivo, desviar los pasajeros de la Línea Nica-
ragüense, y tomaba muy en cuenta el hecho de que el
ferrocarril transistmico en Panamá estaba casi termi-

nada. La Línea Independiente ofrecía tarifas aún
más bajas que las señaladas en la anterior guerra de
precios entre Vanderbilt y George Law. Por cien dóla-
res, más el pasaje en ferrocarril, una persona podía
viajar en "primera clase" hasta California, mientras
que los pasajes de segunda no costaban más que treinta
dólares.

Desde el momento en que aparecieron los anun-
cios de la Línea Independiente, diciendo abiertamente
que "los pasajeros serán garantizados arribar a San
Francisco antes que la Línea Nicaragüense", sus barcos
estaban repletos. Era discutible si podría hacer dinero
con tarifas tan bajas, mas Vanderbilt conocía más de
un medio de ganarse un dólar. Antes de que Wall
Street se diera cuenta de sus planes, vendió por lo bajo
muchos miles de acciones de la *Accesoría del Tránsito*.
Nunca una ganancia especulativa fue más segura. El
descenso del número de pasajeros en la Línea Nica-
ragüense iba acompañado de un constante descenso en
el precio las acciones de la *Accesoría del Tránsito* en la
bolsa de New York. Para fomentar el juego de la baja
de los valores, la prensa publicaba informes de serias
luchas en la última de la larga lista de revoluciones
nicaragüenses, inclinando más a los pasajeros a preferir
la ruta de Panamá, y a los inversionistas a vender sus
acciones de la *Accesoría del Tránsito*. Como resultado
de este juego Vanderbilt pudo comprar las acciones
con una ganancia substancial. Morgan y Garrison
eran sus blancos, pero las andanadas contra ellos es-
taban también dañando la Línea de Panamá que Law
había fundado. Wall Street comenzó a murmurar que
el Comodoro "lo había vuelto a hacer". Todos sus
enemigos emprendieron la retirada.

Morgan y Garrison estaban, particularmente, ba-
stante golpeados, cuando en el verano de 1854, la Com-
pañía *Accesoría del Tránsito*, entonces de su propiedad,
se metió en dificultades con embarazosos funcionarios
británicos en el puerto de Greytown. Resentida, la
compañía persuadió a la Marina Americana bombar-
dear el pequeño puerto (*) y la noticia causó mayor
desplazamiento de pasajeros del Caribe hacia Panamá.

El inmediato beneficiario del estado de cosas fue
Vanderbilt, pues el precio de las acciones de la *Acce-
soría del Tránsito*, ya bajo, comenzó a decaer aun más.
En este momento en vez de vender, él comenzó a com-
prarlas en grandes cantidades. Su propósito era ahora
obtener el control de la Compañía, y Morgan y Garri-
son, alarmados, buscaron arreglo. La *Accesoría del
Tránsito*, dijeron, pagaría a Vanderbilt su reclamo por
sumas debidas conforme su contrato de agencia, si él
a su vez le vende su Línea Independiente a la compañía
y consiente en retirarse del negocio de transporte en el
istmo. Informó el *New York Tribune* "Un comprome-
so ha sido logrado amigablemente". "Amigablemen-
te" era apenas la palabra apropiada. Nada sino una
victoria completa podría saciar la sed de venganza de
Vanderbilt. Morgan y Garrison todavía tenían la
Compañía *Accesoría del Tránsito* que él había funda-
do. Calladamente siguió acumulando las acciones de
la compañía.

El Alcalde Garrison, todavía al frente de las

(*) (Libros de Recortes de Wheeler, Vol II, p. 10, Librería del Congreso.
W. O. Scroggs, Filibusters and Financiers, New York, 1916, Ch. 7)

oficinas de la Compañía en la costa del Pacífico, comprendió que el Comodoro haría pronto otro intento para recuperar su control. Garrison era un hombre atrevido y hábil, a quien la derrota, especialmente pública, era tan intolerable como para Vanderbilt. Como Vanderbilt, él se había abierto paso en el mundo desde humildes comienzos y él también conocía las técnicas del poder. San Francisco estaba bajo su puño. Era el ídolo de los Vigilantes y el colaborador de Broderick, el patrón político del Estado, en el manejo de la cosa pública. Estimaba tanto su salario de \$60,000 anuales como su reputación de un hombre de suerte. Su posición era fuerte, pues su contrato con la Compañía significaba que Vanderbilt no podía deshacerse fácilmente de él, y por medio de la casa bancaria en la que él y Morgan eran socios, tenía acceso a considerables financieros. Dado una arma con la que pelear, podría aportar tanto dinero como influencia para hacer pensar aun a Vanderbilt.

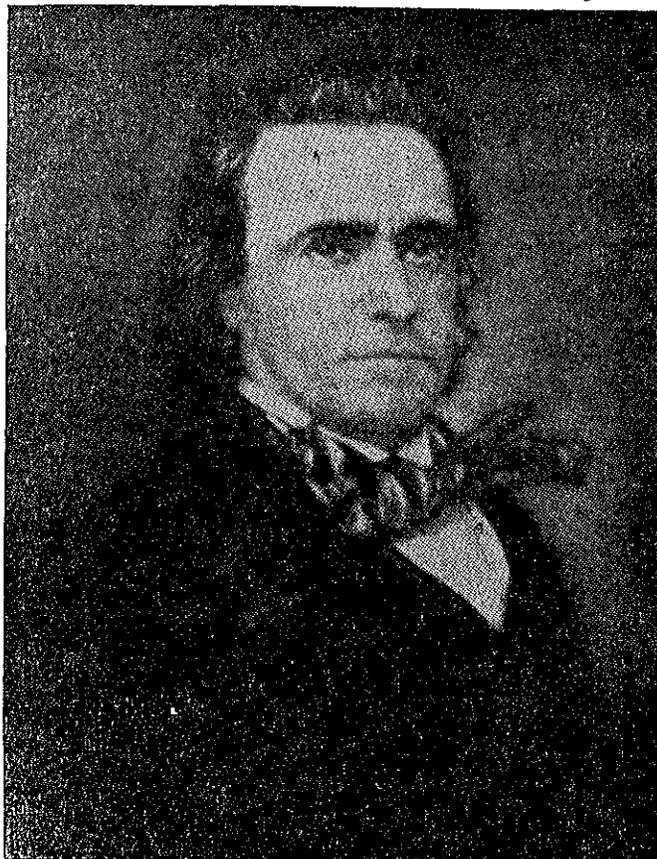
La idea de que existía tal arma le llegó a Garrison a finales de 1854, de parte de un publicista de Sacramento que tenía un ligero conocimiento de Walker. Este hombre, Parker H. French, combinaba una carencia casi total de escrúpulos con una fértil imaginación, enorme desvergüenza y una lengua sutil. Había sabido de las conversaciones de Walker con Cole acerca de Nicaragua, sabía de la lucha de Garrison con Vanderbilt, y sin Walker saberlo, se convirtió en su corveidile (*).

Garrison estaba interesado, mas era muy astuto para actuar apresurada o impulsivamente. No le convenía se dijera que estaba en alguna forma concitado con una violación de las Leyes de Neutralidad. Si Walker pudiera tener éxito en llegar a Nicaragua y establecerse allí —en sí una conjetura poco probable— ese sería el momento de pensar en acercársele. Despidió a French con un mensaje muy seco. Deseaba "no tener nada que ver con tales empresas como la que suponía Walker contemplaba". Con todo, desde este momento, tomó un interés amistoso aunque distante en los planes de Walker, y siendo su influencia en San Francisco como era el peligro de que el Fiscal Inge impidiera que Walker llevara su expedición a Nicaragua, se hacía negligible.

VI

Una corriente de circunstancias, aun más indirecta, originada en Madrid, pasó por la mente del General Wool, quien tenía la intención y el poder físico a su mando para impedir que Walker se burlara de las Leyes de Neutralidad. Unos pocos años antes España había elevado de manera alarmante las tarifas cubanas sobre los productos Americanos que entraran al puerto de la Habana y había impuesto reglamentos onerosos a la marina mercante Americana. Por ese tiempo, Cuba ocupaba el tercer lugar en el mercado de exportación de los Estados Unidos, recibiendo grandes cantidades de tales productos como harina, maíz, carne de cerdo, y pescados secos, el drástico descenso de las exportaciones, resultado de las nuevas tarifas, fue sentido especialmente por los comerciantes sureños.

(*) William Walker, *The War in Nicaragua*, Mobile, 1860, Ch 5)



Pierre Soulé (de un retrato)

El Ministro de la Guerra, Jefferson Davis, que había heredado el manto de Calhoun como el principal vocero del Sur, y quien por razones políticas deseaba ver anexada a Cuba, demandó inmediata acción contra España aun al precio de la guerra. No creía que, al final de cuentas, Inglaterra o Francia apoyarían a los españoles. Muchos ingleses influyentes, en realidad, ya se habían acostumbrado a la idea de la anexión de Cuba por los Estados Unidos. El *Espectador*, de Londres, hablando por un gran sector de la opinión pública inglesa, abiertamente dijo que sería un "error fatal" comprometer a Inglaterra "a sostener los intereses decadentes de España".

El Presidente Pierce, como era su costumbre, puso el problema en manos del Secretario de Estado, William Marcy. Hombre astuto, más firme y hábil que Pierce, y aliado de los grandes intereses comerciales de New York, Marcy era conocido por su franca defensa del sistema de prebendas al vencedor, sistema que él había ayudado a introducir en la política americana. Por razones prácticas él y Davis maneaban la administración pública por medio de una serie de compromisos, mientras la ruptura fundamental entre el Norte y el Sur se iba haciendo cada vez más peligrosa.

La medida específica patrocinada por Davis con respecto a Cuba era la abrogación de las Leyes de Neutralidad. En sus planes, este paso había de ser seguido por una nueva, y esta vez, poderosa expedición filibustera, que coincidiendo con una revolución popular cubana, arrojaría de la isla a los españoles, sin dar pretexto para la intervención británica y francesa. Luego, un

régimen amistoso cubano buscaría la entrada a la Unión. El gran temor de Davis era que, al menos que la isla fuese inmediatamente anexada a los Estados Unidos, España podría abolir la esclavitud negra allí, suceso que borraría para el Sur el valor político de tal adquisición, e intensificaría la agitación sobre la esclavitud en los Estados Unidos.

Marcy retrocedía ante el descarado uso de la fuerza y urgía que se hiciera un intento de compra de Cuba a España. La anexión parecería entonces como una solución nacional, y no una solución sureña del problema. A regañadientes, Davis consintió, estipulando solamente que las negociaciones con España fuesen encomendadas a un sureño. El encargado fue el Senador Pierre Soulé de Louisiana, francés de nacimiento, una persona de grandes atractivos personales aunque sin propiedades para la diplomacia. Como Ministro en Madrid recibió instrucciones de Pierce y Marcy para ofrecer a España "una suma razonable" hasta de \$130,000,000. Esto se supo en aquella época, lo que no fue descubierto sino setenta y cinco años más tarde fue que las instrucciones de Soulé también contenían una cláusula secreta que decía que si España no deseaba vender, "Usted entonces dirigirá sus esfuerzos al objetivo siguiente más deseable, cual es el de arrancar la isla del dominio español y de toda dependencia de cualquier poder europeo" (*).

VII

Soulé resultó un desastre como diplomático. Nociones medioevales del honor personal y una tendencia a apelar a las armas al menor desaire hicieron que se le considerara como el hombre violento de la colonia diplomática de Madrid. A los pocos meses de su llegada, hirió gravemente en un duelo al embajador francés, y se ganó la antipatía del Ministro de Relaciones Exteriores español, Calderón, con quien estaba supuesto a negociar. En las circunstancias actuales, "deshacerse de Cuba" Calderón le dijo a Soulé, "sería deshacerse del honor nacional". En la Habana, las autoridades españolas expresaron en acción la ira de Madrid, capturando un buque americano, el *Black Warrior*, y confiscando su cargamento bajo el pretexto de que el barco había violado regulaciones técnicas del puerto.

Siguió una crisis diplomática. Marcy instruyó a Soulé exigir de España una indemnización de \$300,000 por el *Black Warrior*, más el Ministro cascarrabias no se contentó con seguir las instrucciones, convirtió la nota en un virtual ultimátum, dando a España cuarenta y ocho horas para satisfacer la demanda. El resultado fue revivir el espíritu español del Gobierno, el que replicó enviando 6,000 soldados de refuerzo a la guarnición de la Habana.

Por entonces, la mayor parte de la prensa americana exigía una acción fuerte de parte del Presidente Pierce, abrogación de las Leyes de Neutralidad, bloqueo de la isla de Cuba, invasión por la fuerza. "En el curso de los próximos acontecimientos Cuba va a tener que ser admitida a la Unión", decía a sus lectores el *New York Times*. Los sureños estaban tan con-

vencidos de que las Leyes de Neutralidad serían suspendidas que el General John Quitman, de Mississippi, abiertamente comenzó a organizar una expedición filibustera de gigantescas proporciones. A aumentar la confianza Americana vino el hecho de que la Guerra de Crimea había comenzado, Inglaterra y Francia estaban envueltas en Rusia, y se habían apartado de apoyar a España si esta se empeñaba en una guerra con los Estados Unidos. En el Parlamento inglés, el influyente Richard Cobden causó sensación cuando francamente declaró "En el actual estado de ánimo no se sentiría pena alguna si los Americanos tomaran posesión de Cuba".

En todas las décadas durante las cuales los ojos de prominentes Americanos, de Jefferson en adelante, se han fijado añorando la "Perla de las Antillas", nunca había habido ante tan prometedor oportunidad para su anexión. Que no se aprovechara el momento fue debido a la peculiar posición política en la que el Presidente Pierce se encontraba. En el momento de la crisis del *Black Warrior* el Senado estaba dividido por la contienda provocada por el proyecto de ley Kansas-Nebraska, y las animosidades regionales estaban encendidas al rojo vivo. Urgido por los sureños, este proyecto dejaba a los pobladores de Kansas y Nebraska la decisión sobre que si la esclavitud debería ser permitida en sus territorios. Se conjeturaba generalmente de que Kansas por lo menos sería un estado esclavista. El proyecto se convirtió en ley en la primavera de 1854. El Presidente Pierce, que tenía que pensar en la renominación como candidato del Partido Demócrata en 1856, había escogido conciliar la opinión pública sureña, rehusando tomar una firme decisión en contra de la peligrosa medida, y al hacerlo así había provocado un profundo resentimiento en el Norte. En tales circunstancias, si él le hubiera dado gusto al Sur también en la cuestión cubana, hubiera perdido la mayor parte del apoyo del Norte en la siguiente Convención Demócrata.

En una ocasión, para desembarazarse del dilema, trató de usar a Cuba como base de negociaciones con senadores sureños. Si ellos se hubieran contentado con ver a Kansas y Nebraska entrar a la Unión como estados libres, bajo los términos del Compromiso de Missouri su remuneración bien pudo haber sido la suspensión de las Leyes de Neutralidad y la anexión de Cuba. Sin embargo, ellos estaban determinados a tener a Kansas y a Cuba. Eso fue su ruina y la de Pierce. La amenaza del Sur de separarse de la Unión, al menos que las ricas tierras de Kansas fueran abiertas a la trata de esclavos y a la dominación del Sur, fue recibida con la firme determinación, de parte de la mayoría de los senadores norteros, de no moverse contra Cuba.

Mientras el debate se agitaba, la oportunidad pasó. En Mayo de 1854 España alteró todo el aspecto del asunto. De pronto anunció que en lo de adelante la trata de esclavos estaría prohibida en Cuba e insinuaba la posible emancipación de los esclavos de la isla. Ninguna medida podría haber sido mejor calculada para ahondar la división en la opinión Americana y paralizar la administración. Muchos en el Norte que habían favorecido la anexión de Cuba, —siempre

(*) (A. A. Ettinger, *La Misión a España de Pierre Soulé*, 1932, p. 412).

que el paso apareciera dirigido contra la tiranía de España—, ahora estaban perfectamente conscientes del problema moral envuelto, y tomaron una firme posición en contra de la anexión de la isla.

Luego, mientras el Congreso estaba tratando de encontrar una salida de aquel laberinto, la Habana anunció que el *Black Warrior* y su cargamento habían sido puestos en libertad. Con esto, los Estados Unidos no tuvieron otro remedio que dar por cerrado el incidente. El peligro de la guerra, el Presidente Pierce informó al Congreso, había pasado, y advirtió que las violaciones a las Leyes de Neutralidad serían severamente castigadas. Por órdenes de Marcy, el General Quitman fue arrestado y obligado a rendir fianza que asegurara su respeto a las leyes.

La relación del asunto cubano con el proyecto de ley Kansas-Nebraska fue bien comprendida por la prensa. El primero de Junio, inmediatamente después de la aprobación de la ley, el punto de vista conservador del asunto fue expresado por el diario *Courier and Enquirer*, de New York. "Hubo un tiempo en que el Norte hubiera consentido a la anexión de Cuba, pero la injusticia de Nebraska ha hecho para siempre imposible la anexión." Marcy mismo privadamente escribió "La cuestión de Nebraska desgraciadamente ha destrozado nuestro partido en todos los estados libres y le ha privado de aquella fuerza que necesitaba y que hubiera sido más ventajoso usar en la adquisición de Cuba".

Walker, redactando entonces el *Diario Democrático* en Sacramento, se sintió obligado a pronunciarse sobre el tema. En un editorial revelador escribió, "Los acontecimientos están justificando la previsión del hombre del Sur que se oponían al proyecto Kansas-Nebraska. El Sur ha perdido en vez de ganar con la ley. Unos pocos acalorados y testarudos han persuadido al Sur a tomar un curso de acción del cual se ha comenzado a arrepentir. Ahora es muy tarde para arrepentirse. Los ultraseslavistas son los más activos y eficientes agentes los abolicionistas pueden tener en los Estados del Sur. Los verdaderos amigos del Sur son aquellos que repudian las ideas y acciones de la escuela de Carolina del Sur" (*). Por esa época, sus puntos de vista sobre la esclavitud eran idénticas con aquellas que había expresado mientras redactaba el *Crescent*, de New Orleans, cinco años antes, contra su expansión y contra la secesión.

VIII

La posición política del Presidente Pierce se estaba haciendo desesperada, y los verdaderos directores del partido, Marcy y Jefferson Davis no perdieron tiempo en ejercer su influencia sobre la elección presidencial de 1856. Ambos reconocían que James Buchanan era un candidato fuerte. Como Secretario de Estado bajo el Presidente Polk, cautelosamente había evitado maltratar seriamente los prejuicios ya del Norte o ya del Sur. En lo que a la esclavitud se refería él afirmaba ser neutral. Aun cuando no era un buen nadador en las corrientes políticas de su tiempo, podía vadearlas como el mejor.

(*) (*Diario Democrático del Estado, Sacramento, Cal., Agosto 12, 1854*)



La Vieja Confundida
Famosa caricatura del año anterior a la guerra civil. Perdida entre las tumbas, exclama: "¡Dios mío! ¡Ya no sé dónde queda el Norte, ni el Sur, ni el Este, ni el Oeste, ni nada", y trata de ocultar el Manifiesto de Ostende.

La habilidad de Buchanan para la Presidencia, tal como Davis la veía, sería determinada en gran parte por su voluntad de declararse en favor de las aspiraciones del Sur por Cuba y Kansas. La posición de Marcy era menos definida. El mismo tenía afición por la Presidencia. Sin embargo, su interés como jefe del ala norteña del partido y como su principal dispensador de prebendas exigía una victoria Democrática en 1856, no importaba quien fuera el candidato. Lo primero que se necesitaba era hacer que Davis sintiera que Buchanan o Marcy podrían ser aceptables en el Sur en términos de la política cubana. Esto parece haber sido el principal motivo detrás de los acontecimientos extraordinarios que siguieron.

Los tres principales Ministros Americanos en Europa, Buchanan, Soulé y John Mason, recibieron instrucciones de Marcy para reunirse en el continente y formular una resolución conjunta sobre la política de la Administración con respecto a Cuba. La reunión tuvo lugar en Octubre de 1854, en Ostende, Bélgica. De ella salió el famoso documento conocido como el Manifiesto de Ostende. Si España rehusaba vender Cuba, decía el Manifiesto, y si la isla en sus manos constituía una amenaza para los Estados Unidos, "entonces, conforme a todas las leyes, humanas y divinas, estaremos justificados en arrebatársela a España, si tenemos el poder".

Aunque el Manifiesto estaba supuesto a ser secreto, su contenido llegó a las manos de los periodistas europeos, aun antes de que la versión oficial llegara a manos de Marcy en Washington. Los periódicos ingleses manifestaron disgusto por la flagrante inmoralidad del documento. El *Times* de Londres, dijo que si la política expuesta en el Manifiesto fuera considerada seriamente por el Gobierno Americano, se justificaría una declaración de guerra. La prensa antiesclavista americana gritó igualmente su denuncia. El *Post*, de New York, calificó el Manifiesto de "atroz". La frase de Horace Greely en el influyente diario, *La Tribuna*, fue "Manifiesto de salteadores", y exigió a Pierce su repudio.

La adversa reacción violenta del Norte estremeció a Marcy, y para protegerse, descaradamente denunció el Manifiesto que él mismo había provocado. Su primer efecto, sin embargo, fue revivir el ataque de Aunque él había sido contrariado sobre la cuestión cubana, Davis ahora mostraba un fuerte interés en la posibilidad de una o más expediciones filibusteras podrían dirigirse a Nicaragua. Veía que si una fuerza militar privada tuviera éxito en Nicaragua, toda la posición de los Estados Unidos en el Caribe podría alterarse. Las Leyes de Neutralidad podrían ser barridas y el gobierno verse obligado, después de todo, a tomar Cuba y luchar con España. Como Ministro de la Guerra, Davis estaba oficialmente obligado a una rigurosa imposición de las Leyes de Neutralidad, mas como político práctico sabía la diferencia que existe entre una ley y su cumplimiento. Hacia esa diferencia dirigió ahora sus esfuerzos. Los rumores de una posible expedición de California a Nicaragua eran ya públicos. Una carta extraordinaria de Davis al General Wool en San Francisco, hacía claro su deseo de que el General atemperara su celo con discreción en lo que a las Leyes de Neutralidad se refería.

"Cuestiones dudosas", escribió Davis, "pueden surgir con respecto a los poderes investidos en el Presidente para enforzar nuestras leyes de neutralidad, y la extensión en la que él puede delegar la autoridad para ese propósito en oficiales militares. Estas leyes no han recibido aun en todas sus partes una completa

consideración judicial. Se ha entendido por el lenguaje usado por la Corte Suprema, que el Presidente puede autorizar a un comandante general usar su poder directamente contra los violadores de estas leyes y sin intervención de las autoridades civiles. Pero la Corte también ha sido de la opinión de que este "alto y delicado poder" debe ser ejercido solamente cuando "por medio del procedimiento ordinario en el ejercicio de la autoridad civil, no pudiera lograrse el propósito de la ley", y cuando la fuerza militar o naval sea necesaria para asegurar la ejecución de la misma" (*).

Wool entendió por esta carta que él había de invocar las Leyes de Neutralidad contra filibusteros, solamente si las autoridades civiles pedían su intervención. Consecuentemente, cuando Walker se acercó a Wool a principios de 1855 para averiguar sus puntos de vista sobre la expedición, el General se mostró de lo más afable. Le declaró francamente que las instrucciones del Ministro de la Guerra no le dejaban autoridad para intervenir al menos que el Fiscal de San Francisco le pidiera hacerlo. Privadamente, el viejo soldado fue aun más allá, apretando efusivamente la mano de Walker, le dijo "No sólo no pondré ningún obstáculo en su camino, sino que le deseo el mayor de los éxitos!"

El poder civil de la ciudad, con el Alcalde Garrison fijando su tónica, fue igualmente servicial. El Fiscal Inge, después de inspeccionar el contrato de Walker con Castellón, no hizo esfuerzo por escarbar bajo la superficie. El contrato en sí no contenía violación alguna de la ley y él no veía razón para invocar la intervención del Ejército contra los movimientos de Walker.

La corriente de grandes acontecimientos que el Comodoro Vanderbilt había puesto en movimiento cinco años antes, cuando buscó construir un canal en Nicaragua, se había por fin cruzado en la curiosa órbita de Walker. Con Jefferson Davis y el General Wool, con Cornelius Garrison y el Fiscal Inge como instrumentos, se le presentaba la oportunidad de hacer historia.

(*) (Exec. Doc., 88, 35th Cong., 1 Sess., pp. 98-100)